

KOLLONTAI 150



Kollontai 150

Textos escogidos de

Alexandra Kollontai

Textos introductorios de:

Atiliana Brunetto

Andrea Francine Batista

Julia Cámara

Publicación conjunta de las editoriales que forman parte de la Unión Internacional de Editoriales de Izquierda (IULP, en inglés)

Se autoriza la reproducción parcial o total, siempre y cuando sea sin fines de lucro y se cite la fuente



Tapa: Daniela Ruggeri, Instituto Tricontinental de Investigación Social.

Diseño interior: Leftword Books

Maquetación: ZapDesign

Corrección: Fernando Vicente Prieto, Simón Vázquez y Ana Maldonado

Esa publicación es resultado de trabajo colectivo hecho por muchas personas de diferentes países, vinculados a la Unión Internacional de Editoriales de Izquierda. Sería imposible mencionar cada persona que ha trabajado en esa publicación. Por eso, presentamos los nombres de los miembros de los tres comités organizadores y coordinadores de los trabajos de la Unión Internacional de Editoriales de Izquierda.

Comité ejecutivo: Amelia Kraigher (Zalozba, Eslovenia), Ana Maldonado (Fundarte, Venezuela), Francisco Vertiz (Batalla de ideas, Argentina), Miguel Yoshida (Expressão Popular, Brasil), Nitheesh Narayanan (Tricontinental, India), Simón Vázquez (España), Sudhanva Deshpande (LeftWord, India), Vijay Prashad (LeftWord, India)

Comité de publicaciones: Amelia Kraigher (Zalozba, Eslovenia), Celina della Croce (Tricontinental, EUA), Cristiano Armati (Red Press, Italia), Layan Fuleihan (1804 Books, EUA), Manu Vimalassery (1804 Books, EUA), Nitheesh Narayanan (Tricontinental, India), Ovidiu Tichindeleanu (Idea Editura, Rumania), Qalandar Memon (Naked Punch, Pakistán), Ronny Augustinus (Marjin Kiri, Indonesia)

Comité de derechos autorales: Amelia Kraigher (Zalozba, Eslovenia), Francisco Vertiz (Batalla de Ideas, Argentina), Sudhanva Deshpande (LeftWord, India)



1804 Books (USA)
<https://1804books.com/>



Batalla de Ideas (Argentina)
www.batalladeideas.com.ar



Bharathi Puthakalayam (India)
www.thamizhbooks.com



Centro Social y Librería Proyección (Chile)



Chintha (India)
www.chinthapublishers.com



Editorial Caminos (Cuba)
www.ecaminos.org



Expressao Popular (Brasil)
www.expressaopopular.com.br



Fondo Editorial Fundarte (Venezuela)
www.fundarte.gob.ve



Idea (Romania)



Gonopokashon (Bangladesh)



Janata Prasaran Tatha Prakashan
Public Limited (Nepal)



Instituto Simón Bolívar (Venezuela)
www.isb.ve



Janashakti Prakashan (India)



Kriya Madyama (India)

LeftWord

LeftWord (India)
www.mayday.leftword.com



NAKED PUNCH
www.nakedpunch.com

Naked Punch (Pakistan)
www.nakedpunch.com



National Book Agency
www.nationalbookagency.com



Marjin Kiri (Indonesia)
www.marjinkiri.com



Nava Telangana (India)
www.navatelanganabooks.com



Ojas: Vidyarthi Ni Pahal (India)



Prajasakti (India)
www.psbh.in



Red Star Press (Italy)
www.redstarpress.it



tricontinental

Instituto Tricontinental de Investigación Social
www.thetricontinental.com



वाम

Vam Prakashan (India)
mayday.leftword.com/vaam-prakashan/



Yordam Kitab (Turkey)



ZALOŽBA

** cf.*

Založba /*cf (Slovenia)
www.zalozbacf.si

Índice

EL MARZO QUE LLEVAMOS EN NUESTRAS MANOS: Un sencillo homenaje a Alexandra Kollontai	9
<i>Ândrea Francine Batista</i>	
<i>Atiliana da Silva Vicente Brunetto</i>	

En nombre de la igualdad, de la libertad y del amor	17
<i>Julia Cámara</i>	

KOLLONTAI 150

Los fundamentos sociales de la cuestión de la mujer (1909)	45
El Día Internacional de la Mujer (1920)	71
¡Abran paso al Eros alado! Una carta a la juventud obrera (1923)	85
Valor y finalidad de mi vida	115

El marzo que llevamos en nuestras manos: Un sencillo homenaje a Alexandra Kollontai¹

ÂNDREA FRANCINE BATISTA

ATILIANA DA SILVA VICENTE BRUNETTO²

Marzo termina, pero su intensidad sigue latiendo en el rojo abril campesino e indígena, en el mayo de los trabajadores y trabajadoras, en las fiestas de la cosecha, en el invierno que se aproxima, en la primavera que llevamos “entre los dientes”. Marzo nos habita.

El marzo que habita en nosotras lleva la fuerza de las mujeres socialistas, la fuerza de la lucha por la emancipación humana que brota y rebrota obstinadamente de las ruinas, de los momentos más sombríos, de los rincones más peligrosos, de las tempestades más violentas, de los remolinos que irrumpen, de la neblina que oscurece la visión del camino y del corte ardiendo en carne viva. El marzo que habita en nosotras, palpita como los tambores marcando el ritmo de la vida en toda su humanidad, todavía por descubrir, por hacer.

¹ Traducción de Pilar Fernández Troya.

² Atiliana da Silva Vicente Brunetto es dirigente del Sector de Género del Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) y del Colectivo de Mujeres de La Vía Campesina. Ândrea Francine Batista es educadora voluntaria de la Escola Nacional Florestan Fernandes (ENFF-MST) y profesora de la Universidad Federal de Paraná, Brasil.

El marzo que habita en nosotras lo ofrecemos con nuestras manos para este tiempo, para los ojos que fueron vendados y no ven, pero sienten el roce solidario, para la catatonía intoxicada por el estruendo ensordecedor, para los fragmentos de nuestra clase que trabaja el pan de cada día y no se reconoce en sus pedazos esparcidos por el suelo, para quienes ya no pueden soportar más el peso de la opresión cotidiana en sus hombros, pero también para quienes aún la soportan.

El marzo que ofrecemos con nuestras manos lleva de nuestro pecho las palabras, las miradas y el puño erguido en combate de campesinas, indígenas, quilombolas y obreras de la historia que rompieron las diversas facetas de la resignación y la subalternidad para lanzarse a la osada hazaña de reinventar la vida humana. Lleva la fuerza y la energía de Anas, Olgas, Marías, Nadezhdas, Eleonas, Ineses, Matildes, Claudias, Veras y Alexandras, mujeres que inauguraron la experiencia socialista de la Revolución rusa con su participación política en la construcción de una nueva colectividad social.

Alexandra Kollontai nació un 31 de marzo hace ciento cincuenta años, en 1872. Con su firmeza y su rebeldía, entró con toda la intensidad en la vida militante por la causa socialista. Trabajó como educadora voluntaria en las afueras de la capital rusa y escribió cuentos de y para la clase trabajadora. Organizó el ingreso de la juventud revolucionaria en el movimiento político, realizó misiones puntuales como la de transportar documentos secretos, hasta que se incorporó definitivamente al partido del movimiento socialista internacional. Allí conoció a Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo, Vera Zasúlich, Nadezhda Krúpskaya y Vladimir Lenin, críticos del ala revisionista, una tendencia en el movimiento socialista internacional de finales del siglo XIX y comienzos del XX.

El 30 de enero de 1905, participó en una marcha pacífica de campesinx y obrerxs organizada en San Petersburgo contra el Imperio Ruso, que inmediatamente respondió con un violento ataque con el resultado de miles de personas muertas y heridas. Ese

día, llamado Domingo Sangriento, impulsó varias acciones que posteriormente desembocaron en la Revolución de Octubre. La insurrección de 1905 se considera un ensayo revolucionario.

En este contexto Kollontai se une a la tendencia bolchevique del partido socialdemócrata y actúa con toda su energía en la organización de las mujeres trabajadoras, en la agitación de masas, y en la propaganda de las ideas socialistas con el movimiento feminista.

Junto a Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo trabajó incansablemente en la organización internacional de lxs trabajadorxs en la II Internacional y en la participación política de las mujeres en ese espacio. Las Conferencias Internacionales de Mujeres Socialistas que tuvieron lugar justo antes de los Congresos Internacionales dieron muchos frutos. En estos espacios, se encontraban y discutían los retos del feminismo socialista señalando caminos y acciones a desarrollar. Por ejemplo, la lucha por el derecho al voto de las mujeres en el seno de la Internacional Socialista que fue aprobada en la I Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas (Stuttgart, 1907),³ y a continuación defendida por Clara Zetkin y Alexandra Kollontai durante el VII Congreso de la Internacional Socialista (Stuttgart, 1907). Esta tesis fue deliberada junto con la aprobación del Día Internacional de los Trabajadores. Es fundamental también recordar que la creación del Día Internacional de la Mujer, como forma de organizar y difundir las ideas socialistas entre las trabajadoras campesinas y obreras, se produjo durante la II Conferencia Internacional de las Mujeres Socialistas realizada poco antes de la VIII Conferencia de la Internacional Socialista (Copenhague, 1910).

Kollontai participó directamente en la organización del Día Internacional de la Mujer que tuvo lugar por primera vez el 2 de marzo de 1913 en Rusia con la participación masiva de obreras y campesinas. Al principio, las fechas eran diferentes para cada país.

³ Esta resolución fue redactada por Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo y Alexandra Kollontai.

Lo importante era organizar un momento de lucha, conmemoración y articulación internacional de la lucha de las mujeres socialistas, que en muchas ocasiones estuvo acompañado de represión y encarcelamientos. Como resultado de este proceso, el 8 de marzo de 1917 (23 de febrero en el calendario ruso) tejedoras y costureras se levantaron espontáneamente en huelga en Petrogrado (antigua San Petersburgo), manifestándose por pan y paz. Esta huelga se convirtió en el detonante del movimiento que condujo a la Revolución de Octubre. Fueron las mujeres de marzo que levantaron la primera antorcha de la llama revolucionaria.

Kollontai fue, por lo tanto, una de las pioneras de la organización de las trabajadoras y del feminismo socialista. Actuó orgánicamente en este colectivo por la emancipación humana y la emancipación de la política de las mujeres concomitantemente. La liberación de las mujeres solo podría darse en su plenitud en la liberación de la clase trabajadora de las ataduras del sistema capitalista.

A partir de 1917, la bolchevique fue Comisaria del Pueblo para el Bienestar Social, trazando acciones incisivas contra el analfabetismo y formulando leyes que contenían el principio de la igualdad de género, como el caso de las resoluciones sobre el divorcio, la creación de lavanderías y cocinas colectivas, y la creación de espacios de educación infantil para que las mujeres rusas pudiera experimentar la efervescente vida política en el país.

El marzo que fermentaba en su pecho la inquietaba aún más con la experiencia cotidiana de la confrontación entre dos caras del proceso revolucionario: la urgencia de reconstruir la producción económica de la vida, y la urgencia de la liberación de la opresión femenina. Este aspecto se expresa con fuerza en su cuento *Las hermanas* (1923), y en escritos como *El comunismo y la familia* (1920), *El trabajo femenino en el desarrollo de la economía* (1921), *La familia y el Estado comunista* (1919) y *Autobiografía de una mujer comunista sexualmente emancipada* (1926).

La preocupación y la necesidad de encontrar métodos de trabajo para que un mayor número de mujeres trabajadoras se in-

volucrara en las luchas de su tiempo histórico fue constante. Sus textos *Primera Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas* (1920) y *Los sindicatos y las trabajadoras* (1921) demuestran esta preocupación. Para avanzar en la participación de las mujeres en la organización política era fundamental, además de la propaganda, su formación profesional y su educación para asumir las tareas del partido, pero también avanzar en la consciencia de la totalidad de los trabajadores combatiendo todos los prejuicios contra las mujeres aún vivos en las masas.

En el X Congreso del Partido Comunista Ruso en 1921, junto con Alexander Shliapnikov y otros compañerxs, Kollontai alertó de los peligros de la degeneración burocrática que amenazaba al partido y al proceso revolucionario. Propuso el control de las instituciones por las y los trabajadores y procesos de producción basados en la autogestión: el programa de la “Oposición Obrera”. Este fue derrotado por la posición de Lenin durante el Congreso.

Tras la muerte de Lenin (1924), la Unión de Repúblicas Soviéticas asumió nuevas contradicciones que influirían en la vida militante de diversxs revolucionarixs, entre los cuales, Alexandra Kollontai que, en situación de “exilio”, se convirtió en embajadora en Noruega, Suecia y México. Por primera vez en la historia una mujer asumió esa función. Su misión en Noruega se cumplió con éxito, contribuyendo a normalizar las relaciones comerciales entre ambos países en 1925. Llegó a México como embajadora en 1926, pasando antes por el puerto de La Habana (Cuba), donde no se le permitió desembarcar debido a las problemáticas relaciones diplomáticas, pero un grupo de mujeres cubanas se acercó a su barco y le rindió homenaje. Permaneció en México hasta 1927, retornando a la URSS solo entre 1935 y 1936 como integrante de la delegación soviética de la Liga de las Naciones. En este período conoció a Tina Modotti, una brillante fotógrafa revolucionaria que reflexionaba sobre el verdadero compromiso de los revolucionarios mexicanos, de la izquierda de Weimar, de los combatientes de la Guerra Civil Española, con quien mantuvo una larga y duradera

amistad. En 1937 pasó nuevamente por México, donde recaudó fondos para los combatientes de la Guerra Civil Española.

Kollontai regresó a su país de origen recién en 1945, a la edad de 73 años. Allí continuó su militancia y sus escritos sobre el proceso revolucionario. Falleció en Moscú el 9 de marzo de 1952, al final del invierno ruso.

El marzo que habitaba Kollontai portaba el amplio y masivo compromiso de las mujeres en la construcción revolucionaria. El marzo que habita en nosotras lleva su legado, su intensidad y su perspectiva de emancipación humana.

El marzo que ofrecemos en nuestras manos lleva un “mar de banderas enfurecidas contra el capital”, lleva nuestro “Manifiesto de las Mujeres Sin Tierra” que repudia las atrocidades de su proyecto político económico para el campo. Denuncia la violencia contra las mujeres, sea ella doméstica o institucional, condena la persecución a los derechos laborales y se solidariza con los pueblos en lucha en Brasil y en todo el mundo, sumándose a la gran obra colectiva de la humanidad, la de construir una nueva forma de sociedad.

¡Sin feminismo, no hay socialismo!

Marzo de 2022

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CATONY, Leonardo Depestre (2014). *Cien mujeres célebres en La Habana*. La Habana: Editorial José Martí.

GOLDMAN, Wendy (2014). *Muher, Estado e Revolução*. São Paulo: Boitempo: ISKRA Edições.

GONZÁLEZ, Ana Isabel Álvarez (2010). *As Origens e a Comemoração do Dia Internacional das Mulheres*. São Paulo: SOF; Expressão Popular.

- HOOKS, Margaret (1997). *Tina Modotti. Fotógrafa e Revolucionária*. Rio de Janeiro: José Olympio Editoras.
- KOLLONTAI, Alexandra (2000). *A Nova Mulher e a Moral Sexual*. São Paulo: Expressão Popular.
- KOLLONTAI, Alexandra (2007). *Autobiografia de una Mulher Comunista Sexualmente emancipada*. Traduzida por Ligia Gomes. São Paulo: Editora Sundermann.
- KOLLONTAI, Alexandra (s/f). *Um grande amor*. Traducción de Luciana M. S. Sellos. São Paulo: Editora Rosa dos Tempos.
- MST (2020). *Mulheres Sem Terra: um mar de bandeiras enfiadas contra o capital*. Movimento Sem Terra. Disponible en <https://mst.org.br/2020/03/09/mujeres-sem-terra-un-mar-de-bandeiras-enfiadas-contra-o-capital/> . Consultado el 28 de marzo de 2020.
- SCHNEIDER, Graziel (2017). *A Revolução das Mulheres*. Emancipação feminina na Rússia Soviética. São Paulo: Boitempo.

En nombre de la igualdad, de la libertad y del amor

JULIA CAMARA¹

Dirigente comunista, primera mujer del mundo en formar parte de un gobierno desde el comienzo de los Estados modernos, organizadora de la Oposición Obrera dentro del Partido Bolchevique y teórica del amor y de los vínculos sexuales (entre otras muchas cosas), Alexandra Kollontai es una figura compleja. Su particular recorrido político, en el doble sentido de compromiso militante y producción teórica, hasta hace poco tiempo la ha mantenido apartada de los itinerarios de formación de prácticamente todas las corrientes comunistas y todavía hoy su nombre sigue siendo desconocido para aquellos sectores del feminismo sin relación directa con el marxismo. Y sin embargo sus textos, especialmente los escritos durante los primeros años de la Revolución Soviética, aportan claves fundamentales para comprender la interrelación entre género y clase y abren horizontes que todavía hoy siguen resultando ciertos, avanzados y radicalmente reveladores.

¹ Historiadora, activista feminista y militante de Anticapitalistas. Formó parte de la comisión promotora de la Huelga Feminista en el Estado Español y de la coordinación estatal de la Huelga entre 2017 y 2020. Desde 2019 forma parte de la redacción de la revista *Viento Sur*.

En muchos sentidos, Kollontai entraría dentro de esa gran etiqueta que es “los clásicos”. Una parte importante de la izquierda suele acercarse a “los clásicos” con religiosidad más que con respeto: memoriza párrafos enteros aunque no los comprenda, inserta citas suyas descontextualizadas a la menor oportunidad como argumento de autoridad o de refuerzo poético, siente indignación cuando alguien se atreve a cuestionarlos. La tan certera afirmación de que Marx tenía razón deviene en caricatura grotesca: Marx, Lenin y quien más surja tenían razón *en todo*, jamás tuvieron dudas (o si las tuvieron, acabaron resolviéndolas inequívocamente), sus obras son lineales y carentes de evolución o rectificación interna, y sus tesis son válidas como verdades ahistóricas que pueden (y deben) ser reproducidas mecánicamente en cualquier tipo de contexto. Teóricos y organizadores de enorme riqueza quedan así paradójicamente reducidos a fósiles inertes, cadáveres plastificados y totalmente vaciados de política.

Romper con esta concepción de “los clásicos” es un deber y una necesidad para la política revolucionaria. Lo que convierte a un autor o autora en parte de esa categoría no debería ser su sacralización (asesinato de su potencia transformadora) sino la constatación reiterada de la utilidad de sus planteamientos, el descubrimiento de nuevos matices, su funcionamiento como una caja de herramientas con la que comprender el presente y construir estrategias emancipadoras viables. No podemos mirar a “los clásicos” como quien observa una pieza de museo, un pasado que ya fue y que permanece por siempre estático. Es su vida presente, su actualidad plenamente política, la que les concede semejante estatus. Es en el presente donde nos jugamos todo.

A diferencia de otros clásicos (varones todos, posiblemente con las dos únicas excepciones de Rosa Luxemburgo y Clara Zetkin), Kollontai ha sido hasta el momento poco estudiada. El hecho de que su producción más relevante no incluya ninguna obra de gran formato —sino que esté compuesta fundamentalmente por folletos, correspondencia personal y artículos de periódico— difi-

culta en cierto sentido la difusión y traducción de sus textos. Y sin embargo, los principales impedimentos que han existido han sido siempre de carácter político.

Alexandra Kollontai salió de Rusia como miembro del cuerpo diplomático en 1922, fecha que coincide aproximadamente con el fin de su producción escrita (al menos, de la más rica) y en términos históricos se mantuvo desde entonces en la más absoluta irrelevancia. El borrador de sus primeras memorias, titulado *Autobiografía de una mujer sexualmente emancipada* escritas en 1926, cuenta con frases tachadas en un ejercicio evidente de autocensura y con varias afirmaciones claras: “En este momento [1918] comenzó una etapa oscura de mi vida, que no puedo tratar aquí, puesto que los acontecimientos son demasiado recientes”. En 1930, sin hacer de ello bandera y pese a ser testigo del desmantelamiento feroz de toda la legislación que ella misma había promovido e impulsado pocos años antes, se posicionó públicamente a favor de Stalin. Pero a pesar de la claudicación política de su última etapa, rendición que seguramente la mantuvo con vida, el comunismo “oficial” nunca le perdonó su trabajo de oposición dentro del partido, su rechazo a la NEP y su procedencia menchevique. Su nombramiento en 1917 como Comisaria del Pueblo de Bienestar Social y su influencia en parte de la redacción de la primera Constitución soviética demuestran, sin embargo, que la Revolución sí reconoció su figura y que el debate ideológico era todavía entonces una realidad dentro del partido.

La recuperación parcial de Kollontai iniciada a mediados de la década de 1970 ha estado impulsada por tres sectores, cada uno de los cuales ha tenido maneras diferentes de acercarse a ella e intereses particulares en lo que respecta a su obra. Por un lado, diversos grupos comunistas contrarios a la doctrina de la Tercera Internacional han visto en Kollontai una figura a reivindicar, como organizadora de una de las principales tendencias internas del Partido Comunista Ruso, defensora del cooperativismo y enemiga de la burocracia. Su texto *La Oposición Obrera* ha sido reeditado múlti-

tiples veces, casi siempre junto con algún otro de sus folletos más programáticos, como *El comunismo y la familia*.

Por lo general, ha habido poco interés por el resto de la producción teórica de Kollontai, posiblemente por considerarla dedicada a temas “menores” como son los afectos o los estudios literarios. A partir de la década de 1980, sin embargo, un sector del feminismo comenzó a aproximarse a Kollontai precisamente a partir de esos textos, que abordan cuál es la relación entre construcción revolucionaria y transformación de las costumbres y de la moral colectiva. Muchas de las interesadas actuales en Kollontai nos reconocemos en este grupo y comenzamos a descubrir su obra no a partir de los textos más *de partido*, sino gracias a las ediciones que la anterior generación de feministas realizó en torno a ideas como la mujer moderna y la ideología proletaria del amor. Desde mi punto de vista, estas siguen siendo sus aportaciones más novedosas, sugerentes y radicales políticamente. Eso nos pone a pensar el modo en que Kollontai puede ayudarnos a construir, en pleno siglo XXI, un feminismo internacionalista y de clase que sea piedra angular en la articulación de una estrategia emancipadora para el conjunto de la humanidad.

LA EMANCIPACIÓN A TRAVÉS DEL TRABAJO: EL PROGRAMA BOLCHEVIQUE DE LIBERACIÓN DE LA MUJER

Una de las verdades incuestionables formuladas primero por las socialistas y asumidas después por todas las feministas es que una mujer es mucho menos proclive a aguantar situaciones de discriminación, violencia y maltrato si no depende materialmente de su abusador. Que la dependencia emocional (entendida en su acepción más negativa y no como sinónimo de la interdependencia que actualmente reconocemos como sana) es en un porcentaje muy alto consecuencia de la falta de independencia económica. Y que el modelo familiar de parejas heterosexuales aisladas, con roles de género marcados y una fuerte división sexual del trabajo,

contribuye de manera determinante a esta anulación de la agencia y la autonomía de las mujeres. Desde mediados del siglo XIX y durante todo el siglo XX, diferentes corrientes políticas han planteado distintas respuestas a este problema. La solución bolchevique pasaba por un triple eje: incorporación a la producción, protección de la maternidad y extinción de las tareas domésticas.

Una parte importante de la obra de Kollontai está centrada en el estudio de los procesos históricos concretos que terminaron situando a las mujeres en una posición de desigualdad con respecto a los hombres. Heredera de las concepciones de la tradición socialista en este campo (que a comienzos del siglo XX era todavía escasa, al igual que la de otras corrientes), Kollontai se apoya en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels para historizar la opresión: no hay fundamento natural alguno para la situación de dominación y de exclusión social de las mujeres, que es resultado de relaciones sociales concretas y puede, por tanto, ser transformada a través de la modificación de estas. A partir de aquí realiza un ejercicio que, aunque con un nivel menor de desarrollo, ya había propuesto años antes Clara Zetkin: si la situación de la mujer depende de relaciones sociales históricas, entonces las mujeres de diferentes clases sociales se encuentran necesariamente en situaciones distintas; incluso fenómenos que aparentemente afectan por igual a mujeres de distintas clases tienen, para cada una, explicación y solución propias. Ahondaremos en esto un poco más adelante.

En 1921, dedicada ya casi en exclusiva al trabajo de organización femenino, Kollontai dio una serie de catorce conferencias en la Universidad Sverdlov de Leningrado, dentro de un programa de formación para militantes comunistas encargadas de organizar a mujeres que no eran miembros del partido. La tesis principal es clara: la posición que las mujeres ocupan en una sociedad concreta está determinada por su nivel de participación en la producción y por la importancia que las tareas realizadas por las mujeres tienen para la colectividad (o, en su defecto, por la percepción que la

colectividad tiene de su importancia real). La vía para la emancipación femenina que se desprende de esto es evidente. La incorporación de las mujeres a la producción fue la pieza fundamental del programa bolchevique para la liberación de la mujer. El “derecho al trabajo” (consigna histórica del movimiento obrero) equivale al derecho a la supervivencia, a salir adelante por los propios medios.

En las últimas décadas del siglo XX, con la fuerza de trabajo femenina constituyendo una parte importante de la fuerza de trabajo activa en casi todas las partes del mundo (y, por regla general, con una presencia mayoritaria en el ejército de reserva), la constatación de la denominada “doble jornada” abrió un importante debate entre las feministas. Muchas activistas denunciaron la *trampa* que les había tendido el capitalismo: a sus obligaciones “de género” (caracterizadas como fruto de la opresión patriarcal) se sumaba ahora su deber de aportar también en el mercado de trabajo. El resultado de este fenómeno lo conocemos en primera persona: nuestras responsabilidades domésticas y de cuidados lastran nuestras carreras profesionales, al tiempo que nuestras exigencias laborales dificultan nuestro desarrollo personal y familiar. El retraso de la edad de maternidad hasta casi traspasar los límites biológicos y el descenso radical del número de hijos en los países del norte global son buenos ejemplos de uno de los dos lados de todo esto. Y si miramos el anverso, el resultado es también de sobra conocido: precarización generalizada de las profesiones más feminizadas, falta de derechos y desamparo en el trabajo, alta tasa de temporalidad e informalidad laboral, etcétera. ¿Dónde está aquí la liberación prometida?

La doble jornada teorizada por las feministas de finales del siglo XX era ya una realidad para buena parte de las mujeres de clase trabajadora cincuenta e incluso cien años antes. En 1923 la periodista bolchevique Larisa Reisner, que tenía entonces 20 años y formaba parte de la Oposición de Izquierdas, viajó a Hamburgo para escribir sobre el intento de revolución alemana. Entre sus notas y artículos destaca un especial interés por documentar las vivencias

de las madres obreras. La situación de las mujeres en el país que contaba con la clase obrera más desarrollada del mundo era desoladora: malnutrición, falta de leche, alta probabilidad de muerte en el parto, altísima mortalidad infantil, entre otros problemas.² Situación de la que ya antes daba fe, aunque de manera en general menos específica, la amplia corriente de sociología obrera cuyo comienzo “científico” suele fecharse en 1845, año de publicación del estudio sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Friedrich Engels. Bajo el capitalismo, maternidad y profesión eran (y muchas veces siguen siendo) incompatibles. El programa bolchevique para la emancipación de la mujer pretendía dar respuesta a esta realidad con medidas de protección de la maternidad que acabaran con la contradicción entre el trabajo y el cuidado de la vida y que garantizaran a todas las mujeres la posibilidad de ser madres sin sufrir por ello una pérdida de derechos ni verse abocadas a una situación aún mayor de vulnerabilidad social. En enero de 1918, como parte de su trabajo como comisaria de Bienestar Social, Kollontai crea la Oficina Central de la Maternidad y de la Protección de la Infancia, una institución encargada de coordinar políticas dirigidas a la formación de las obreras en cuidados pre y posnatales, la creación y gestión de casas-cuna y hogares maternos gratuitos, y otros paquetes de medidas similares. El Estado soviético entendía la maternidad como una “función social” que debía ser, por tanto, protegida y sufragada. El alcance efectivo de todo esto (teniendo en cuenta la amplitud del territorio, las diferencias entre el campo y la ciudad y, muy especialmente, la crudeza de los años del denominado “comunismo de guerra” y las dificultades económicas del país) fue limitada. Pero las medidas que sí se llevaron a la práctica sorprenden por ser avanzadas comparándolas con el nivel de los Estados capitalistas de Bienestar posteriores a 1945

² El artículo “Los hijos de los obreros”, recogido en castellano en Larisa Reischer: *Hamburgo en las barricadas y otros textos* (Dirección Única, 2017) es un muestrario escalofriante de lo que se podía encontrar en la sala de espera de un consultorio médico.

o incluso con nuestras legislaciones contemporáneas. Algunos ejemplos son la exención del trabajo con conservación de salario para la madre durante las ocho semanas anteriores al parto y las ocho posteriores³ (equivalente al actual permiso español de maternidad de cuatro meses) y la asignación de un paquete gratuito de productos básicos de alimentación e higiene (leche, mantequilla, pañales, etcétera) a todas las mujeres durante la segunda mitad del embarazo y hasta el final del período de lactancia. En 1920 y paralelamente a todo esto, el comisario del Pueblo para la Salud y la Justicia publicaba un decreto sobre la terminación artificial del embarazo que convertía a la URSS en el primer país del mundo en legalizar el aborto.⁴

La identificación entre mujer y madre (la caracterización de la maternidad como el hecho diferencial femenino con respecto a nuestros compañeros de clase) es una constante en toda la obra de Kollontai. Su oposición explícita a la igualdad como objetivo político parte de este hecho: la igualdad es entendida como una negación de la especificidad femenina, una pretensión sin base material que borra las diferencias y ejerce violencia sobre las mujeres al omitir las realidades biológicas de la menstruación, el embarazo, el parto y la lactancia. El reconocimiento de las “particularidades biológicas de cada sexo” no se entiende aquí como justificación para la segregación, sino como verdad de la que emana toda una serie de derechos particulares propios de la mujer en tanto que madre. Frente a la igualdad, Kollontai defiende la “equiparación” y los “derechos especiales”. En “El movimiento de las feministas y el papel de las trabajadoras en la lucha de clases”, escribe: “la mujer,

³ En el caso de mujeres que no realizaran trabajo físico, sino únicamente intelectual, el permiso se reducía de dieciséis a doce semanas.

⁴ “Está claro que en este momento padecemos en Rusia más de falta que de exceso de mano de obra. (...) ¿Y por qué podemos legalizar el aborto en esa situación? Porque el proletariado no soporta ninguna política de puritanismo e hipocresía”. Alexandra Kollontai: “La dictadura del proletariado: el cambio revolucionario de la vida cotidiana”, 1921.

en efecto, no tiene por qué realizar el mismo trabajo que el hombre; para garantizar la igualdad de derechos con él es suficiente que rinda un trabajo del mismo valor para la colectividad”.

Es fácil entender el empeño de Alexandra Kollontai por “fortalecer el instinto maternal natural de la mujer”⁵ como fruto de un esencialismo en el destino femenino, *misión social* devenida biología. Su defensa entusiasta de la maternidad como función social nos resulta a las lectoras contemporáneas incómoda y problemática, y ya en su época recibió importantes críticas por parte de la oposición política.⁶ Su obra más extensa al respecto, *Sociedad y maternidad* (1916), es más un estudio de las condiciones bajo el capitalismo y de las diferentes legislaciones estatales que una propuesta política, y en los artículos escritos después de la Revolución el tono general es de ensalzamiento y equiparación casi constante entre mujer y madre. Y pese a ello, ya en “Los fundamentos sociales de la cuestión femenina” (1908) Kollontai advierte contra “el ideal burgués que reconoce a la mujer antes como hembra que como persona” y se burla de quienes consideran la maternidad como el “objetivo” de vida de las mujeres. Más allá de las discusiones que se puedan abrir a este respecto (y observando con mucha cautela las tendencias maternalistas y en cierto modo incluso subsumidoras de la voluntad de la madre en la voluntad general), lo cierto es que Kollontai entendía que, en las sociedades capitalistas, la maternidad pesaba como una losa sobre el cuerpo de las mujeres. Algo que hoy en día reconocemos también, al menos parcialmente, cuando decimos que muchas más mujeres en Occidente optarían por tener hijos si esto no supusiera inestabilidad económica y complicaciones laborales. Así, si el primer punto del programa bolchevique

⁵ Alexandra Kollontai: “La dictadura del proletariado: el cambio...”.

⁶ Kollontai cuenta en sus primeras memorias cómo los blancos difundieron el rumor de que dentro de las políticas impulsadas por la Oficina Central para la Maternidad y la Protección de la Infancia estaba el obligar a las niñas de 12 y 13 años a quedarse embarazadas. Para que luego digan de las *fake news* contemporáneas.

para la emancipación de la mujer era la incorporación al trabajo productivo, el segundo era la liberación de las cargas de la maternidad. Y el tercero, íntimamente ligado con este, la liberación del trabajo doméstico mediante la progresiva extinción de la familia.

Desde que Marx y Engels hablaran en el Manifiesto Comunista de abolir la familia, las polémicas al respecto no han dejado de sucederse. Y sin embargo, ninguna de las tradiciones obreras ha propuesto jamás la disolución de los vínculos de convivencia y afecto que en términos históricos nombramos como “familia”. Lo que se cuestiona es la forma hegemónica específica que la familia adopta en las sociedades capitalistas, eso que el feminismo reciente ha llamado “familia nuclear” y que Kollontai denomina “familia aislada”. Lo que los bolcheviques pretendían era desmontar esta fórmula. No a través de la explotación individualizada de cada uno de sus miembros, como hace el capitalismo, sino mediante la colectivización de la mayor parte de sus funciones y la creación de bases materiales nuevas que permitieran el surgimiento de socialidades distintas: comedores populares del Estado, casas-comuna con alquileres reducidos a las que se accedía a través de una lista de espera, hogares infantiles, un sistema de educación público y gratuito desde la primera infancia... Medidas cuya aplicación fue limitada (en parte por las dificultades económicas, en parte por resistencia política) pero que señalan sin duda un camino rico y fructífero para la experimentación y el establecimiento de relaciones sociales y familiares menos individualistas y más solidarias, justas y horizontales.

Posiblemente la principal carencia de las ideas de Kollontai sobre este tema sea la nula problematización de los roles de género, ausencia por otra parte justificada, si tenemos en cuenta que faltaban todavía cincuenta años para que el propio feminismo comenzara a hablar en esos términos. Pese a su crítica certera a la esclavitud doméstica y a la doble carga soportada por la mujer (como trabajadora y como madre), Kollontai parece asumir la existencia de una predisposición natural en las mujeres para determinado

tipo de tareas. E incluso cuando reconoce que esta inclinación es fruto de la costumbre y, por tanto una construcción histórica, no lo hace para desmontar esa tendencia, sino para movilizarla políticamente. El *instinto maternal* egoísta pasa así a convertirse en un instinto puesto a disposición de la sociedad a través del trabajo en los hogares infantiles estatales, las habilidades culinarias femeninas se aprovechan en los comedores populares, etcétera. Tendrán que pasar todavía muchas décadas hasta que las feministas de la segunda ola señalen la construcción social y cultural de género como uno de los ejes fundamentales para la reproducción de la opresión. Desde el presente no podemos sino adscribirnos a esta crítica y plantearnos la pregunta de cómo articular el reconocimiento de los saberes y haceres históricamente femeninos con la transformación de las relaciones sociales que reproducen la división sexual del trabajo y la ética reaccionaria del cuidado.⁷ La independencia económica, la protección de la maternidad (destinando recursos públicos suficientes pero también garantizando que la decisión de ser madre ha sido tomada de manera libre, voluntaria y consciente) y la emancipación con respecto al trabajo doméstico siguen siendo a día de hoy tres pilares centrales de todo programa de liberación de la opresión de género. El cuarto pilar, la transformación de las formas de vida y de las relaciones interpersonales, fue teorizado por Kollontai seguramente de la manera más sistemática y satisfactoria hasta la fecha, y nos detendremos en él más adelante. Para todos los demás factores que afectan de manera determinante a las vidas de las mujeres y que nos colocan en situaciones de violencia, discriminación e injusticia (las fronteras, la ultra-explotación laboral, la segregación racial, las políticas migratorias, la infravivienda o la pobreza energética), Kollontai habría tenido una respuesta clara: su solución depende de la acción política del conjunto de la clase.

⁷ Concepto desarrollado en Amaia Pérez Orozoco: *Subversión feminista de la economía* (Traficantes de Sueños, 2014).

KOLLONTAI Y LAS FEMINISTAS

El rechazo a la existencia de una “cuestión de la mujer” específica separada de la cuestión social general es una constante en toda la obra de Kollontai y una de las afirmaciones más polémicas para una lectura contemporánea. Y sin embargo, en términos estrictos, se trata de una observación cierta. No existe una “cuestión de la mujer” que pueda separarse de la cuestión de clase, migratoria o racial, como de hecho venimos advirtiendo desde hace tiempo importantes sectores procedentes de los diferentes feminismos. Cualquier negación de esta realidad solo puede acabar justificando y reproduciendo las lógicas de exclusión y opresión sistémicas, como ha pasado ya en múltiples ocasiones a lo largo de la historia.

Ejemplos tristemente famosos de cómo el feminismo (o, mejor dicho: una parte concreta del feminismo) ha permitido la perpetuación de relaciones de discriminación y violencia o, directamente, las ha potenciado, son la justificación imperial por parte del sufragismo británico, el rechazo a la visibilidad lésbica en los años sesenta del siglo XX (y el actual rechazo al reconocimiento de derechos para las mujeres trans), el apoyo a leyes criminalizadoras y regularizadoras de las formas de vida de las comunidades negras o migrantes y de las trabajadoras sexuales, el feminacionalismo como herramienta neocolonial, etcétera. Como respuesta a todo esto han ido surgiendo diversas posturas y marcos explicativos que tratan de pensar el modo en que unas cosas y otras están interconectadas. Seguramente la más famosa de estas propuestas sea la teoría de la interseccionalidad, a pesar de que las feministas de la reproducción social han demostrado las importantes lagunas y limitaciones de dicha teoría. En cualquier caso, lo que está claro es que la realidad demuestra que no es posible mejorar la vida de la mayor parte de las mujeres con una perspectiva meramente sectorial, negando o sin pretender abordar el origen de la mayor parte de problemas que nos afectan.

A comienzos del siglo XX, el denominado inicialmente “movimiento femenino” estaba presente por toda Europa, América y parte de Asia y se encontraba centrado principalmente en el derecho a voto. Las feministas habían creado organizaciones propias en un importante número de países, estaban coordinadas internacionalmente y demostraban una gran capacidad de incidencia mediática, pensamiento táctico y compromiso político. Los repertorios de acción que manejaban abarcaban desde el envío masivo de cartas a políticos y representantes públicos hasta estrategias con un alto nivel de peligrosidad y sacrificio: boicot de eventos culturales y deportivos, atentados contra comercios e instituciones públicas, huelgas de hambre y autolesiones en prisión, entre otras. La violencia de estas prácticas fue una de las características definitorias del movimiento (especialmente en sus vertientes británica y estadounidense) y contribuyó a construir una imagen de radicalidad para el sufragismo.

Es con este feminismo (con el feminismo realmente existente en la época) con el que debaten Kollontai y otras marxistas contemporáneas. Y lo hacen, a diferencia de los grupúsculos pretendidamente comunistas que se apoyan en su figura para insultar al feminismo actual, reconociendo la valía de las sufragistas y la importancia y valentía de las mujeres que las precedieron. Buena parte de la producción escrita de Kollontai está dedicada a este ejercicio, sin el cual no podría dirigirse a ellas como competidoras políticas ni explicar el avance del movimiento. No hay desprecio ni caricaturización alguna, sino un análisis sistemático de todos los puntos en que “las feministas” parecen tener acuerdos programáticos con las comunistas y de las motivaciones y pretensiones que hay realmente detrás de cada grupo. “Si en determinadas circunstancias las tareas a corto plazo de las mujeres de todas las clases coinciden —escribe en 1908—, los objetivos finales de los dos bandos (...) y las estrategias a seguir difieren mucho”.

Una lectura no problematizada de textos clave como “Los fundamentos sociales de la cuestión femenina” o “El movimiento de

las feministas y la importancia de las trabajadoras en la lucha de clases” puede llevarnos a dos errores opuestos: rechazar el conjunto de la argumentación de Kollontai espantadas por la manera en que limita el feminismo a sus manifestaciones burguesas, o asumir que este reduccionismo está en lo cierto y acabar sosteniendo la falacia de que toda articulación feminista es necesariamente expresión de la ideología burguesa. Personalmente, estoy firmemente convencida de que casi todas las críticas que Kollontai dirige a “las feministas” son correctas hoy en día respecto al feminismo liberal y al feminismo institucional. Existe un feminismo *hegemónico* (con mayor o menor facilidad para ejercer esa hegemonía en función, entre otras cosas, del nivel de desarrollo del movimiento real), con acceso a los medios de comunicación y una fuerte influencia cultural, que se considera a sí mismo neutro en términos de clase y que pretende representar los intereses de todas las mujeres. Y junto a esto (o, para ser más precisas: frente a esto) hay también un feminismo que articula las demandas de género con el resto de los conflictos sociales y que entiende que la situación de las mujeres, y también sus necesidades y preocupaciones principales, varía en función a la clase a la que pertenecen.

El feminismo, como todo movimiento de masas, es un espacio siempre en disputa. Renunciar a dar la pelea es asumir la propia incapacidad política y propiciar un resultado de profecía autocumplida. Kollontai reconoce y demuestra en repetidas ocasiones la existencia de una doble genealogía del movimiento de mujeres, llegando a emplear una terminología muy cercana a la nuestra: “movimiento femenino” y “movimiento femenino burgués”⁸. Dos corrientes que pueden coincidir en las tareas inmediatas pero que difieren radicalmente en sus objetivos finales y que son resultado de la aparición, a partir de los procesos de formación y expansión del capitalismo, de dos grupos de mujeres diferenciados. Bajo esta óptica resulta mucho más sencillo desprenderse de las reticencias

⁸ En “Los orígenes de ‘El problema de la mujer’”.

y prejuicios que puede suscitar una primera lectura para acercarse a los argumentos de Kollontai con disposición de escucha.

EL AMOR CAMARADERÍA

La aportación más novedosa, más extraordinaria y más original de todas las que Kollontai realiza al pensamiento marxista son sus reflexiones sobre el amor. Desde *El Manifiesto Comunista* de Marx y Engels y, con mayor profundidad, desde el primer libro de *El Capital*, el marxismo acepta como argumento fundamental que las relaciones sociales que se desarrollan bajo el capitalismo no emanan de la naturaleza humana sino que son construcciones históricas producto del modo capitalista de organización de la producción y de la vida. Las consecuencias políticas de esto son inmensas: si no son naturales, si no se desprenden necesariamente de nuestro ser humano, entonces es posible imaginar formas distintas de relacionarnos y de organizarnos socialmente; si son históricas (si tienen un comienzo), entonces pueden tener un final; si son resultado y, a la vez, agente reproductor de relaciones materiales concretas, entonces podemos y debemos inventar bases materiales distintas que den lugar a relaciones sociales más sanas y plenas.

Hasta Alexandra Kollontai, las conclusiones de todo esto se detienen, a grandes rasgos, en el umbral de las relaciones entre las clases. Es cierto que a lo largo del siglo XIX encontramos varios intentos de pensar cómo serían otras formas de convivir y de organizar no solo la producción sino también la vida, pero suelen estar limitados a grupos aislados numéricamente reducidos (las distintas experiencias utópicas, de entre las cuales la más famosa posiblemente sea la de los falansterios de Fourier) o entenderse como un complemento a las demandas laborales clásicas (como la apertura de guarderías y comedores infantiles dentro de las fábricas). A finales de siglo empieza a teorizarse, sobre todo entre sectores anarquistas, el concepto de “amor libre”. Sin tener nece-

sariamente las implicaciones que en la actualidad concedemos al término, el amor libre implicaba relaciones ajenas al matrimonio, que se iniciaban y terminaban por voluntad mutua. Una de sus principales defensoras fue Emma Goldman.

En el campo socialista, las reacciones hacia el amor libre fueron de diverso tipo, aunque mayormente negativas. Por un lado, se argumentaba que las mujeres y hombres de clase trabajadora ya establecían en la práctica relaciones no mediadas por el matrimonio, más vigilado en las clases burguesas debido al imperativo de transmisión de la herencia. Por otro lado, existía una tendencia a interpretar el adjetivo “libre” en el sentido liberal del término. El amor libre pasaba a ser así un amor egoísta y exento de responsabilidades. Es bastante conocido un significativo intercambio de cartas entre Lenin e Inessa Armand a este respecto, donde él trata de convencerla de que retire el término de uno de sus textos. Lenin establece hasta diez matices de significado para la expresión, de las que las siete primeras (*amor libre* de cálculos económicos, de preocupaciones materiales, de prejuicios religiosos, de las prohibiciones del cabeza de familia, de los prejuicios sociales, del entorno opresivo y de las trabas de la ley) se corresponderían efectivamente con los intereses de las mujeres obreras. Los tres últimos (libre de la seriedad en el amor, libre de la procreación, libertad de adulterio) constituirían reivindicaciones burguesas y serían los más asociados al término.⁹ Es importante recordar, más allá de la opinión de Lenin de que una “excesiva excitación y desarrreglo de la vida sexual” contribuía a “disipar la salud y las energías de la juventud”,¹⁰ que las ideas acerca del degeneracionismo y el higienismo social eran bastante populares en la época, también en

⁹ Carta a Inessa Armand fechada el 17 de enero de 1915 en Berna. Publicada por primera vez en 1939 en la revista *Bolshevik*, 13.

¹⁰ Clara Zetkin: *Recuerdos sobre Lenin* (Editorial del Estado para la Literatura Política, 1955). Recogido en Vladimir Ilich Lenin: *La emancipación de la mujer* (Progreso, 1971).

entornos revolucionarios.¹¹ La respuesta de Kollontai al problema del amor trasciende el debate sobre el amor libre. Partiendo de la constatación de la existencia de una “crisis sexual” en la Rusia revolucionaria (esto es: un *desorden* en los comportamientos sexuales y relacionales, fundamentalmente entre la juventud), Kollontai trata de superar el plano de las actitudes individuales para pensar el amor en su dimensión histórica, social y política. El resultado es una propuesta global que rompe con muchas de las concepciones de las corrientes comunistas más rígidas pero que se inserta a la perfección en el engranaje del pensamiento marxista. Al entender el amor como parte de la ideología (reconocida como terreno de lucha por el socialismo), Kollontai destierra la idea de que se trata de un “tema menor” para situar los sentimientos amorosos (o, por usar términos más actuales y menos cursis: para situar los afectos y las maneras en que nos vinculamos emocionalmente) en un lugar central de toda estrategia política revolucionaria.

Una de las innovaciones más importantes de Kollontai es precisamente esta: haber señalado el amor como construcción social medio siglo antes de que el feminismo empezara a decir lo propio del género. Hay que esperar hasta las elaboraciones más recientes del movimiento feminista y la crítica al modelo del “amor romántico” para encontrar algo similar a lo que Kollontai hizo hace cien años, e incluso así, con mucha menos carga e implicaciones políticas. Porque su propuesta no se basa en pensar cómo deberían ser las relaciones de cada una de nosotras por separado (criterio ético

¹¹ En una inversión de los discursos degeneracionistas clásicos, a finales del siglo XIX empieza a ser posible encontrar literatura obrera que caracteriza las prácticas burguesas de degeneradas y presenta a la clase trabajadora organizada como responsable de la limpieza moral y social. Las campañas contra el consumo de alcohol emprendidas por el anarquismo o la famosa “deportación” en trenes sellados de las mujeres que formaban parte de la Columna Durruti son buenos ejemplos. Los principales dirigentes comunistas, Kollontai incluida, empleaban un vocabulario similar y solían diferenciar entre estímulos sexuales fortificadores o revitalizantes, y excesivos o extenuantes.

individual), sino el tipo de vínculos y afectos interpersonales que necesitamos para construir una sociedad sin clases, más justa, feliz y plena.

Descentrar el foco de lo privado e introspectivo para alumbrar la dimensión social del amor nos ayuda a vislumbrar el modo en que contribuye a dar forma a un determinado tipo de colectividad. Se trata de un hecho aparentemente evidente (al fin y al cabo, colectividades basadas en el amor son también las parejas convencionales, las familias o los grupos de amigas), pero que hemos naturalizado hasta el punto de hacerlo invisible. Y sin embargo, históricamente el amor ha sido un arma política que se ha usado siempre: el amor a un dios, el amor a la nación, el amor a tu gente (como en el caso del feminismo o, muy especialmente, del movimiento negro del siglo XX) e incluso el amor a una mujer (como bien explica Kollontai al hablar de las lógicas caballerescas en las sociedades feudales). En cuanto sentimiento, el amor es un elemento de unión y, por tanto, un elemento organizador. Saber comprender y valorar la fuerza transformadora que encierran los sentimientos de amor es fundamental para todo proyecto político.

¿De qué principios emana la moral sexual y afectiva de nuestras sociedades, una moral que permite y posibilita semejantes atrocidades? ¿Y sobre qué principios queremos levantar una moral sexual nueva, que nos ayude a vivir más libres y plenas? Kollontai se hace estas preguntas en un momento en que se estaban poniendo las bases para un nuevo modelo de sociedad (de transición al socialismo) y en el que la revolución había dinamitado las costumbres y hábitos morales de sectores importantes de la población, especialmente en las zonas urbanas y con una fuerte incidencia entre las capas más jóvenes. Sus textos más interesantes a este respecto constituyen la última etapa de su producción escrita antes de salir de Rusia, y muchos adoptan la forma de respuestas públicas (aparecidas en diversos periódicos y revistas) a cartas que recibía de jóvenes militantes del partido. “¡Dejad paso al Eros alado!” es un buen ejemplo.

En su empeño por comprender la moral sexual como parte de la ideología, Kollontai se alejó de las dos posturas predominantes en la época: la nostalgia reaccionaria de las costumbres perdidas y la negación individualista de todo código de conducta. No resulta muy complicado, en pleno siglo XXI y tras décadas de neoliberalismo salvaje, reconocer ambas posiciones en los discursos que nos rodean. La relativa flexibilización de las costumbres, la progresiva aceptación de modelos familiares diversos y una evidente aunque superficial desaparición de los tabúes sobre el sexo han provocado, por un lado, el surgimiento o reforzamiento de una corriente conservadora opuesta al cambio, que busca consagrar las supuestas costumbres tradicionales y la disciplina de género como canon moral de conducta y que está también presente en sectores (minoritarios) declarados de izquierdas. El reverso de la moneda es una suerte de nihilismo emocional que ha sido definido de varias formas: consumo de cuerpos, egoísmo emocional, neoliberalismo sexual, etcétera.

Los debates de los últimos años en torno al poliamor y al amor romántico y el creciente interés dentro del feminismo por pensar los afectos son una respuesta a todo esto. Sin juzgar o culpabilizar actitudes individuales, se trata sin embargo de entender cuáles son las lógicas que nos llevan a reproducir en nuestras conductas sexuales y relacionales las dinámicas de posesión y de consumo/descarte propias del sistema. En 1921, Kollontai escribía que “nosotros, los pertenecientes a un siglo de propiedad capitalista, un siglo de tremendas luchas de clases y de moral individualista, vivimos y pensamos todavía bajo el funesto signo de una invencible soledad moral”.¹² Tenía razón y todavía la tiene. Kollontai intenta diferenciar entre la adaptación pasivo-adaptativa a las condiciones capitalistas de vida y la aparición de principios activos y creadores que constituyan una reacción activa a dicha lógica. Para defender a continuación la construcción de una moral proletaria propia, que se realiza en el proce-

¹² En “Relaciones sexuales y lucha de clases”.

so mismo de la lucha de clases y que es una herramienta también para ella. No porque en sí misma destruya nada (y habría aquí un interesante debate con las concepciones más entusiastas acerca del potencial revolucionario de la sexualidad, en el que personalmente me situó del lado de marxistas como Holly Lewis¹³), sino por su potencial para crear solidaridades, vínculos y afectos, y para influir en la transformación de las mentalidades. La pregunta sería, entonces, cómo aumentamos el “potencial amoroso” de la humanidad (reducido al mínimo bajo las condiciones de vida capitalistas) y sobre qué principios levantamos una nueva moral sexual y afectiva. ¿Cómo trascendemos las soluciones individuales y generamos marcos relacionales emancipadores y justos para todas y todos? La respuesta de Kollontai es doble y parte de la selección de la solidaridad y la cooperación como los dos principios básicos a la hora de establecer vínculos. Lo que le sigue es una constatación lógica: “Una estructura social basada sobre la solidaridad y la cooperación exige un potencial de amor altamente desarrollado, es decir, que las personas sean capaces de experimentar sentimientos de verdadera simpatía entre sí. Sin ello, la solidaridad no puede ser duradera”.¹⁴ Y solo en una sociedad organizada con criterios distintos a los actuales, solo mediante la reorganización fundamental de nuestras relaciones socioeconómicas sobre una base comunista es posible ampliar el “potencial de amor”. *Sin esa vieja verdad, no hay solución.* Seguramente uno de los mayores atractivos del pensamiento de Kollontai es el modo en que sus ideas, formuladas hace un siglo, conectan con nuestros debates actuales y nos ofrecen respuestas mucho más satisfactorias y avanzadas políticamente de las que todo el feminismo posterior (y no digamos ya el movimiento obrero) ha proporcionado. En su obra encontramos formulada por primera vez una *ideología proletaria del amor*, que trasciende el pensamiento sobre las relaciones de pareja o estrictamente sexuales para teorizar la facultad de amar en el sen-

¹³ Bellaterra, 2020.

¹⁴ En “¡Abrid paso al alado Eros!”.

tido más amplio del término, rompiendo con la jerarquía relacional que categoriza nuestros vínculos de más a menos importante y con la competencia o contradicción entre los diferentes tipos de afectos. Es decir: en Kollontai encontramos una propuesta de ruptura con la monogamia que no se basa en la preferencia o conveniencia personal, sino en la evidencia de que el ideal del amor completo a través de una única persona, además de ser irrealizable, entra en contradicción directa con los intereses de nuestra clase. Esta es la definición del *amor-camaradería*: un amor basado en la libertad plena, la igualdad y la solidaridad amistosa, donde no interesa la forma sino el contenido del vínculo. Igualdad recíproca, reconocimiento mutuo de derechos, acercamiento basado en la camaradería: factores que solo pueden realizarse colectivamente en y a través de la lucha política, y que trascienden cualquier debate sobre poliamor y amor libre para construir formas más plenas y justas de relacionarnos entre nosotros y nosotras. Entendiendo que, como escribe Kollontai, “entre las múltiples tareas importantes que incumben a la clase obrera, está también sin duda la de la construcción de relaciones intersexuales más sanas y más felices”.

LA CENTRALIDAD DEL FEMINISMO EN LA LUCHA DE CLASES

Rescatar a Kollontai de las garras del pasado tiene especial sentido en este presente nuestro marcado por la sucesión ininterrumpida de crisis, en el que la reproducción de las bases materiales que sostienen la vida cada vez se realiza en condiciones más precarias, las luchas se feminizan (no porque antes no hubiera en ellas mujeres, sino porque ahora son precisamente las protagonizadas por mujeres las que están en primera línea) y el movimiento feminista irrumpe como vector politizador de masas capaz de condensar buena parte de las contradicciones del sistema. Tras la caída del muro de Berlín y la desaparición del mal llamado “socialismo real”, el mundo quedó huérfano de alternativas al capitalismo. El discurso del “fin de la Historia” se impuso: ya no había lucha de clases, se acabó el conflicto

como motor histórico, no más intentos de explicar los fenómenos sociales con “grandes relatos”. Ahora que cualquiera podía ser propietario y que la sociedad no existía, solo había hombres y mujeres realizando elecciones personales de cuyas consecuencias eran enteramente responsables. El cuento, claro, era mentira.

En la última década hemos sido testigos de un renovado interés por el pensamiento marxista en el seno de las universidades, pero también de los movimientos sociales. El derrumbe de la fachada de bienestar y progreso a través del mercado que supuso la crisis de 2008 ha dinamitado las ilusiones de salvación individual, y recentrado el debate en torno a la construcción de un sujeto colectivo antagonista capaz de impugnar la actual correlación de fuerzas. Este fenómeno se ha dado de forma divergente en diferentes sectores. Frente a una recuperación de la clase como categoría sociológica petrificada o como pastiche identitario, las ramas más ricas del pensamiento marxista han tratado de detectar cuáles son las luchas y los procesos sociales que están de hecho contribuyendo a la formación de este nuevo sujeto de clase, y cuáles los mecanismos por los que se producen las tomas colectivas de conciencia. El modo en que el movimiento feminista ha organizado la lucha contra las dinámicas de explotación y desposesión capitalistas le sitúa en el centro mismo de esos procesos.

El hecho de que, tras décadas de fragmentación, haya sido el feminismo quien ha recuperado en la práctica la idea de un sujeto colectivo *para sí*, que se autoconstruye políticamente y se coordina internacionalmente, ha despertado una reacción furibunda entre los defensores de un sujeto de clase mítico e idealizado. Quienes reducen la potencia de la clase obrera a imagen petrificada y unívoca, olvidan que los sujetos no se decretan y que las clases se construyen y definen únicamente a través de la lucha de clases.¹⁵

¹⁵ Posiblemente la mejor definición de “clase social” formulada hasta el momento sea la que encontramos en E. P. Thompson: “La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?”, 1978.

Los sujetos precisan de la praxis, se constituyen en la lucha conjunta y a partir de las experiencias concretas compartidas. No existe identidad esencial alguna que reclamar sin la materialidad de las prácticas.

La conciencia feminista y la conciencia de clase son vasos comunicantes. Por más que irrite a las propagandistas de una sororidad universal que borra las relaciones de explotación y niega las diferencias entre mujeres, no hay emancipación de la mujer posible en el capitalismo porque la opresión de género, en la forma actual, es resultado directo de la contradicción capital/trabajo. Por más que crispe a los nostálgicos de la opresión principal y de una clase obrera mítica jamás habida, no es posible cuestionar el sistema capitalista sin tocar el género y la raza, porque ambos se encuentran en el centro mismo de las dinámicas de explotación y desposesión del capital. Es a través de la experiencia y de la lucha concreta que las mujeres establecen las conexiones, porque en la realidad material no es posible separar ambas cuestiones. Y en ese sentido, en tanto que puede llegar a cuestionar y confrontar directamente con muchos de los mecanismos de reproducción del capital, el feminismo tiene la capacidad en ocasiones desarrollada de devenir proceso de subjetivación de clase. De construcción de sujeto. Se convierte en *lucha de clases feminista*.

Kollontai explica con varios ejemplos el modo en que se produce esta toma de conciencia y la manera en las conciencias de clase y “feminista” repercuten mutuamente la una en la otra. Pese a sus alegatos contra las feministas burguesas y contra la existencia de una cuestión femenina específica, dedicó buena parte de su vida a potenciar la autoorganización de las mujeres (incluso, y muy especialmente, de las que no militaban en el partido) y no hay en toda su obra un rechazo explícito a las demandas feministas de la época. Ni siquiera a las de las sufragistas, de cuyo movimiento reconoce que las mujeres obreras han sido en muchos lugares parte mayoritaria. En el “Día Internacional de la Mujer” se enfrenta a las acusaciones de dividir a la clase para defender la especificidad

del 8 de marzo y la necesidad de su existencia. Si bien tiene claro que el reconocimiento formal de derechos no traerá el fin de la discriminación, en varios de sus textos señala que esto no significa que la mejora parcial en este sistema no sea posible y aboga por la participación de las comunistas en esos procesos y en la lucha por los derechos políticos.

En Kollontai encontramos una propuesta para la solidaridad basada en el interés común. No en la bondad ni en la empatía, sino en la constatación de que si mejora la situación de una parte desfavorecida de la clase, mejora necesariamente también la del conjunto de la clase. Aceptar esta máxima como punto de partida para nuestra acción política hoy nos sitúa en una mejor posición para enfrentar muchos de los debates acerca de la ampliación de derechos, la supuesta contradicción de intereses y la alianza entre sectores oprimidos. Y junto con los desarrollos posteriores acerca del lugar que el género ocupa en el funcionamiento del capitalismo contemporáneo,¹⁶ nos permite comprender que el potencial transformador de los movimientos de mujeres no se debe a ninguna característica esencial ni ahistórica, sino a nuestra posición como sector estratégico de la clase.

Escribe Kollontai que el movimiento femenino proletario es una parte orgánica del movimiento obrero. En 2022 nos toca decir no solo que esto sigue siendo cierto, sino que además el movimiento feminista constituye un pilar central de los procesos de recomposición de clase. Cualquier otra interpretación no se corresponde con un análisis riguroso de las dinámicas capitalistas y de las relaciones sociales. Acercarnos a Kollontai de una manera desprejuiciada y crítica puede darnos herramientas para pensar cómo empujar hacia la (re)construcción del tan necesario sujeto de clase, pero también para imaginar formas distintas de organizar la vida. La defensa de la vida frente a la destrucción capitalista, la

¹⁶ Especialmente relevante, por su capacidad tanto creadora como de síntesis, es Nancy Fraser: *Los talleres ocultos del capital* (Tráfico de Sueños, 2020).

convicción en que una vida buena y bella tiene necesariamente que ser posible, atraviesa desde Marx y Engels todo el pensamiento emancipador y es parte esencial de la potencia comunista. En Kollontai encontramos además una propuesta de bases morales y materiales para la completa reorganización social.

“En nombre de la igualdad, de la libertad y del amor, hacemos un llamamiento a todas las mujeres trabajadoras, a todos los hombres trabajadores, mujeres campesinas y campesinos para que resueltamente y llenos de fe se entreguen al trabajo de reconstrucción de la sociedad humana para hacerla más perfecta, más justa y más capaz de asegurar al individuo la felicidad a la que tiene derecho”.¹⁷ Disfruten de la lectura.

¹⁷ Alexandra Kollontai: *El comunismo y la familia*, 1921.

Kollontai 150

Los fundamentos sociales de la cuestión de la mujer (1909)¹

El movimiento de mujeres en Rusia atraviesa un momento decisivo de su historia: en diciembre de 1908 revisará la actividad creativa llevada a cabo por las organizaciones de mujeres en los últimos años, y en el Congreso de Mujeres de toda Rusia debe decidir el “curso de acción” que deben seguir las feministas² en los próximos años de lucha por la emancipación de las mujeres. Como resultado de los acontecimientos que han tenido lugar en Rusia, los complejos problemas sociopolíticos, que hasta hace poco todavía pertenecían al ámbito de las cuestiones “espinosas” abstractas, se están convirtiendo ahora en cuestiones urgentes que exigen una enérgica participación práctica y una solución. Estos problemas incluyen la llamada cuestión de la mujer. Cada día que pasa, un número creciente de mujeres se ven arrastradas a la búsqueda de una respuesta a tres inquietantes interrogantes: ¿Qué camino debemos tomar? ¿Qué debemos hacer? ¿Cómo podemos asegurarnos de que el sector femenino de la población de Rusia también

¹ Introducción al libro *Los Fundamentos sociales de la cuestión de la mujer*. Tomado de “Los fundamentos sociales de la cuestión femenina”, en Archivo Alejandra Kollontai – sección en español del MIA. Escrito en 1907 según la presentación de la sección en español; escrito en 1908 poco antes del Primer Congreso de Mujeres de toda Rusia y publicado en 1909 en forma de libro según la sección en inglés también del MIA, que data la introducción en 1908 y el folleto en 1909.

² Feminismo, un movimiento de mujeres burguesas que busca la igualdad de derechos para las mujeres en el marco del estado burgués. Las feministas exigían que se concediera a las mujeres el derecho a elegir y ser elegidas, el derecho a dedicarse al comercio y a las operaciones comerciales.

reciba el fruto de la larga, obstinada y agonizantemente difícil lucha por una nueva estructura política en nuestra patria?

La Alianza para la Igualdad, junto con la sección sobre el derecho al voto de las mujeres de la Sociedad de Ayuda Mutua de las Mujeres Rusas,³ han decidido convocar el Primer Congreso de Mujeres de toda Rusia⁴ para dar una respuesta exhaustiva a estas tres preguntas.

El programa del próximo congreso de mujeres es sumamente amplio: en la primera sección se propone realizar una evaluación de la actividad de las mujeres en diversas profesiones en Rusia; en la segunda sección se propone examinar la posición económica de las mujeres e investigar las condiciones de trabajo en el comercio y la industria y en los servicios domésticos, así como examinar la cuestión de la protección del trabajo femenino, etc.; se creará una subsección especial para examinar las cuestiones relativas a la familia, el matrimonio y la prostitución; las tareas de la tercera

³ La Alianza para la Igualdad de la Mujer, organización feminista formada en Rusia a principios del siglo XX. La alianza exigió que se concediera a las mujeres la igualdad política y el derecho a ejercer varias profesiones. La alianza se disolvió después de la derrota de la primera revolución rusa de 1905-1907.

⁴ El Primer Congreso de Mujeres de toda Rusia, organizado por las sociedades burguesas, tuvo lugar en San Petersburgo del 10 al 16 de diciembre de 1908. Asistieron 700 delegadas, incluyendo un grupo de 45 mujeres trabajadoras. Las feministas, que organizaron el congreso, pretendían llevarlo a cabo bajo el lema: "El movimiento femenino no debe ser ni burgués ni proletario, sino un único movimiento animado por un solo espíritu". En sus discursos, las delegadas obreras expusieron la oposición de clase entre los movimientos de mujeres proletarias y burguesas. A pesar de que eran minoría, las delegadas obreras lograron persuadir al congreso para que adoptara resoluciones sobre la protección del trabajo femenino e infantil, sobre la protección de las madres campesinas y otras. Las trabajadoras también presentaron una resolución que exigía el derecho al voto universal, igual, directo y secreto. El *presidium* se negó a presentar esta resolución y la sustituyó por otra, redactada con un espíritu liberal-burgués. El grupo de delegadas obreras abandonó el congreso en señal de protesta.

Kollontai fue una de las organizadoras encargadas de los trabajos preparatorios con las delegadas obreras antes del congreso, trabajos en los que participó activamente. En el congreso, V. I. Volkova, una mujer trabajadora, leyó un discurso que había preparado Alejandra Kollontai, que se había visto obligada a huir al extranjero como resultado de la vigilancia policial.

sección incluirán la posición civil y política actual de la mujer y las medidas que deben adoptarse en la lucha por la igualdad de la mujer en esas esferas; por último, en la cuarta sección se estudiarán las cuestiones relacionadas con la educación de la mujer.

No se puede dejar de acoger con satisfacción este amplio programa del Congreso de Mujeres de toda Rusia, sobre todo si se compara con el proyecto de programa publicado en la revista *Soyuz zhenshchin* (*La Alianza de Mujeres*), nº 3, 1907. En este proyecto de programa se omitió totalmente una cuestión tan importante como la posición económica de la mujer en relación con la protección jurídica del trabajo femenino. ¿Fue esto un mero descuido, un accidente? Si, en efecto, fue un simple descuido, entonces fue un descuido característico, olvidar el aspecto económico de la cuestión de la mujer, la situación de la mujer trabajadora y la protección del trabajo femenino, es el tipo de “accidente” que determinaría inmediatamente la naturaleza del próximo congreso y haría imposible e inútil la participación de aquellos sectores de la población femenina para los que la cuestión de la mujer está íntima e inextricablemente ligada a las cuestiones laborales generales de nuestros días. Ahora que este descuido ha sido corregido, la segunda sección se dedicará enteramente a la cuestión del trabajo femenino y la posición económica de la mujer. Por lo tanto, no habría valido la pena detenerse a comentar un incidente tan menor si no fuera típico de nuestras “sufragistas” burguesas.

Con la cautela típica de las feministas burguesas, las organizadoras del congreso dudaron durante mucho tiempo: ¿cuál debe ser la naturaleza del congreso? La omisión en el proyecto de programa del punto que trata de la posición económica de la mujer está, en nuestra opinión, estrechamente relacionada con estas vacilaciones. En una de las reuniones preparatorias del próximo congreso, personas con una influencia considerable en el mundo feminista insistieron en que el congreso no debía dedicarse a “tareas de propaganda”, sino que debía concentrarse en cuestiones concretas, como la lucha contra el alcoholismo. Así pues, hasta hace poco tiempo, las orga-

nizadoras del congreso no sabían todavía si éste debía asumir el carácter de una conferencia de “damas” benévolas preocupadas por la moral y la caridad, o si había que intentar romper la indiferencia de las mujeres ante su propio destino y atraerlas a las filas de los que luchan por la emancipación de la mujer. Sin embargo, bajo la influencia de las partidarias más clarividentes de la igualdad de derechos, la segunda tendencia se fue imponiendo poco a poco. El lema elegido para el próximo congreso es el tradicional grito de guerra feminista: la unión de todas las mujeres en la lucha por los derechos e intereses puramente femeninos.

El congreso ha servido de acicate a las organizaciones feministas. El hormiguero femenino se ha agitado. Una tras otra, feministas como Pokrovskaya, Kalmanovich, Shchepkina, Vajtina y otras han pronunciado discursos y conferencias cuyo contenido podría resumirse en el mismo llamamiento a la movilización de las mujeres: “¡Mujeres de todas las clases de la población, uníos!”

Por muy tentador que suene este lema “pacífico”, por mucho que parezca prometer a la pobre hermana menor de la mujer burguesa (la mujer trabajadora), es precisamente este lema tan querido por las feministas el que nos obliga a hacer una pausa y examinar con mayor detalle el próximo congreso de la mujer, y a someter sus objetivos y aspiraciones fundamentales a una cuidadosa valoración desde el punto de vista de los intereses de la mujer trabajadora.

Concretamente, se trata de saber si las mujeres de la clase obrera deben responder al llamamiento de las feministas y participar activa y directamente en la lucha por la igualdad de la mujer o si, fieles a las tradiciones de su clase, deben seguir su propio camino y luchar por otros medios para liberar no solo a las mujeres sino a toda la humanidad de la opresión y la esclavitud de las formas de vida social del capitalismo contemporáneo.

Sin embargo, antes de responder a esta pregunta, creo necesario exponer las propuestas básicas que sirven de punto de partida para los argumentos que voy a presentar.

Dejando a nuestros honorables amigos, los eruditos burgueses, la posibilidad de examinar más de cerca la cuestión de la superioridad de un sexo sobre el otro, o de sopesar el cerebro y calcular la composición intelectual del hombre y la mujer, los partidarios del materialismo histórico reconocen plenamente las diferencias naturalmente existentes entre los sexos y exigen una sola cosa, a saber: que se ofrezca a cada individuo, hombre o mujer, la posibilidad real de alcanzar la más libre y plena autodeterminación y, también, las más amplias oportunidades posibles para el desarrollo y la aplicación de todos los talentos naturales. Al mismo tiempo, los partidarios del materialismo histórico niegan la existencia de cuestiones específicamente femeninas al margen de la cuestión social general de nuestros días. Ciertos factores económicos condujeron una vez a la posición subordinada de la mujer, con sus características naturales desempeñando un papel puramente *secundario*. Solo la desaparición total de esos factores (económicos), solo la evolución de las formas económicas que en su día causaron la esclavitud de la mujer, puede producir un cambio radical en su posición social. En otras palabras, la mujer solo puede llegar a ser verdaderamente libre y gozar de la igualdad en un mundo transformado y basado en nuevos principios sociales y económicos.

Esta afirmación, sin embargo, no excluye la posibilidad de una mejora parcial de la vida de la mujer en el marco del sistema existente, aunque una solución verdaderamente radical del problema del trabajo solo es posible con la completa reestructuración de las relaciones de producción existentes. No obstante, tal visión de la situación no debe actuar como un freno a la labor de reforma destinada a satisfacer los intereses inmediatos del proletariado. Al contrario, cada nueva conquista de la clase obrera es un peldaño en la escalera que conduce a la humanidad al reino de la libertad y de la igualdad social; cada nuevo derecho conquistado por la mujer la acerca a su objetivo: la emancipación total.

Una observación más: al discutir la cuestión de la emancipación de la mujer, uno debe basarse firmemente, como en el caso de

cualquier otra cuestión sociopolítica, en las relaciones realmente existentes. Todo lo que pertenece al ámbito de las “aspiraciones morales” u otras estructuras ideológicas lo dejamos voluntariamente a disposición del liberalismo burgués. Para nosotros, la emancipación de la mujer no es un sueño, ni siquiera un principio, sino una realidad concreta, un hecho que nace con cada día que pasa. Paso a paso, las relaciones económicas modernas y todo el futuro desarrollo de las fuerzas productivas están ayudando, y seguirán ayudando, a la liberación de la mujer de siglos de opresión y esclavitud. Solo hay que mirar alrededor para ver que esto es así. En todas partes, en casi todas las esferas de producción, las mujeres trabajan ahora junto a los hombres. En Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y Austria, de los 81 millones de personas empleadas en la industria, 27 millones son mujeres.⁵ El número de mujeres que llevan una existencia independiente, y su relación proporcional con el total de la población femenina en los países civilizados, se muestra en el siguiente cuadro; según los últimos censos nacionales, el porcentaje de la población masculina y femenina que vive de sus propios ingresos es el siguiente:⁶

País	Mujeres	Hombres
Austria	47%	63%
Italia	40%	66%
Suiza	29%	61%
Francia	27%	58%
Gran Bretaña e Irlanda	27%	58%
Bélgica	26%	60%
Alemania	25%	61%
Estados Unidos	13%	59%
Rusia	10%	43%

⁵ Cf. T. Schlesinger-Eckstein, *Women at the Beginning of the 20th Century*, P. 38 (en ruso). A.K.

⁶ Cf. Prof. Y. Pirstorf, *Women's Labour and the Women's Question*, San Petersburgo, 1902, p. 27 (en ruso). A.K.

Al pasar de la evaluación proporcional a las cifras absolutas descubrimos que, aunque en Rusia el número de mujeres que viven de sus propios ingresos es menor que en otros países, esa cifra es, sin embargo, bastante grande. Según el último censo, de los 63 millones de mujeres de Rusia, más de seis millones viven de sus propios ingresos; en las ciudades, dos de cada ocho millones (es decir, el 25%) se ganan la vida por cuenta propia; en las zonas rurales, cuatro millones del total de 55 millones de mujeres son independientes. Si se considera el total de la población con empleo remunerado en Rusia (es decir, la población que vive de sus propios ingresos), entonces de los 33 millones de personas con empleo remunerado, 27 millones son hombres y seis millones mujeres [...]

En Rusia, la mano de obra femenina está particularmente extendida en la industria textil, en todas las ramas en las que la mano de obra femenina predomina sobre la masculina [...].⁷ Además de la industria textil, el trabajo industrial femenino en Rusia también se utiliza ampliamente en sectores como la elaboración de alimentos y, en particular, en las panaderías: 4391 mujeres y 8868 hombres; en la industria química, en particular en la cosmética: 4074 mujeres y 4508 hombres; en la industria del vidrio: unas cinco mil mujeres; en la industria de la porcelana: unas cuatro mil; en la industria de los azulejos y los ladrillos: unas seis mil. El número de mujeres solo es pequeño en la industria metalúrgica.

Las cifras citadas son, en nuestra opinión, suficientes para mostrar que en la industria rusa se utiliza ampliamente la mano de obra femenina. Además, hay que recordar que Rusia pasó a la producción capitalista a gran escala hace relativamente poco tiempo, y que, a medida que se amplíe la esfera de la economía capitalista, su industria atraerá a un número cada vez mayor de mujeres trabajadoras.

Incluso ahora, en las ciudades más grandes de Rusia que tienen empresas capitalistas a gran escala, el trabajo femenino, y en

⁷ *Manual estadístico*, número III, 1908 (en ruso). A.K.

particular el trabajo proletario femenino, constituye, teniendo en cuenta las reservas de mano de obra femenina, una proporción bastante considerable de la fuerza de trabajo total. En San Petersburgo, por ejemplo, según el censo de 1900, había 40 mujeres por cada 100 hombres que vivían de su propio trabajo [...]»⁸

Las mujeres son las más numerosas entre las que se ganan la vida con el trabajo proletarizado: por cada 269 000 hombres trabajadores hay 74 000 mujeres trabajadoras, y por cada 40 000 hombres “solteros”, hay 30 000 mujeres “solteras”. ¿Quiénes son estas mujeres “solteras”? Naturalmente constituyen el sector más explotado del pequeño artesanado: costureras, tejedoras, floristas, etc., que trabajan en casa como supuestamente trabajadores independientes para los intermediarios capitalistas y que están sometidas, como consecuencia de su aislamiento, a la más dura esclavitud del capital. Hay un número considerablemente menor de mujeres empleadas en estas profesiones (3000 por cada 74 000 hombres) mientras que solo 13 000 mujeres por cada 31 000 hombres entran en la categoría de “propietario”.

Las proporciones dentro del trabajo femenino de los diversos grupos sociales en otros países, y la posición de los trabajadores industriales masculinos y femeninos entre los que se ganan la vida de forma independiente, se muestra en la siguiente tabla.

Como puede verse en este cuadro, en Austria el número de mujeres trabajadoras supera al de hombres: por 4,4 millones de hombres hay más de 5 millones de mujeres. En Alemania, el número de mujeres trabajadoras asciende a más de la mitad del número de hombres. Lo mismo ocurre en Francia e Inglaterra. Solo en Norteamérica esta correlación es algo menos favorable para las mujeres.

⁸ En 1881, en San Petersburgo había 27 mujeres que vivían de su propio trabajo por cada 100 hombres; en 1890 había 34 mujeres, y en 1900 esta cifra había aumentado a 40 (Levikson-Lessing, *On the Employment of Women in St Petersburg According to the Censuses of 1881, 1890 and 1900*, pp. 141-147 (en ruso). A.K.

País	Año censal	Población total		Población industrial		Población industrial incluyendo trabajadores industriales	
		Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Austria	1890	11,7	12,2	7,8	6,2	4,4	4,3
Alemania	1895	25,4	26,4	15,5	6,6	9,3	5,3
Francia	1891	18,9	19,2	11,1	5,2	5,0	3,6
Inglaterra	1891	14,1	14,9	8,9	4,0	5,4	3,1
EEUU	1890	32,1	30,6	18,8	3,9	8,7	2,9
Total		102,2	103,3	62,1	25,9	32,8	20,2

[...] El crecimiento de la mano de obra femenina significa, naturalmente, un crecimiento continuo del papel de la mujer en la producción nacional. Las mujeres ya producen alrededor de un tercio de la producción mundial total de bienes para el mercado mundial. Este crecimiento constante del trabajo femenino despierta el temor en muchos economistas burgueses, obligándolos a ver en la mujer un rival peligroso para el hombre en la esfera del trabajo y a reaccionar con hostilidad a la expansión del trabajo femenino.

¿Está justificada tal actitud, y es la mujer siempre un mero rival “amenazador” para el hombre?

El número de mujeres trabajadoras aumenta constantemente, pero el continuo desarrollo de las fuerzas productivas también exige una fuerza de trabajo cada vez mayor. Solo en ciertos momentos de la revolución tecnológica se produce una reducción de la demanda de nuevos trabajadores o la sustitución de una categoría de trabajadores por otra: las mujeres sustituyen a los hombres solo para ser reemplazadas a su vez por niños y jóvenes. Sin embargo, cada paso adelante en el progreso tecnológico hace que el ritmo de producción se intensifique, y este nuevo aumento de la producción trae consigo inevitablemente una nueva demanda de trabajadores de todas las categorías. Así pues, a pesar de las pausas temporales y, a veces, de las fuertes fluctuaciones, el número de trabajadores que se incorporan a la industria aumenta en última instancia con el crecimiento de las fuerzas productivas mundiales. El crecimen-

to del número de ambas categorías de trabajadores (hombres y mujeres) es absoluto, mientras que el crecimiento más intensivo de la mano de obra femenina en comparación con la masculina es solo relativo [...].

En términos generales, lo que está ocurriendo en el mercado de trabajo no es la sustitución de la mano de obra masculina por la femenina, sino más bien la agrupación de la fuerza de trabajo de ambas categorías según la profesión: algunas profesiones y ramas de la industria emplean cada vez a más mujeres (servicio doméstico, industria textil, industria de la confección), mientras que otras dependen principalmente de la mano de obra masculina (minería, siderurgia, industria mecánica, etc.). Además, no cabe duda de que el crecimiento cuantitativo de la mano de obra femenina también se está produciendo gracias a la disminución del trabajo infantil, y esto es algo que no puede sino acogerse con satisfacción. Con la promulgación de nuevas leyes para proteger a los niños pequeños y elevar la edad en que los niños pueden ser empleados en el trabajo industrial, la reagrupación de la fuerza de trabajo implica, sin dudas, un aumento del número de mujeres trabajadoras.

Así, la afirmación de que las mujeres son el rival laboral más peligroso de los hombres solo puede aceptarse con algunas reservas. Dejando de lado la cuestión de la competencia existente en las profesiones, observaremos únicamente que, en el medio proletario, la mujer trabajadora solo constituye un rival para el hombre cuando está aislada, sin participar en la lucha proletaria conjunta. La mujer trabajadora es un rival del hombre, un rival “amenazador” que le baja el salario y destruye sin piedad el fruto de sus éxitos en su lucha organizada contra el capital, solo cuando no está involucrada en el movimiento general de clase y sindical. Sin embargo, ¿no es todo proletario no organizado un rival así, ya sea un “paleto” de pueblo hambriento, un “desterrado” de su profesión o, simplemente, un trabajador privado de un empleo permanente? La mujer trabajadora tiene un efecto perjudicial en las condiciones de trabajo en la medida en que es, hasta ahora, el

sector menos organizado de la clase obrera. El capital se sirve de ella para contrarrestar el sector más consciente y unido de la clase obrera. Sin embargo, desde el mismo momento en que la mujer entra en las filas de los luchadores organizados por la liberación de la clase obrera, deja de ser categórica la afirmación de que la mujer trabajadora es la peor rival del hombre trabajador. El proletariado organizado de cualquier sexo pierde su capacidad de dañar a los camaradas de clase.

Habiendo hecho estas reservas preliminares y visto muy brevemente algunos ejemplos estadísticos, buscaremos ahora la respuesta a las preguntas planteadas anteriormente. Remitimos a aquellos que deseen conocer más a fondo las condiciones del trabajo femenino, el crecimiento de la fuerza de trabajo femenina y su importancia en la vida económica de las naciones, a obras especiales escritas sobre este tema. Aquí solo queremos subrayar una vez más el estrecho vínculo que existe, sin dudas, entre el deseo de emancipación de la mujer y las tendencias que se observan en el desarrollo económico de la sociedad. El hecho de tener constantemente en cuenta estas tendencias nos permitirá descubrir más fácilmente el camino que debe seguir la mujer que tiene una amplia comprensión de lo que debe hacer para lograr su plena y completa emancipación.

En respuesta al interrogante de qué deben hacer las mujeres que desean defender sus derechos e intereses violados, el ideólogo burgués se apresura a responder: “Unirse con otro elemento socialmente débil, organizarse y unirse en la lucha contra los opresores masculinos” [...]

Este consejo no ha caído en terreno baldío. En los últimos años hemos visto surgir organizaciones feministas una tras otra. El feminismo en Rusia, incluyendo el feminismo como lo entendemos tradicionalmente, es indiscutiblemente un fenómeno nuevo. La primera publicación feminista *Zhenskoye dyelo* (*La causa de las mujeres*) apareció en 1899. Durante muchos años el deseo de emancipación de las mujeres rusas se limitó a reclamar la igualdad

de oportunidades educativas. Desde el decenio de 1860, cuando se planteó por primera vez la cuestión de la mujer en Rusia, hasta el presente, el movimiento femenino no ha sido otra cosa que la historia de la lucha por mejorar y ampliar el nivel de la educación femenina, y principalmente la educación superior. En los éxitos obtenidos en esta esfera las mujeres de las clases burguesas vieron, no sin razón, uno de los principales métodos para ampliar la esfera del trabajo profesional femenino, base de su independencia económica.

Con la abolición de la servidumbre, que alteró radicalmente las relaciones económicas y sociales en Rusia⁹ y obligó a una gran parte de la población a buscar los medios de existencia, la cuestión de la mujer también se planteó en Rusia. El sistema posterior a la reforma comenzó a lanzar al mercado laboral no solo al trabajador profesional masculino, sino también a un tipo de mujer hasta entonces desconocida que, al igual que su colega masculino, también buscaba trabajo para ganarse el pan de cada día. El lema tradicional de las mujeres, “libertad de trabajo”, se convirtió, al ser adoptado por las mujeres rusas, en una reivindicación de libertad de recibir educación, sin la cual todas las puertas del empleo profesional permanecían cerradas. Naturalmente, una vez terminada la enseñanza superior, las mujeres reclamaron el libre acceso al empleo estatal y privado, y esta demanda se satisfizo sobre la base de consideraciones puramente económicas a medida que la empresa privada y las instituciones estatales empezaron a darse cuenta de las ventajas de emplear a la mano de obra femenina más barata y más dispuesta a trabajar.

⁹ Se trata de una referencia a la abolición de la servidumbre en Rusia en 1861 por el gobierno zarista, que se vio obligado a introducir esta reforma como consecuencia del desarrollo económico del país y del aumento de las acciones campesinas a gran escala causadas por la explotación de los terratenientes de los siervos campesinos. El resultado objetivo de la “Reforma Campesina” fue, como escribió Lenin, la sustitución de una forma de explotación por otra, la sustitución de la servidumbre por el capitalismo.

La esfera del trabajo profesional femenino se amplió gradualmente, pero las mujeres siguieron reclamando “la libertad de educación y de elección de profesión”. No se podía exigir la igualdad política, ya que en ese momento incluso los hombres carecían de derechos políticos. En lo que respecta a los derechos civiles de la mujer, la posición de las mujeres rusas en este sentido era bastante tolerable en comparación con la de sus colegas de Europa occidental,¹⁰ por lo que no había mucho terreno obvio para la agitación feminista.

Huelga decir que el movimiento de mujeres que se está discutiendo aquí era de naturaleza claramente burguesa: solo involucraba a un círculo bastante reducido de mujeres, principalmente de la nobleza, con algunas representantes de la *raznochintsy* (las nuevas “clases medias”).¹¹ Ningún ideal socialista se expresaba en las demandas de las principales defensoras de la igualdad femenina en Rusia. Era cierto que cada año la industria rusa empleaba a miles de mujeres proletarias más, pero parecía que un abismo insalvable separaba a la mujer emancipada y educada de la mujer trabajadora con las manos encallecidas, y que no era posible ningún contacto entre ellas.

¹⁰ Según la legislación rusa, la mujer, al alcanzar la mayoría de edad, se consideraba plenamente competente en derechos: puede emprender acciones civiles por derecho propio, convertirse en tutora incluso de no familiares, ser testigo, etcétera. La mujer dispone de sus propios bienes, incluso si contrae matrimonio, ya que la ley reconoce los derechos de propiedad independientes de cada uno de los cónyuges. La tutela del marido sobre la mujer, tal como se practica, por ejemplo, en Francia, no existe en Rusia. Solo en materia de herencia la mujer es discriminada por la ley en comparación con el hombre: en la línea de descendencia directa la hija hereda solo 1/14 de los bienes fijos y 1/7 de los bienes muebles, mientras que en la línea de descendencia colateral los derechos de la mujer son aún menores. A.K.

¹¹ *Raznochintsy*: personas de diversos estratos sociales que, habiendo adquirido educación, cambiaron su anterior medio social, el de los funcionarios de bajo rango, de la pequeña burguesía, de los comerciantes, del clero y de los campesinos. Con el desarrollo del capitalismo, el número de *raznochintsy* aumentó. Lenin los describió como “los representantes educados de la burguesía liberal y democrática”.

Las mujeres de estos dos campos sociales opuestos solo se ponían en contacto a través de la actividad filantrópica. Desde el principio del movimiento de mujeres en Rusia (como, de hecho, en todos los lugares donde las organizaciones de mujeres aún no habían llegado a la autodeterminación) la filantropía estaba en la vanguardia.¹² Casi todas las organizaciones de mujeres en Rusia en los últimos años han sido esencialmente filantrópicas. Las mujeres se organizaron y crearon sociedades de mujeres no para ganar reformas en la esfera de los derechos de la mujer sino para llevar a cabo actos individuales de caridad. Desde la Sociedad de Apoyo Material a los Cursos de Educación Superior de la Mujer, la más grande en cuanto a su ámbito de actividad, hasta el primer club de mujeres fundado por la Sociedad de Ayuda Mutua de la Mujer, todas esas sociedades, como su nombre indica, perseguían objetivos filantrópicos.

Lo anterior no tiene por objeto acusar a las mujeres rusas de indiferencia hacia las cuestiones sociales y políticas. ¿Puede cualquier otro país presumir de tal cantidad de heroínas anónimas, verdaderamente nobles y encantadoras, que entregaron su fuerza, juventud y propia vida a la lucha por los ideales de justicia social y la liberación política de su país? ¿Qué tiene la historia para ofrecer que pueda rivalizar con la belleza interior de la “dama penitente” de la década de 1870 que dejó a un lado no solo sus galas, sino también todos los privilegios de su “noble origen” para unirse al pueblo y pagar al menos parte de la deuda que le debe su clase [...] Y más tarde, cuando, como resultado de la represión, cualquier protesta se convirtió, inevitablemente, en una amarga lucha contra el viejo orden, surgieron entre las mujeres de Rusia innumerables heroínas que asombraron al mundo con su desinterés, fuerza interior e ilimitada entrega al pueblo [...]. A la “gentil dama penitente”, con su dulzura y belleza interior, le siguió la intrépida *raznochinka*,

¹² Cf. el capítulo “Las sociedades de mujeres y sus objetivos”, del libro *El movimiento de mujeres* de Kechedzhi-Shapovalova (en ruso). A.K.

y después un sinfín de mártires trabajadoras que lucharon por la emancipación de su clase [...]. La lista de mujeres mártires que lucharon por los ideales de justicia social se llena constantemente con los nombres de nuevas víctimas y el futuro historiador que escriba sobre nuestra época solo podrá inclinar la cabeza en señal de respeto ante estos nobles ejemplos de mujeres luchadoras y mujeres mártires [...].

Sin embargo, este no es el tema central aquí. Aquí estamos hablando de aquellas mujeres que están luchando por lo que se llama “emancipación de la mujer”. En esta área en particular, los objetivos y aspiraciones de nuestras primeras feministas eran extremadamente reducidos y limitados. La filantropía y la educación constituían, hasta hace poco, la suma total de la actividad emprendida por las organizaciones de mujeres. Incluso el primer congreso de mujeres previsto para 1905 fue convocado limitando sus objetivos a estas dos áreas.¹³

El panorama cambia bruscamente tras los memorables acontecimientos de enero.¹⁴ El auge revolucionario que se extendió por todos los sectores de la población también afectó a las feministas, hasta ahora modestas en sus reivindicaciones. Los círculos de mujeres se volvieron más activos, su vida se agitó. Se escucharon discursos audaces y reivindicaciones radicales. Se enviaron declaraciones, resoluciones y peticiones a los consejos rurales y urbanos y a las organizaciones radicales, y a continuación se celebraron una serie de conferencias y reuniones en las que se adoptaron resoluciones políticas decisivas. En 1905, parecía que no había un rincón

¹³ “Entre las tareas del primer congreso de mujeres rusas se encuentran la filantropía y la educación. Las mujeres rusas han estado activas durante mucho tiempo en estas dos esferas y, por lo tanto, pueden hablar sobre ambos temas.” (*Zhensky vestnik*, No. 1 1905.). A.K.

¹⁴ Referencia al 9 de enero de 1905, cuando las tropas zaristas dispararon contra una manifestación pacífica de trabajadores que llevaban una petición al zar. Más de mil personas murieron y dos mil resultaron heridas. Esto marcó el comienzo de la primera revolución democrático-burguesa en Rusia, de 1905 a 1907.

de Rusia en el que las mujeres no se hicieran oír, de un modo u otro, recordando a la sociedad su existencia y exigiendo que también se les concedieran nuevos derechos civiles. Las feministas, hasta hacía poco tan modestas en sus reivindicaciones, adquirieron conciencia de que la regeneración de Rusia y el establecimiento de un nuevo sistema estatal eran los requisitos esenciales de la emancipación femenina [...].

El movimiento de mujeres está abandonando su antiguo y modesto rumbo y adoptando un nuevo camino de acción social. Esto, por supuesto, no se ha producido exento de fricciones. Entre los nuevos miembros que se habían incorporado a las organizaciones femeninas se distinguían claramente dos tendencias: algunos, más a la izquierda, insistían en la necesidad de definir claramente el credo político del movimiento de mujeres y daban prioridad a la lucha por la igualdad *política* de las mujeres; los de la derecha, en cambio, permanecían fieles a las viejas tradiciones, sin querer introducir la “política” en sus aspiraciones estrechamente feministas. En abril de 1905, los elementos más izquierdistas formaron la Alianza para la Igualdad de las Mujeres, la primera organización de mujeres en Rusia que adoptó una plataforma política clara. Mientras tanto, los elementos de derecha continuaron agrupándose en torno a la Sociedad de Ayuda Mutua para Mujeres y el *Zhensky vestnik* (*El Heraldo de las Mujeres*), persiguiendo la idea de un feminismo políticamente neutral. La Alianza para la Igualdad estableció una amplia red de sucursales en toda Rusia, y tan solo un año después, en mayo de 1906, su oficina estimó que sus miembros eran alrededor de unos 8000.¹⁵ La Alianza esperaba reunir a mujeres de todas las clases sociales sobre la base de sus vagas consignas, y así como los cadetes, en sus comienzos, hablaron en nombre de todo el pueblo, la Alianza para la Igualdad de las Mujeres declaró que expresaba las necesidades de todas las mujeres rusas.

¹⁵ Cf. *Igualdad Femenina*, Informes y Actas, 1906 (en ruso). A.K.

Sin embargo, el continuo crecimiento de la autoconciencia de clase, y la inevitable diferenciación entre los diversos estratos sociales de la población, también llevó a una mayor reagrupación dentro de las organizaciones sociales de mujeres. El bloque político que cumplía fines específicos en el apogeo de la Unión General¹⁶ era cada vez más insatisfactorio, sobre todo porque muchas de las sufragistas se habían alineado, por sus convicciones, con determinados partidos políticos. Así, ya en la primavera de 1906, la rama de San Petersburgo de la Alianza se dividió en dos partes: las feministas de “izquierda” que, como resultado de sus convicciones políticas, se alineaban con los partidos revolucionarios, y las de “derecha”, que fundaron el Partido Progresista de las Mujeres,¹⁷ similar en espíritu al Partido de la Renovación Pacífica,¹⁸ casi tan pequeño en número e igual de ineficaz. Ambas organizaciones de mujeres marcaron el inicio de su actividad con la creación de clubes políticos: el primero de carácter más o menos democrático,¹⁹ el segundo conservando su carácter burgués, con altas cuotas de afiliación, etcétera.

¹⁶ La Unión General, organización política creada por la intelectualidad liberal-burguesa en mayo de 1905, en el primer congreso de representantes de 14 uniones: abogados, escritores, médicos, ingenieros, profesores y otros. El congreso exigió que se convocara una asamblea constituyente sobre la base del sufragio universal. En la primavera de 1906 se formó el Partido Progresista de la Mujer entre el ala derecha de la Unión General, que se convirtió en portavoz de las reivindicaciones y necesidades de las mujeres de la gran burguesía. El programa del partido tenía una clara orientación feminista. La Unión General se disolvió a fines de 1906.

¹⁷ Este partido publicó el *Zhensky vetsnik* (*El Heraldo de la Mujer*), editado por la médica M.I. Pokrovskaya. A.K.

¹⁸ El Partido de la Renovación Pacífica: un partido liberal moderado. Sus principales objetivos eran: una “solución” legal al problema del trabajo, y el reasentamiento de los campesinos con tierras insuficientes. En 1907 el Partido de la Renovación Pacífica se fusionó con el Partido de las Reformas Democráticas.

¹⁹ “Una característica distintiva del Club Político de Mujeres era su organización genuinamente democrática, lo que se logró, en primer lugar, por el hecho de que todas las reuniones estaban abiertas a todos los que quisieran asistir y el costo de entrada era mínimo (2 kopeks); en segundo lugar, por el hecho de que cada grupo de 25 miembros, organizados según el partido político o la profesión, podía tener un representante en el comité de gestión

El proceso por el cual mujeres de diversos estratos sociales se reunieron en torno a banderas política y socialmente diversas tuvo lugar de forma espontánea, independientemente de la voluntad o los deseos de quienes lucharon apasionadamente por unir a las mujeres en una organización universal de mujeres. El Partido Progresista de la Mujer expresó de hecho las reivindicaciones y requerimientos de la gran burguesía y, mientras continuaba argumentando la necesidad de unir a todas las mujeres sin distinción de clase y convicción política, elaboró su propio programa político que se correspondía con los deseos de ese estrato social del que era, de hecho, portavoz. La Alianza para la Igualdad unió a las mujeres representantes de la oposición liberal de tipo cadete; en torno a ella se reunieron, y siguen reuniéndose, mujeres de la burguesía media, principalmente miembros de la intelectualidad. El Club Político de Mujeres de San Petersburgo obtuvo la aprobación de los elementos más radicales, pero aquí también la posibilidad de formar un bloque político llevó a la vaguedad de sus objetivos y, de hecho, de la propia naturaleza de la organización.²⁰ Aunque se habían dissociado de todas las organizaciones de mujeres más moderadas, las integrantes del Club Político de Mujeres no pudieron definir para sí mismas ni para otros, cuyos intereses de clase expresaban, cuáles eran sus objetivos inmediatos. ¿Debían defender los intereses de las mujeres proletarias, de las campesinas, o, simplemente, de todas las “mujeres trabajadoras”?

para defender sus intereses”. (Cf. “El Club Político de Mujeres”, artículo de M. Margulies, en el *Calendario Zhensky - Almanaque de Mujeres para 1907*). A.K.

²⁰ Sin embargo, hay que señalar a su favor que el Club Político de Mujeres intentó organizar en San Petersburgo los primeros clubes políticos para las trabajadoras industriales. En la primavera de 1906 existían cuatro clubes de este tipo, entre los cuales el Vasilyestrovsky era particularmente activo. Organizó conferencias y debates destinados a estimular el interés de las mujeres trabajadoras por la vida política que se desarrollaba a su alrededor. Junto con los otros tres clubes, fue cerrado por la policía tras seis semanas de existencia, tras la disolución de la Primera Duma. El Club Político de Mujeres también dejó de existir. A.K.

¿Debían perseguir objetivos feministas específicos, u operar sobre una base política general? La vacilación entre estos objetivos básicos marcó toda la actividad efímera del Club Político de Mujeres. Cuando el club debatió la cuestión de entregar a la primera Duma del Estado una petición que exigía que el derecho de voto se extendiera a las mujeres (una petición que había sido firmada principalmente por mujeres trabajadoras de la ciudad) los miembros se vieron seriamente avergonzados: el club fue incapaz de decidir qué partido político era el más cercano a él en espíritu y, finalmente, decidió enviar la petición a los *trudoviques*.²¹

A medida que las mujeres continuaban argumentando la necesidad de un bloque de mujeres, los hechos reales de la vida revelaban clara e irrefutablemente la naturaleza ilusoria de tal plan. Las organizaciones de mujeres, al igual que las de hombres, sufrieron un rápido e irresistible proceso de diferenciación. Los defensores de la unidad de las mujeres no podían hacer nada para impedir la agrupación de las mujeres en diversas organizaciones feministas caracterizadas por diversos grados de radicalismo político como resultado del inevitable crecimiento de la conciencia de clase en toda la sociedad rusa. La era del bloque político de mujeres llegó a su fin poco después de la desaparición del bloque liberal masculino. Sin embargo, las feministas y las sufragistas de todos los colores continúan gritando sobre la necesidad de la unidad de las mujeres, sobre la posibilidad de un partido femenino de amplia base que persiga sus propios objetivos específicos [...].

²¹ Los *trudoviques*, grupo de demócratas pequeñoburgueses formado en abril de 1906, entre los delegados campesinos de la Primera Duma del Estado (una institución legislativa representativa creada por el zar tras la revolución de 905-1907). Los *trudoviques* exigieron la abolición de todas las restricciones estatales y nacionales, la democratización del *zemstvo* [gobierno local] y la autoadministración de las ciudades, y la introducción del sufragio universal para las elecciones a la Duma del Estado. El grupo existió hasta 1917.

Tal propuesta, sin embargo, solo tendría sentido si *ninguno* de los partidos políticos existentes hubiera incluido en su programa la exigencia de la emancipación total de la mujer.

Al armarse contra la indiferencia, o incluso la hostilidad de los hombres hacia la cuestión de la igualdad de la mujer, las feministas solo dirigen su atención hacia los representantes de todos los matices del liberalismo burgués, ignorando la existencia de un gran partido político que, en la cuestión de la igualdad de la mujer, va más allá incluso que las más fervientes sufragistas. Desde la aparición del *Manifiesto Comunista* en 1848, la socialdemocracia siempre ha defendido los intereses de las mujeres. El *Manifiesto Comunista* fue el primero en señalar el estrecho vínculo entre el problema proletario general existente hoy en día y la cuestión de la mujer. Traza el proceso por el cual el capitalismo atrae gradualmente a la mujer a la producción y la hace copartícipe de la gran lucha del proletariado contra la opresión y la explotación. La socialdemocracia fue la primera en incluir en su programa la reivindicación de la igualdad de derechos de la mujer; siempre y en todas partes, mediante la palabra hablada y escrita, exige la abolición de todas las limitaciones impuestas a la mujer. Solo como resultado de esta presión, otros partidos y gobiernos se han visto obligados a introducir reformas en beneficio de la población femenina [...]. También en Rusia este partido no es solo un defensor teórico de los intereses de la mujer, sino que siempre y en todas partes persigue en la práctica el principio de la igualdad de la mujer.

¿Qué impide entonces a nuestras sufragistas situarse bajo el escudo protector de este experimentado y poderoso partido? Mientras que las feministas de derecha están asustadas por el “extremismo” de la socialdemocracia, la Alianza, que llegó a hablar de asamblea constituyente, debería encontrar la posición política de los socialdemócratas perfectamente a su gusto. Sin embargo, ¡aquí están pilladas! A pesar de todo su radicalismo político, nuestras sufragistas siguen basándose en las aspiraciones de su propia clase burguesa. La libertad política es ahora un prerequisite esencial

para el crecimiento y el poder de la burguesía rusa; sin esta libertad política, su prosperidad económica demostrará estar construida sobre la arena. El capital requiere ciertas normas y garantías para crecer y florecer; estas normas solo pueden asegurarse con la participación de los representantes de la burguesía en el gobierno del país. A continuación, viene el logro de derechos políticos igualmente importantes para hombres y mujeres. La exigencia de igualdad política es, para las mujeres, una necesidad dictada por la vida misma.

La consigna de la “libertad de profesión” ha dejado de aparecer como algo global a los ojos de las mujeres; solo la participación directa de las mujeres en la gestión del Estado promete ayudar a garantizar el aumento de su bienestar económico. De ahí el apasionado deseo de las mujeres de la burguesía media de acceder finalmente a las urnas, de ahí su hostilidad al actual sistema burocrático [...].

Sin embargo, nuestras feministas, como sus hermanas en el extranjero, no van más allá de las reivindicaciones de igualdad política. Les son extraños los amplios horizontes abiertos por las doctrinas de la socialdemocracia, extraños e incomprensibles. Las feministas luchan por la igualdad en el marco de la sociedad de clases existente y sin atacar en modo alguno sus cimientos; luchan por sus prerrogativas femeninas sin esforzarse en lograr la abolición de todas las prerrogativas y privilegios existentes [...].

No culpamos a las representantes del movimiento de mujeres burguesas por estos “pecados involuntarios”; son la consecuencia inevitable de su posición de clase. Tampoco queremos minimizar la importancia de las organizaciones feministas para el éxito del movimiento de mujeres puramente burgués. Sin embargo, queremos advertir al proletariado femenino contra el entusiasmo hacia los objetivos estrictamente feministas. En la medida en que las mujeres burguesas limitan su actividad a despertar la conciencia de sus propias hermanas, solo podemos aplaudirlas. Sin embargo, tan pronto como empiezan a llamar a sus filas a

las mujeres trabajadoras, los socialdemócratas no pueden permitirse permanecer en silencio. Uno no puede quedarse de brazos cruzados y observar esta inútil disipación de las fuerzas del proletariado. Hay que preguntarse entonces francamente: ¿qué beneficio podría aportar a las trabajadoras una alianza con sus “hermanas” burguesas y qué podrían conseguir las trabajadoras con su propia organización de clase?

¿Es posible un movimiento de mujeres *unido*, y en particular en una sociedad basada en antagonismos de clase? [...]

El mundo de la mujer, como el del hombre, está dividido en dos campos: uno (tanto por sus objetivos, como por sus aspiraciones, como por sus intereses) se pone del lado de las clases burguesas, mientras que el otro está estrechamente ligado al proletariado, cuya aspiración a la libertad implica también la solución de la cuestión de la mujer en todos sus aspectos. Estos dos grupos de mujeres combatientes difieren en sus objetivos, intereses y métodos de lucha, aunque ambos actúan sobre la base del lema común de “la emancipación de la mujer”. Cada uno de estos grupos militantes procede inconscientemente sobre la base de los intereses de su propia clase, lo que le confiere una coloración de clase específica a sus aspiraciones y objetivos. Una mujer puede ser capaz de estar por encima de los intereses de su propia clase y de ignorarlos en nombre del triunfo de los objetivos de otra clase, pero esto es imposible para una organización de mujeres unida que refleje todas las necesidades e intereses reales del grupo social que la ha fundado. Por muy radicales que parezcan las exigencias de las feministas, no hay que olvidar que, en virtud de su posición de clase, las feministas no pueden luchar por lograr una reestructuración fundamental de la actual estructura económico-social de la sociedad, y que sin ello la emancipación de la mujer no puede ser completa.

Mientras que en los casos individuales los objetivos inmediatos de las mujeres de todas las clases coinciden, los objetivos finales que determinan la dirección del movimiento y la propia táctica a utilizar difieren marcadamente. Para las feministas, el logro de

la igualdad de derechos con los hombres en el marco del mundo capitalista contemporáneo es, en concreto, un “fin en sí mismo”;²² para las mujeres proletarias, la igualdad de derechos no es más que un medio que debe utilizarse en la lucha continua contra la esclavitud económica de la clase obrera. Para las feministas, el enemigo inmediato son los hombres como tales, que se han arrogado todos los derechos y privilegios y han dejado a las mujeres solo la esclavitud y la obligación. Cada victoria de las feministas significa que los hombres deben conceder sus prerrogativas exclusivas a favor del “sexo débil”. La mujer proletaria, sin embargo, tiene una actitud completamente diferente en su posición: a sus ojos, los hombres no son su enemigo y opresor sino, por el contrario y ante todo, camaradas en el reparto de un triste lote común, y un fiel compañero de armas en la lucha por un futuro más brillante. Las mismas relaciones sociales esclavizan tanto a la mujer como al camarada; los mismos lazos odiosos del capitalismo oprimen su voluntad y les privan de la felicidad y los placeres de la vida. Es cierto que ciertas características específicas del sistema actual pesan doblemente sobre la mujer; también es cierto que las condiciones de trabajo asalariado transforman a veces a la mujer amiga y trabajadora en una rival amenazadora del hombre. Sin embargo, la clase obrera sabe quién es el culpable de estas desafortunadas condiciones.

La mujer trabajadora no aborrece menos que su hermano en el sufrimiento a ese monstruo insaciable con la boca dorada que cae sobre el hombre, la mujer y el niño con igual voracidad para

²² El principio mismo de igualdad es visto por cada grupo de mujeres según el estrato social al que pertenece. Las mujeres de la gran burguesía, que cada vez sufren más la desigualdad de la propiedad en Rusia, por ejemplo, en las leyes de sucesión, se preocupan principalmente por conseguir que se eliminen del código civil las cláusulas contrarias a los intereses de las mujeres. Para las mujeres de la burguesía media, la igualdad depende de la “libertad de trabajo”. Sin embargo, ambas reconocen la necesidad de asegurar el derecho a tener voz en la dirección del país, ya que sin esto no se asegura ningún logro, ninguna reforma. Por lo tanto, el centro de atención se ha desplazado a la lucha por la igualdad política. A.K.

dejarlos secos y engordar a costa de millones de vidas humanas [...]. La mujer obrera está unida a su compañero obrero por mil hilos invisibles, mientras que los objetivos de la mujer burguesa le parecen extraños e incomprensibles, no pueden reconfortar su alma proletaria que sufre y no le ofrecen a la mujer ese brillante futuro en el que toda la humanidad explotada ha fijado sus esperanzas y aspiraciones [...]. Mientras las feministas, argumentando la necesidad de la unidad de las mujeres, extienden sus manos a sus hermanas menores de la clase obrera, estas “criaturas ingratas” miran con desconfianza a sus distantes y extrañas compañeras y se unen más estrechamente en torno a las organizaciones puramente proletarias que les resultan más comprensibles y más cercanas y queridas.

Los derechos políticos, el acceso a la mesa electoral y a un escaño en el parlamento, es el verdadero objetivo del movimiento de las mujeres burguesas. Pero ¿puede la igualdad política en el contexto de la represión de todo el sistema capitalista explotador liberar a la mujer trabajadora de ese abismo de maldad y sufrimiento que le persigue y oprime como mujer y como ser humano?

Las mujeres proletarias más conscientes se dan cuenta de que ni la igualdad política ni la jurídica pueden resolver la cuestión de la mujer en todos sus aspectos. Mientras la mujer se vea obligada a vender su fuerza de trabajo y a soportar el yugo del capitalismo, mientras siga existiendo el actual sistema explotador de producción de nuevos valores, no podrá convertirse en una persona libre e independiente, en una esposa que elija a su marido exclusivamente según los dictados del corazón y en una madre que pueda mirar sin miedo al futuro de sus hijos [...]. El objetivo final de la mujer proletaria es la destrucción del viejo mundo antagónico de clases y la construcción de un mundo nuevo y mejor en el que la explotación del hombre por el hombre se haya hecho imposible.

Naturalmente, este objetivo último no excluye los intentos de la mujer proletaria para alcanzar la emancipación incluso en el marco del orden burgués existente, pero la realización de tales rei-

vindicaciones se ve constantemente bloqueada por los obstáculos erigidos por el propio sistema capitalista. La mujer solo puede ser verdaderamente libre y gozar de igualdad en un mundo de trabajo socializado, armonía y justicia.

Lo anterior es algo que las feministas no pueden y no quieren entender. Les parece que, si pueden alcanzar la igualdad formal reconocida por la letra de la ley, serán perfectamente capaces de abrirse camino, incluso en el “viejo mundo de opresión y esclavitud, de llantos y lágrimas”. Y esto es cierto, hasta cierto punto. Mientras que para la mayoría de las trabajadoras la igualdad de derechos con los hombres significaría simplemente la igualdad en la “falta de derechos”, para las mujeres burguesas abriría efectivamente las puertas a nuevos y hasta ahora inéditos derechos y privilegios que hasta ahora solo estaban al alcance de los hombres de la burguesía. Sin embargo, cada éxito de este tipo, cada nueva prerrogativa alcanzada por la mujer burguesa, no hace sino poner en sus manos un instrumento más para oprimir a su hermana menor, y no haría sino ahondar el abismo que divide a las mujeres de estos dos campos sociales opuestos. Sus intereses chocarían más agudamente, sus aspiraciones se excluirían mutuamente.

¿Dónde está entonces esta “cuestión de la mujer” universal? ¿Dónde está esa unidad de objetivos y aspiraciones de la que tanto hablan las feministas? Un examen sobrio de la realidad revela que esta unidad no existe ni puede existir. Las feministas tratan de convencerse en vano de que “la cuestión de la mujer no es en modo alguno una cuestión de partido político” y que “solo puede resolverse con la participación de todos los partidos y de todas las mujeres”, argumento que esgrime la feminista radical alemana Minna Cauer. La lógica de los hechos refuta este autoengaño feminista tranquilizador.

Sería inútil intentar convencer a todas las mujeres burguesas de que la victoria de la causa de la mujer depende de la victoria de la causa proletaria común. Sin embargo, apelando a aquellas que son capaces de abandonar los objetivos estrechos de la “política a

corto plazo”, que son capaces de tener una visión más amplia del destino de todas las mujeres: ¡les insistimos en que dejen de llamar a sus filas a sus hermanas proletarias ajenas a ustedes en espíritu! Despójense de las finezas de la fraseología idealista con la que a ustedes (mujeres de las clases burguesas) tanto les gusta vestirse y, armándose con las lecciones sobrias de la historia, miren hacia la defensa de sus propios derechos e intereses de clase, dejando que las mujeres trabajadoras sigan su propio camino, luchando con sus propios métodos por la libertad y la felicidad de las mujeres. Cuyo camino es más corto y cuyos medios más seguros mostrará la vida misma [...].

El Día Internacional de la Mujer (1920)¹

UNA CELEBRACIÓN MILITANTE

El Día de la Mujer o Día de la Mujer Trabajadora es un día de solidaridad internacional, y un día para pasar revista de la fuerza y la organización de las mujeres proletarias.

Pero este no es un día especial solo para las mujeres. El 8 de marzo es un día histórico y memorable para los obreros y los campesinos, para todos los trabajadores rusos y para los trabajadores de todo el mundo. En 1917, en este día, estalló la gran Revolución de Febrero.² Fueron las mujeres obreras de San Petersburgo quienes comenzaron esta revolución; fueron ellas las primeras en levantar la bandera de oposición al Zar y sus compinches. Y así, para nosotras, el día de la mujer trabajadora es un día de doble celebración.

Pero si este es un día festivo para todo el proletariado, ¿por qué lo llamamos el “Día de la Mujer”? ¿Por qué realizamos celebraciones especiales y reuniones dirigidas sobre todo a las mujeres obreras y a las mujeres campesinas? ¿No hace esto peligrar la unidad y solidaridad de toda la clase obrera? Para responder a estas preguntas, tenemos que echar la vista atrás y ver cómo nació el Día de la Mujer y con qué propósito fue organizado.

¹ Traducción proporcionada por Daniel Gaido. Tomado de *Marxists Internet Archive*, agosto 2017.

² En la Rusia zarista aún se usaba el viejo calendario juliano de la Edad Media, que iba trece días por detrás del calendario gregoriano usado en la mayor parte del mundo. Así, el 8 de marzo correspondía al 23 de febrero en el viejo calendario. Es por esto que la revolución de marzo de 1917 se conoce como la “Revolución de Febrero”, y la de noviembre de 1917 la “Revolución de Octubre”.

¿CÓMO Y POR QUÉ FUE ORGANIZADO EL DÍA DE LA MUJER?

Hace no mucho tiempo, unos diez años en realidad, la cuestión de la igualdad de las mujeres y la cuestión de si las mujeres podían participar en el gobierno junto con los hombres estaban siendo muy debatidas. La clase obrera de todos los países capitalistas luchaba por los derechos de la mujer trabajadora; la burguesía no quería aceptar estos derechos. No estaba entre los intereses de la burguesía reforzar el voto de la clase obrera en el parlamento, y en todos los países obstaculizó la aprobación de leyes que daban derechos a las mujeres trabajadoras.

Las socialistas de Norteamérica fueron particularmente persistentes en sus demandas por el derecho a voto. El 28 de febrero de 1909, las mujeres socialistas de EE. UU. organizaron enormes manifestaciones y reuniones por todo el país demandando derechos políticos para las mujeres obreras. Este fue el primer “Día de la Mujer”. La iniciativa de organizar un día de la mujer corresponde por tanto a las trabajadoras de Norteamérica.

En 1910, en la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, Clara Zetkin³ planteó la cuestión de organizar un Día Internacional de la Mujer Trabajadora. La conferencia decidió que cada año, en cada país, se celebrase el mismo día un “Día de la Mujer” bajo el lema “el voto de la mujer unirá nuestra fuerza en la lucha por el socialismo”.

Durante esos años, la cuestión de hacer el parlamento más democrático, por ejemplo, de ampliar el sufragio y extender el voto a las mujeres, era de vital importancia. Incluso antes de la Primera Guerra Mundial, los trabajadores tenían derecho a voto en todos los países capitalistas a excepción de Rusia.⁴ Solo las mujeres, junto

³ Clara Zetkin fue una líder del movimiento socialista alemán y la principal líder del movimiento internacional de mujeres obreras. Kollontai fue delegada de la conferencia internacional en representación de las trabajadoras textiles de San Petersburgo.

⁴ Esto no es exacto. La inmensa mayoría de los trabajadores no cualificados de Inglaterra, Francia y Alemania no podían votar. Un menor porcentaje de los hombres de clase obrera en Estados Unidos tampoco podía votar, en partic-

a los dementes, permanecían sin estos derechos. Pero, al mismo tiempo, la dura realidad del capitalismo demandaba la participación de la mujer en la economía nacional. Cada año se incrementaba el número de mujeres que tenían que trabajar en las fábricas y en los talleres, o como sirvientas y limpiadoras. Las mujeres trabajaban junto a los hombres y creaban la riqueza del país con sus manos. Pero las mujeres seguían sin poder votar.

Pero en los últimos años antes de la guerra la subida de los precios forzó incluso a las más pacíficas ama de casa a interesarse por cuestiones políticas y a protestar en voz alta contra la economía burguesa del saqueo. Las “revueltas de las amas de casa” se hicieron cada vez más frecuentes, estallando en distintos momentos en Austria, Inglaterra, Francia y Alemania.

Las mujeres trabajadoras entendieron que no era suficiente con romper los puestos en el mercado o expulsar al comerciante extraño; entendieron que tales acciones no reducen el costo de vida. Es necesario cambiar la política del gobierno. Y para conseguir esto, la clase obrera tiene que ver cómo se amplía el sufragio.

Se decidió tener en cada país un Día de la Mujer como una forma de lucha para conseguir el voto para la mujer trabajadora. Este día iba a ser un día de solidaridad internacional en la lucha por objetivos comunes y un día para pasar revista de la fuerza organizada de las mujeres trabajadoras bajo la bandera del socialismo.

EL PRIMER DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER

Esta decisión tomada en la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas no se recogió por escrito. Se decidió celebrar el primer Día Internacional de la Mujer el 19 de marzo de 1911.

.....
ular los hombres inmigrantes. En el sur de EE. UU. a los hombres negros se les impedía votar. Los movimientos sufragistas de clase media de todos los países europeos no lucharon por extender el voto a hombres o mujeres de la clase obrera.

Esta fecha no se escogió al azar. Nuestras camaradas alemanas escogieron el día por su importancia histórica para el proletariado alemán. El 19 de marzo del año revolucionario de 1848, el rey de Prusia reconoció por primera vez la fuerza del pueblo en armas y cedió ante la amenaza de un levantamiento proletario. Entre las muchas promesas que hizo, y que más tarde no cumplió, estaba la introducción del voto para las mujeres.

Tras el 11 de enero se hicieron grandes esfuerzos en Alemania y Austria para preparar el Día de la Mujer. Se dieron a conocer los planes para una manifestación, tanto de boca en boca como en la prensa. Durante la semana anterior al Día de la Mujer aparecieron dos revistas: El Voto para la Mujer en Alemania y El Día de la Mujer en Austria. Los diversos artículos dedicados al Día de la Mujer —“Las mujeres y el Parlamento”, “La mujer trabajadora y los asuntos municipales”, “¿Qué tienen que ver las amas de casa con la política?”, entre otros— analizaban a fondo la cuestión de la igualdad de la mujer en el gobierno y en la sociedad. Todos los artículos enfatizaban un mismo punto: que era absolutamente necesario hacer el parlamento más democrático, extendiendo el sufragio a las mujeres.

El primer Día Internacional de la Mujer tuvo lugar en 1911. Su éxito superó todas las expectativas. Ese día, Alemania y Austria se convirtieron en un tempestuoso y vibrante mar de mujeres. En todas partes se organizaban reuniones: en las pequeñas ciudades e incluso en las aldeas, las salas de reuniones estaban tan llenas de gente y tenían que pedir a los hombres que cedieran su sitio a las mujeres.

Sin duda esta fue la primera muestra de militancia de la mujer trabajadora. Los hombres se quedaron en casa con los niños para variar, y sus esposas, las cautivas amas de casa, fueron a las reuniones. Durante las manifestaciones callejeras más multitudinarias, en las que participaron treinta mil personas, la policía decidió retirar las pancartas de las manifestantes; las trabajadoras hicieron un alto. En los altercados que siguieron, solo se evitó el

derramamiento de sangre con la ayuda de los diputados socialistas del Parlamento.

En 1913 el Día Internacional de la Mujer fue transferido al 8 de marzo. Este día ha seguido siendo el día de militancia de las mujeres trabajadoras.

¿ES NECESARIO EL DÍA DE LA MUJER?

El Día de la Mujer tuvo resultados espectaculares en EE. UU. y en Europa. Es cierto que ningún parlamento burgués pensó en hacer concesiones a las trabajadoras, o en responder a las demandas de las mujeres. Por aquel entonces, la burguesía no estaba amenazada por una revolución socialista.

Pero el Día de la Mujer sí consiguió algo. Sobre todo, resultó ser un excelente método de agitación entre nuestras hermanas proletarias menos politizadas. Ni siquiera ellas pudieron dejar de prestar atención a las reuniones, manifestaciones, carteles, folletos y periódicos dedicados al Día de la Mujer. Incluso la mujer políticamente atrasada pensó para sí misma: “Este es nuestro día, el festival de la mujer trabajadora”, y se apresuró a las reuniones y manifestaciones. Después de cada Día de la Mujer Trabajadora, más mujeres se unían a los partidos socialistas, y los sindicatos crecían. Las organizaciones mejoraron y la conciencia política se desarrolló.

El Día de la Mujer aún sirvió para otra función: fortaleció la solidaridad internacional de los trabajadores. Es habitual que los partidos de diferentes países intercambien oradores para esta ocasión: camaradas alemanes van a Inglaterra, camaradas ingleses van a Holanda, etcétera. La cohesión internacional de la clase obrera se ha hecho fuerte y firme, y esto significa que la fuerza de lucha del proletariado en su conjunto ha crecido.

Estos son los resultados del día de militancia de las mujeres trabajadoras. El Día Internacional de la Mujer ayuda a incrementar la conciencia y la organización de la mujer proletaria. Y esto

significa que su contribución es esencial para el éxito de aquellos que luchan por un futuro mejor para la clase obrera.

LAS MUJERES TRABAJADORAS EN RUSIA

Las trabajadoras rusas participaron por primera vez en el Día de la Mujer Trabajadora en 1913. Aquel era un tiempo de gran reacción en el que el zarismo mantenía firmemente sujetos a los obreros y los campesinos en su puesto. No era posible plantear manifestaciones públicas para celebrar el Día de la Mujer. Pero las trabajadoras organizadas fueron capaces de remarcar su día internacional. Los dos periódicos legales de la clase obrera —el *Pravda* bolchevique y el *Lunch* menchevique—⁵ publicaron artículos acerca del Día Internacional de la Mujer; publicaron artículos especiales, retratos de algunas mujeres que participaban en el movimiento de mujeres trabajadoras y saludos de camaradas como Bebel y Zetkin.⁶

En esos años sombríos, las reuniones estaban prohibidas. Pero en Petrogrado, en la Bolsa Kalashaikovsky, las trabajadoras que pertenecían al Partido organizaron un foro público sobre “La

⁵ En su Congreso de 1903, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia se dividió en dos facciones, los bolcheviques (que significa “mayoría” en ruso) y los mencheviques (“minoría”). En el período entre 1903 y 1912, cuando la división se hizo permanente, las dos facciones trabajaron juntas, unificadas por un tiempo, escindidas de nuevo. Muchos socialistas, incluso organizaciones locales enteras, trabajaron con ambas facciones o trataron de mantenerse neutrales en las disputas. Kollontai, una socialista activa y luchadora por los derechos de las mujeres desde 1899, se mantuvo en un principio independiente de las facciones, y luego se hizo menchevique durante varios años. Se unió a los bolcheviques en 1915 y se convirtió en la única mujer miembro del Comité Central. También sirvió como Comisaria de Asistencia Social de la República Soviética y como jefa de la Sección de la Mujer del Partido Bolchevique.

⁶ August Bebel (1840-1913) fue un líder del partido socialdemócrata alemán. Fue un conocido defensor del movimiento de las mujeres, y autor de un libro clásico sobre el marxismo y la mujer (*Die Frau und der Sozialismus*, traducido como *La mujer y el socialismo*).

cuestión de la mujer”. La entrada era de cinco kopeks. Era una reunión ilegal, pero el salón estaba absolutamente lleno. Algunos miembros del Partido hablaron. Pero apenas había terminado esta animada reunión “cerrada” cuando la policía, alarmada por tales actos, intervino y detuvo a muchos de los oradores.

Era de gran importancia para los trabajadores del mundo que las mujeres de Rusia, que vivían bajo la represión zarista, se unieran y de alguna manera consiguieran reconocer con acciones el Día Internacional de la Mujer. Esto era una señal de que Rusia estaba despertando y de que las cárceles y las horcas zaristas eran incapaces de matar el espíritu de lucha y protesta del proletariado ruso.

En 1914, el Día de la Mujer Trabajadora en Rusia estaba mejor organizado. Ambos periódicos obreros se implicaron en su celebración. Nuestras camaradas pusieron mucho esfuerzo en la preparación del Día de la Mujer. Debido a la intervención policial, no lograron organizar ninguna manifestación. Quienes participaron en la planificación del Día de la Mujer Trabajadora acabaron en las cárceles zaristas, y más tarde muchos fueron deportados al frío norte. Pues naturalmente la consigna “por el voto de la mujer trabajador” se había convertido en Rusia en un abierto llamamiento al derrocamiento de la autocracia zarista.

EL DÍA DE LA MUJER TRABAJADORA DURANTE LA GUERRA IMPERIALISTA

La Primera Guerra Mundial estalló, y la clase obrera de todos los países se cubrió con la sangre de la guerra⁷. En 1915 y 1916 el Día de la Mujer Trabajadora en el extranjero tuvo muy poca re-

⁷ Cuando la guerra estalló en 1914, hubo una masiva escisión en el seno del movimiento socialista internacional. La mayoría de socialdemócratas en Alemania, Austria, Francia e Inglaterra apoyaron la guerra. Otros socialistas, como Kollontai, Lenin y el Partido Bolchevique en Rusia, Clara Zetkin y Rosa Luxemburg en Alemania y Eugene Debs en Estados Unidos, por men-

percusión; las mujeres socialistas de izquierdas que compartían las opiniones del Partido Bolchevique Ruso intentaron convertir el 8 de marzo en una manifestación de mujeres obreras en contra de la guerra. Pero los Partidos Socialistas traidores de Alemania y otros países no iban a permitir a las mujeres organizar reuniones, y se les denegaron los pasaportes para viajar a países neutrales en los que las mujeres obreras querían celebrar reuniones internacionales y mostrar que, a pesar de los deseos de la burguesía, el espíritu de la solidaridad internacional pervivía.

En 1915, solo en Noruega se logró organizar una manifestación internacional por el Día de la Mujer, a la que acudieron representantes de Rusia y de países neutrales. Era impensable organizar un Día de la Mujer en Rusia, pues aquí el poder del zarismo y su maquinaria militar no tenían freno.

Entonces llegó el gran, gran año de 1917. El hambre, el frío y las pruebas de la guerra agotaron la paciencia de las mujeres obreras y campesinas de Rusia. En 1917, el 8 de marzo (23 de febrero), en el Día de la Mujer Trabajadoras, las mujeres salieron valientemente a las calles de Petrogrado. Las mujeres —algunas obreras, otras esposas de los soldados— demandaban “pan para nuestros hijos” y “el regreso de nuestros maridos de las trincheras”. En este momento decisivo las protestas de las trabajadoras suponían tal amenaza que incluso las fuerzas de seguridad zaristas no se atrevieron a tomar las habituales medidas contra los rebeldes, sino que se quedaron mirando confundidos ante el tormentoso mar de la ira del pueblo.

El Día de la Mujer Trabajadora de 1917 se ha convertido en un día memorable en la historia. En este día las mujeres rusas alzaron la antorcha de la revolución proletaria y prendieron el mundo en llamas. La Revolución de Febrero marca su comienzo.

cionar algunos de los líderes, denunciaron a los socialistas pro-guerra como traidores a la clase obrera y a la lucha por la revolución proletaria.

NUESTRO LLAMAMIENTO A LA BATALLA

El Día de la Mujer Trabajadora se organizó por primera vez hace diez años en la campaña por la igualdad política de las mujeres y la lucha por el socialismo. Este objetivo ha sido alcanzado por las mujeres de la clase obrera en Rusia. En la república soviética las mujeres obreras y campesinas no necesitan luchar por el sufragio o por derechos civiles. Ya han ganado esos derechos: el derecho a voto, a participar en los Soviets y a participar en todas las organizaciones colectivas. Las trabajadoras y campesinas rusas son ciudadanas iguales a los hombres. En sus manos, esos derechos son un arma poderosa para hacer más fácil la lucha por una vida mejor.⁸

Pero los derechos por sí solos no bastan. Hay que aprender a usarlos. El derecho a voto es un arma que tenemos que aprender a utilizar en nuestro propio beneficio, y en el de la república de los trabajadores. En dos años de poder soviético, la vida misma no ha cambiado en absoluto. Solo estamos en proceso de luchar por el comunismo y estamos rodeados por el mundo que hemos heredado de un pasado oscuro y represivo. Los grilletes de la familia, el trabajo doméstico y la prostitución aún son una pesada carga para la mujer trabajadora. Las mujeres obreras y campesinas solo pueden librarse de esta situación y alcanzar la igualdad real, y no solo en la ley, si ponen todas sus energías en hacer de Rusia una sociedad verdaderamente comunista.

Y para acelerar esto, primero tenemos que arreglar la destrozada economía de Rusia. Debemos considerar la resolución de nuestras dos tareas más inmediatas: la creación de una mano de obra bien organizada y políticamente consciente y el restableci-

⁸ La palabra “soviet” significa “consejo”. Los soviets, o consejos obreros, son cuerpos democráticos en los que los delegados son elegidos en reuniones de fábrica o de barrio, y son controlados por sus hermanos y sus hermanas proletarias. Los representantes de los soviets deben rendir cuentas a su circunscripción electoral y están sujetos a revocabilidad inmediata.

miento del transporte. Si nuestro ejército de trabajo funciona bien, pronto tendremos máquinas de vapor de nuevo y los ferrocarriles comenzarán a funcionar. Esto significa que los trabajadores y las trabajadoras tendrán el pan y la leña que tan desesperadamente necesitan.

Conseguir que el transporte vuelva a la normalidad acelerará la victoria del comunismo. Y con la victoria del comunismo vendrá la igualdad completa y fundamental para las mujeres. Por eso, el mensaje del Día de la Mujer Trabajadora de este año debe ser: “Trabajadoras, campesinas, madres, esposas, hermanas, todos los esfuerzos para ayudar a los trabajadores y los camaradas a superar el caos de los ferrocarriles y restablecer en transporte. Todos en la lucha por el pan, la leña y las materias primas.”

El año pasado, el lema del Día de la Mujer fue: “Todo a la victoria del Frente Rojo”.⁹ Ahora, llamamos a las mujeres trabajadoras a reunir sus fuerzas en un nuevo frente sin sangre, ¡el frente laboral! El Ejército Rojo derrotó al enemigo externo porque estaba organizado, disciplinado y listo para el sacrificio personal. Con organización, trabajo duro, autodisciplina y autosacrificio, la república obrera derrotará al enemigo interno: la dislocación del transporte y la economía, el hambre, el frío y la enfermedad. “¡Todo el mundo a la victoria en el frente del trabajo! ¡Todos a esta victoria!”

LAS NUEVAS TAREAS DEL DÍA DE LA MUJER TRABAJADORA

La Revolución de Octubre dio a las mujeres igualdad con los hombres en lo que a derechos civiles se refiere. Las mujeres del proletariado ruso, que hace no mucho tiempo eran las más des-

⁹ Tras la toma del poder de la clase obrera en Octubre de 1917, el estado de los trabajadores rusos enfrentó dos grandes problemas. Uno fue la invasión por trece países, entre ellos EE. UU.; el segundo fue la resistencia de los elementos monárquicos y capitalistas de Rusia. Los soviets crearon un ejército de obreros y campesinos, el Ejército Rojo, que derrotó a las fuerzas contrarrevolucionarias.

afortunadas y oprimidas, pueden ahora mostrar con orgullo a las camaradas de otros países el camino hacia la igualdad política mediante el establecimiento de la dictadura del proletariado y del poder soviético.

La situación es muy diferente en los países capitalistas, donde las mujeres aún sufren sobrecarga de trabajo y falta de derechos. En esos países la voz de la mujer trabajadora es débil y sin vida. Es cierto que en varios países —Noruega, Australia, Finlandia y algunos estados de Norteamérica— las mujeres habían ganado derechos civiles ya antes de la guerra.¹⁰

En Alemania, después de que el Kaiser fuese depuesto y se estableciese una república burguesa, liderada por los “comprometidos”¹¹, treinta y seis mujeres entraron en el parlamento —¡pero ni una sola comunista!—.

En 1919, en Inglaterra, una mujer fue elegida por primera vez como integrante del Parlamento. ¿Pero quién era ella? Una “dama”. Es decir, una terrateniente, una aristócrata.¹²

En Francia también se ha planteado la cuestión de extender el sufragio a las mujeres.¹³

¿Pero de qué sirven estos derechos a las mujeres trabajadoras en el marco del parlamento burgués? Mientras el poder esté en manos de los capitalistas y los propietarios, ningún derecho po-

¹⁰ Las mujeres habían ganado el derecho a voto en varios estados de EE. UU. antes de la Primera Guerra Mundial. Una enmienda federal que garantizaba a todas las mujeres mayores de 21 años el derecho al voto fue aprobada el 26 de agosto de 1920. No fue hasta los años sesenta que se abolieron las últimas barreras legales al voto de la clase obrera.

¹¹ Los “comprometidos” a los que se refiere Kollontai son los líderes socialdemócratas que formaron un nuevo gobierno capitalista en Alemania tras la caída del Kaiser en 1918. Tras asumir el gobierno, apoyaron activamente la contrarrevolución.

¹² Si bien la aristócrata Lady Astor fue la primera mujer en servir en el Parlamento británico, la primera mujer elegida al parlamento fue la revolucionaria irlandesa Constance Markievicz. Junto a otros miembros del partido Sinn Fein, se negó a tomar su asiento en el parlamento imperial.

¹³ Las mujeres francesas no obtuvieron finalmente el voto hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

lítico salvará a la mujer trabajadora de su posición tradicional de esclavitud en el hogar y en la sociedad. La burguesía francesa está lista para asestar otro golpe a la clase obrera, para hacer frente a las crecientes ideas bolcheviques entre el proletariado: están dispuestos a darle el voto a las mujeres.

SEÑOR BURGUÉS, SEÑOR. ¡ES DEMASIADO TARDE!

Tras la experiencia de la Revolución de Octubre rusa, resulta claro para todas las mujeres trabajadoras de Francia, Inglaterra y otros países que solo la dictadura de la clase obrera, solo el poder de los soviets, puede garantizar la igualdad completa y absoluta. La victoria final del comunismo derribará las centenarias cadenas de represión y falta de derechos. Si la tarea del Día Internacional de la Mujer Trabajadora fue antes la lucha por el derecho al voto de la mujer frente a la supremacía de la burguesía en los parlamentos, la clase obrera tiene ahora una nueva tarea: organizar a las mujeres trabajadoras en torno a los eslóganes de lucha de la Tercera Internacional. En lugar de participar en el trabajo del parlamentarismo burgués, escuchad el llamado de Rusia:

“¡Mujeres trabajadoras de todos los países! ¡Organizad un frente proletario unido contra aquellos que saquean el mundo! ¡Abajo con el parlamentarismo de la burguesía! ¡Damos la bienvenida al poder soviético! ¡Fuera las desigualdades sufridas por los hombres y las mujeres trabajadoras! ¡Lucharemos con los trabajadores por el triunfo del comunismo mundial!”

Este llamamiento se escuchó por primera vez en medio de las pruebas enfrentadas por el nuevo orden, en las batallas de la guerra civil, y hará sonar una música que estremecerá los corazones de las trabajadoras de otros países. La mujer trabajadora escuchará esta llamada y sabrá que es correcta. Hasta hace poco pensaba que si lograban enviar unos pocos representantes al parlamento su vida sería más fácil y la opresión del capitalismo más soportable. Ahora saben que no es así.

Solo el derrocamiento del capitalismo y el establecimiento del poder soviético las salvará del mundo de sufrimiento, humillaciones y desigualdades que hace tan difícil la vida de las mujeres trabajadoras en los países capitalistas. ¡El Día de la Mujer trabajadora pasa de ser un día de lucha por el sufragio a un día internacional de lucha por la plena y absoluta liberación de la mujer, lo que significa una lucha por la victoria de los soviets y por el comunismo!

¡Abajo con el mundo de la Propiedad y el poder del Capital!

¡Fuera las desigualdades, la falta de derechos y la opresión de la mujer —el legado del mundo burgués!

¡Hacia la unión internacional de los hombres y las mujeres trabajadoras en la lucha por la Dictadura del Proletariado —el proletariado de ambos sexos!

¡Abran paso al Eros alado! Una carta a la juventud obrera (1923)¹

I. EL AMOR COMO FACTOR SOCIAL Y PSÍQUICO

Joven camarada: me preguntas qué lugar corresponde al amor en la ideología proletaria. Te admira el hecho de que en los momentos actuales la juventud trabajadora “se preocupe mucho más del amor y de todas las cuestiones relacionadas con él” que de los grandes asuntos que tiene que resolver la República de los obreros. Si esto es así —difícilmente puedo apreciarlo desde lejos—, busquemos juntos la explicación de este hecho y hallemos la respuesta a este primer problema: ¿Qué lugar corresponde al amor en la ideología de la clase obrera?

Es un hecho cierto que la Rusia soviética ha entrado en una nueva etapa de guerra civil. El frente revolucionario ha sufrido un desplazamiento. En la actualidad, la lucha debe librarse entre dos ideologías, entre dos civilizaciones: la ideología burguesa y la proletaria. Su incompatibilidad se pone de manifiesto cada vez con mayor claridad. Las contradicciones entre estas dos civilizaciones diferentes se agudizan día a día.

El triunfo de los principios e ideales comunistas en el campo de la política y la economía tenía ineludiblemente que ser la causa de una revolución en las ideas sobre la concepción del mundo, en los sentimientos, en toda creación espiritual de la humanidad productora. Ya hoy se puede apreciar una transformación de estas

¹ Primera publicación: A. Kollontai, “Дорогу крылатому Эросу! (Письмо к трудящейся молодежи)” en Молодая гвардия [Molodaia Gvardiia], 1923, No 3. C. 111—124.

Tomado de *Marxists Internet Archive*, agosto 2017. Traducción proporcionada por Daniel Gaido.

concepciones de la vida y de la sociedad, del trabajo, del arte y de las “normas de nuestra conducta”, es decir, de la moral. Las relaciones sexuales constituyen una parte importante de esas normas de conducta. La revolución en el frente ideológico pondrá punto final a la transformación realizada en el pensamiento humano durante los cinco años de vida de la República de los trabajadores.

No obstante, a medida que se agudiza la lucha entre las dos ideologías: la burguesa y la proletaria; a medida que esta lucha se expansiona y abarca nuevos dominios, se presentan ante la humanidad nuevos “problemas de la vida”, que únicamente podrá resolver de una forma cumplida la clase obrera. Se encuentra entre estos múltiples problemas, joven camarada, el que tú señalas: “el problema del amor”, que en las diversas facetas de su desenvolvimiento histórico, la humanidad ha pretendido resolver por procedimientos diversos. Sin embargo, “el problema” subsistía: variaban, única y exclusivamente, sus intentos de solución, que diferían, claro está, según el período, la clase y lo que constituía el “espíritu de la época”, o dicho de otra forma, la cultura.

En Rusia, durante los años de intensa guerra civil y de la lucha contra la desorganización económica, y hasta hace poco, solo a unos cuantos interesaba este problema. Eran otros sentimientos, otras pasiones más reales las que preocupaban a la humanidad trabajadora. ¿Quién hubiera sido capaz de preocuparse seriamente de las penas y sufrimientos del amor a través de aquellos años en que el fantasma descarnado de la muerte acechaba a todos? Durante aquellos años, el problema vital se resumía en saber: ¿quién vencerá? ¿La revolución (el progreso) o la contrarrevolución (la reacción)?

Ante el aspecto sombrío de la enorme contienda, de la revolución, el delicado Eros, tenía forzosamente que desaparecer de una forma apresurada. No había oportunidad ni energías psíquicas para abandonarse a las “alegrías” y las “torturas” del amor. La Humanidad responde siempre a una ley de conservación de la energía social y psíquica. Y esta energía se aplica siempre al fin fun-

damental e inmediato del momento histórico. Por tanto, durante estos años se adueñó de la situación la voz, simple y natural, de la Naturaleza, el instinto biológico de la reproducción, la atracción entre dos seres de sexo contrario. El hombre y la mujer se unían y separaban fácilmente, mucho más fácilmente que en el pasado. El hombre y la mujer se entregaban mutuamente, sin estremecimiento en sus almas, y se separaban sin lágrimas ni dolor.

Es cierto que desaparecía la prostitución; mas, en cambio, aumentaban las uniones libres entre los sexos, uniones sin compromisos mutuos, y en las cuales el factor principal era el instinto de reproducción, desprovisto de la belleza de los sentimientos de amor. Muchos fueron los que ante este hecho sintieron espanto; pero es evidente que durante aquellos años las relaciones entre los sexos no podían ser de otro modo. No podían darse más que dos formas de unión sexual: o bien el matrimonio consolidado durante varios años por un sentimiento de camaradería, de amistad conservada a través de los años, y que, precisamente, por la seriedad del momento, se convertía en un vínculo de unión más firme, o, por el contrario, las relaciones matrimoniales que surgían para satisfacer una necesidad puramente biológica y constituían simplemente un capricho pasajero, del que ambas partes se saciaban pronto, y que se apresuraban a liquidar rápidamente, a fin de que no obstaculizase el fin esencial de la vida: la lucha por el triunfo de la revolución.

El brutal instinto de reproducción, la simple atracción de los sexos, que nace y desaparece con la misma rapidez, sin crear lazos sentimentales ni espirituales, es ese Eros “sin alas”, que no absorbe las fuerzas psíquicas que el exigente Eros “alado” consume, amor tejido con emociones diversas que han sido forjadas en el corazón y en el espíritu. El Eros “sin alas” no engendra noches de insomnio, no hace vacilar la voluntad ni llena de confusión el frío trabajo del cerebro. La clase formada por los luchadores no podía dejarse llevar por el Eros de alas desplegadas en aquellos momentos de trastornos de la revolución que llamaban sin cesar al combate a

la humanidad trabajadora; durante aquellas jornadas era inoportuno desperdiciar las fuerzas psíquicas de los miembros de la colectividad que luchaba, en sentimientos de orden secundario, que no contribuían de una manera directa al triunfo de la revolución. El amor individual, que constituye la base del matrimonio, que se concentra en un hombre o en una mujer, exige una pérdida enorme de energía psíquica. Durante aquellos años de lucha, la clase obrera, artífice de la nueva vida, no estaba interesada solamente en la mayor economía posible de sus riquezas materiales, sino que intentaba ahorrar también la energía psíquica de cada uno de sus miembros para aplicarla a las tareas generales de la colectividad. No es otra la causa de que durante el período agudo de la lucha revolucionaria el “alado Eros”, que todo lo consume a su paso, fuera reemplazado por el instinto poco exigente de la reproducción, por el Eros desprovisto de alas.

Ahora el cuadro es completamente distinto. La URSS, y con ella toda la humanidad trabajadora, ha entrado en un período de relativa calma. Comienza ahora una labor sumamente compleja, puesto que se trata de fijar y comprender de una manera definitiva todo lo creado, todo lo adquirido, todo lo conquistado. El proletariado, arquitecto de las nuevas formas de vida, se ve obligado a sacar una enseñanza de todo fenómeno social y psíquico. Debe, por tanto, comprender también este fenómeno; tiene que asimilarlo, apropiárselo y transformarlo en un arma más para la defensa de su clase. Solo después de haberse asimilado las leyes que presiden la creación de las riquezas materiales y las que dirigen los sentimientos del alma podrá el proletariado entrar en liza armado hasta los dientes contra el viejo régimen burgués. Entonces, únicamente, podrá la humanidad asalariada vencer en el frente ideológico como ha triunfado en el militar y en el del trabajo.

Una vez consolidado el triunfo de la revolución rusa, empieza a aclararse la atmósfera del combate revolucionario, y el hombre ya no se entrega por entero a la lucha, el tierno Eros de “alas desplegadas”, despreciado durante los años de agitación, reaparece

de nuevo y reclama sus derechos. Se atreve a salir de nuevo a la sombra del insolente Eros “sin alas”, del instinto de reproducción, que desconoce los encantos del amor, porque este ha dejado ya de satisfacer las necesidades de los hombres. En este período de relativa calma se ha acumulado un excedente de energía, que los hombres del presente, aun los representantes de la clase trabajadora, no saben todavía aplicar a la vida intelectual de la colectividad. Este excedente de energía psíquica busca su salida en los sentimientos amorosos. Y sucede que la lira de múltiples cuerdas del dios alado del Amor apaga de nuevo el sonido de la monótona voz del Eros “sin alas”. El hombre y la mujer no se unen ya como durante los años de la revolución, no buscan una unión pasajera para satisfacer sus instintos sexuales, sino que comienzan de nuevo a vivir “novelas de amor”, con todos los sufrimientos y el éxtasis amoroso que van aparejados al alado Eros.

En la República Soviética presenciamos un patente crecimiento de las necesidades intelectuales; cada día se siente más avidez de saber; las cuestiones científicas, el estudio del arte, el teatro, despiertan todo nuestro interés. Esta ansia investigadora que se siente en la República Soviética por hallar formas nuevas en que encerrar las riquezas intelectuales de la Humanidad, comprende también, como es lógico, la esfera de los sentimientos amorosos. Se observa, pues, un despertar del interés en todo lo que se refiere a la psicología sexual, es decir, al “problema del amor”. Es esta una fase de la vida de la que participan con mayor o menor intensidad todos los individuos. Se observa con asombro cómo militantes que hace algún tiempo no leían más que los artículos editoriales del diario *Pravda*, leen ahora con fruición libros donde se canta al “dios Eros, el de las alas desplegadas”.

¿Podremos interpretar esto como un síntoma de reacción? ¿Acaso como señal de decadencia en la acción revolucionaria? De ningún modo. Ya es tiempo de que rechacemos de una vez y para siempre toda la hipocresía del pensamiento burgués. Hemos llegado al momento de reconocer ampliamente que el amor no es

solo un poderoso factor de la naturaleza, que no es solo una fuerza biológica, sino también un factor social. En su propia esencia el amor es un sentimiento de carácter profundamente social. Lo cierto es que el amor, en sus diferentes formas y aspectos ha constituido en todos los grados del desenvolvimiento humano una parte indispensable e inseparable de la cultura intelectual de cada época. Hasta la burguesía, que reconoce algunas veces que el amor es “un asunto de orden privado”, sabe en realidad cómo encadenar el amor a sus normas morales para que sirva al logro y afirmación de sus intereses de clase.

Pero todavía hay otro aspecto de los sentimientos amorosos al que la ideología de la clase obrera debe conceder mayor importancia. Nos referimos al amor considerado como un factor del que se pueden obtener beneficios a favor de la colectividad, lo mismo que de cualquier otro fenómeno de carácter social y psíquico. Que el amor no es en modo alguno un “asunto privado” que interese solamente a dos corazones aislados, sino, por el contrario, que el amor supone un principio de unión de un valor inapreciable para la colectividad, se evidencia con el hecho de que en todos los grados de su desarrollo histórico, la humanidad ha marcado pautas que precisan cuándo y en qué condiciones el amor era considerado “legítimo” (es decir, cuando correspondía en los intereses de la colectividad), y cuándo tenía que ser condenado como “culpable” (es decir, cuando el amor pugnaba con los principios de la sociedad).

II. UN POCO DE HISTORIA

La humanidad comenzó, casi desde tiempos inmemoriales, a establecer reglas que regulasen no solamente las relaciones sexuales, sino también los sentimientos amorosos.

En la etapa del patriarcado, la virtud, moral suprema de los hombres, era el amor determinado por los vínculos de la sangre. En aquellos tiempos, una mujer que se sacrificase por el marido o amado hubiera merecido la reprobación y el desprecio de la familia

o la tribu a que perteneciese. En cambio, se concedía una gran importancia a los sentimientos amorosos con respecto al hermano o la hermana. La Antígona de los griegos enterraba los cadáveres de sus hermanos muertos con riesgo de su propia vida. Este hecho solo hace de la figura de Antígona una heroína a los ojos de sus contemporáneos. La sociedad burguesa de nuestros tiempos calificaría esta acción llevada a cabo por la hermana y no por la mujer, como algo extraordinario y un tanto impropio. Durante los años de dominio de la sociedad patriarcal y de formación de las formas del Estado, el sentimiento de amor fue, sin duda de ningún género, la amistad entre dos individuos de una misma tribu. Era de una importancia trascendental para la colectividad, que había sobrepasado apenas la fase de la organización puramente familiar, y que, por lo tanto, todavía se sentía débil desde el punto de vista social, el que todos sus miembros estuvieran unidos por sentimientos de amor y vínculos espirituales.

Las emociones del espíritu que respondían mejor a esta finalidad eran las determinantes del amor-amistad y no de los sentimientos amorosos de las relaciones sexuales. Durante este período, los intereses de la colectividad exigían a la humanidad el crecimiento y acumulación de lazos espirituales, no entre las parejas unidas en matrimonio, sino entre los organismos de una misma tribu, entre los organizadores y defensores de la tribu y el Estado. (Para nada se hacía aquí mención de la amistad entre las mujeres, puesto que la mujer, en aquellos tiempos, no podía ser considerada como factor social.)

En el patriarcado se admiraban las virtudes del amor-amistad, que era considerado como un sentimiento muy superior al amor entre esposos. Castor y Pólux no pasaron a la posteridad por sus hazañas y los servicios prestados a la patria. Fueron los sentimientos de mutua fidelidad, su amistad inseparable e indestructible los que hicieron que sus nombres llegaran a nosotros. La “amistad” (o la apariencia de un sentimiento de amistad) era la que obligaba al marido enamorado de su mujer a ceder al amigo preferido su puesto en el lecho conyugal. Otras veces no era siquiera el amigo,

sino el huésped, a quien había que demostrar la verdad de un sentimiento de “amistad”, el que suplía al marido al lado de la mujer.

La amistad, sentimiento que suponía “la fidelidad al amigo hasta la muerte”, fue considerada en el mundo antiguo como una virtud cívica. Todo lo contrario sucedía en el amor en el sentido contemporáneo de esta palabra, que no tenía ningún papel en la sociedad y ni siquiera captaba la atención de los poetas o de los dramaturgos de la época. La ideología de aquellos tiempos consideraba al amor incluido en los cuadros de los sentimientos exclusivamente personales, de los cuales la sociedad no tenía por qué ocuparse. El amor ocupaba el lugar de otra distracción cualquiera: era un lujo que podía permitirse un ciudadano después de haber cumplido con sus obligaciones con el Estado.

La cualidad de “saber amar”, tan valorada por la ideología burguesa cuando el amor no va más allá de los límites impuestos por la moral de su clase, carecía de sentido en el mundo antiguo cuando se trataba de precisar las “virtudes” y cualidades características del hombre. En la antigüedad, el único sentimiento de amor que tenía valor era la amistad. El hombre que realizaba hazañas y exponía su vida por el amigo alcanzaba fama, como los héroes legendarios; su acción se consideraba como la expresión de la “virtud moral”. En cambio, el hombre que exponía su vida por la mujer amada incurría en la reprobación de todos, reprobación que podía llegar incluso hasta el desprecio. Todos los escritos de la antigüedad condenan los amores de Paris y la hermosa Helena, que fueron el origen de la guerra de Troya, guerra que solo “desgracia” podía acarrear a los hombres.

El mundo antiguo justipreciaba la amistad como sentimiento capaz de consolidar entre los individuos de una tribu los lazos espirituales necesarios para el mantenimiento del organismo social, ineludiblemente débil en aquellos tiempos. Por eso, posteriormente, la amistad dejó de ser considerada como una virtud moral.

En la sociedad burguesa, construida sobre la base del individualismo, concurrencia desenfrenada y emulación, ya no hay sitio para

la amistad, considerada como factor social. La sociedad capitalista consideraba la amistad como manifestación de “sentimentalismo”; por lo tanto, como una debilidad del espíritu completamente inútil y hasta nociva para la realización de las tareas burguesas de clase. La amistad en la sociedad burguesa queda convertida en un motivo de burlas. Si Castor y Pólux hubieran vivido en nuestros tiempos, su amistad sin límites hubiera provocado la sonrisa indulgente de la sociedad burguesa de Nueva York o de Londres. La sociedad feudal tampoco admitió el sentimiento de amistad como una cualidad digna que fuera necesaria cultivar entre los hombres.

El fundamento de la sociedad feudal consistía en el estricto cumplimiento de los intereses de las familias nobles. La virtud no estaba determinada por las relaciones mutuas de los miembros de la sociedad, sino por el cumplimiento de los deberes de un miembro de una familia con respecto a ella y a sus tradiciones. Dominaban en el matrimonio los intereses familiares y, por tanto, el hombre joven (la muchacha no tenía facultad de elección) que prefería una mujer en contra de los intereses familiares, sabía que tenía que hacer frente a censuras y reproches severísimos. Durante la edad feudal no era conveniente para el hombre anteponer sus sentimientos personales a los intereses de su familia; al que pretendía romper las normas establecidas se le consideraba como un “paria” por la sociedad de su tiempo. En la ideología de la época feudal, el amor y el matrimonio no podían marchar juntos.

No obstante, durante los siglos del feudalismo el sentimiento de amor entre dos seres de sexo contrario adquirió cierto derecho por primera vez en la historia de la humanidad. Parece extraño a primera vista el hecho de que el amor fuera reconocido como tal en aquellos tiempos de ascetismo, de costumbres brutales, en aquella época de violencias y del reinado del derecho de usurpación. Pero si analizamos detenidamente las causas que han obligado al reconocimiento del amor como un factor social, no solo legítimo, sino hasta deseable, veremos perfectamente claros los motivos que determinaron el reconocimiento del amor.

El hombre enamorado puede ser impulsado por el sentimiento del amor (en determinados casos y con la ayuda de determinadas circunstancias) a realizar hechos que no podría ejecutar en otra disposición de espíritu.

La caballería andante exigía a todos sus miembros, en el dominio militar, la práctica de elevadas virtudes, pero de carácter exclusivamente personal. Estas virtudes eran la intrepidez, la bravura, la resistencia, etcétera. En aquellos tiempos no era la organización del ejército la que determinaba la victoria en el campo de batalla, sino las cualidades individuales de los combatientes. El caballero enamorado de su inconquistable dama, “la elegida de su corazón”, podía ser el héroe de verdaderos “milagros de bravura”, podía triunfar más fácilmente en los torneos y sabía sacrificar sin temores su vida en nombre de su amada. El caballero enamorado obraba impulsado por el deseo de “distinguirse”, para conquistar de este modo los favores de la elegida de su corazón.

Este hecho, por consiguiente, fue tenido en cuenta por la ideología caballeresca. Como reconocía en el amor el poder capaz de provocar en el hombre un estado psicológico útil para las finalidades de la clase feudal, procuró, naturalmente, dar un lugar preferente al amor en los sentimientos determinantes de su ideología. En aquella época, el amor entre los esposos no puede inspirar el canto de los poetas, puesto que el amor no era la base en que se fundaba la familia que vivía en los castillos. El amor como factor social solo era valorado cuando se trataba de los sentimientos amorosos del caballero hacia la mujer de otro, sentimientos que le impulsaban a realizar valientes hazañas. Cuanto más inaccesible se hallaba la mujer elegida, mayor era el esfuerzo realizado por su caballero para conquistar sus favores con las virtudes y cualidades apreciadas en su mundo (intrepidez, resistencia, tenacidad y bravura).

Lo natural era que la dama elegida por un caballero ocupase una posición lo más inaccesible posible. La dama de sus pensamientos, escogida por el caballero, era corrientemente la mujer del señor feudal. En ocasiones, el caballero llegaba en su osadía

hasta posar sus ojos sobre la reina. Este ideal inaccesible se basaba en la concepción de que únicamente el “amor espiritual”, el amor sin satisfacciones carnales, que impulsaba al hombre a tomar parte en hazañas heroicas y le obligaba a la realización de “milagros de bravura”, era digno de ser citado como modelo y de merecer la calificación de “virtud”.

Las muchachas solteras no eran nunca objeto de la adoración de los valientes caballeros. Por muy elevada que fuese la posición, la adoración del caballero podía terminar en matrimonio. En ese caso desaparecía inevitablemente el factor psicológico que impulsaba al hombre a la realización de hazañas heroicas. Ante este peligro, la moral feudal no podía admitir el amor del caballero por la muchacha soltera. El ideal de ascetismo (abstinencia sexual) tiene puntos de contacto con la elevación del sentimiento amoroso convertido en virtud moral.

El anhelo de purificar el amor de todo lo que fuese carnal, “culpable”; la aspiración a convertir el amor en un sentimiento abstracto, llevaba a los caballeros de la Edad Media a caer en monstruosas aberraciones: elegían como “dama de sus pensamientos” a mujeres que nunca habían visto, llegando incluso a enamorarse de “la Virgen María”. No creo que sea posible desviar más un sentimiento. La ideología feudal consideraba ante todo el amor como un estimulante para fortalecer las cualidades necesarias a todo caballero; el “amor espiritual”, la adoración del caballero por la dama de sus pensamientos, servían directamente a los intereses de la casta feudal. Esta apreciación fue la que fijó, desde los comienzos de la época feudal, el concepto del amor. Ante la traición carnal de la mujer, ante “el adulterio” de la esposa, el caballero de la Edad Media no podía vacilar, la enclaustraba o la mataba. Y, por el contrario, se sentía halagado si otro caballero elegía a su mujer por dama de sus pensamientos, y llegaba incluso a permitirle una corte de amor formada por “amigos espirituales”.

Por el contrario, la moral feudal caballerisca, que cantaba y ensalzaba el amor espiritual, no exigía que las relaciones matrimo-

niales u otras formas de unión sexual tuviesen por base el amor. El amor era una cosa y el matrimonio otra. La ideología feudal establecía entre estas dos nociones una clara diferenciación.

Las nociones de amor y matrimonio no se unificaron hasta los siglos XIV y XV, en los cuales comenzó a iniciarse la moral burguesa. Esto explica que, a través de la Edad Media, los sentimientos amorosos elevados y delicados chocasen con la gran brutalidad de costumbres en el dominio de las relaciones sexuales. Como las relaciones sexuales, tanto en el matrimonio más legítimo como fuera de él, estaban privadas del sentimiento de amor capaz de transfigurarlas, quedaban reducidas al simple acto fisiológico.

La Iglesia parecía anatémizar el libertinaje; pero como fomentaba de palabra el “amor espiritual”, no hacía, en realidad, más que patrocinar las relaciones brutales entre los sexos. El caballero que llevaba siempre en su corazón el emblema de la dama de sus pensamientos, que componía en su honor versos llenos de delicadeza, que exponía su vida por merecer una sonrisa de sus labios, violaba tranquilamente a una joven de la aldea o mandaba a su escudero que le llevase al castillo, para distraerle, a las campesinas más bellas de los alrededores.

Las mujeres de los caballeros no dejaban tampoco, imitando a sus maridos, de gozar de los placeres carnales con trovadores y pajes. En algunas ocasiones estas mujeres llegaban incluso a admitir las caricias de los criados, a pesar del desprecio que sentían por la servidumbre.

Al perder su fuerza la sociedad feudal, cuando surgieron las nuevas condiciones de vida que imponían los intereses de la clase burguesa en formación, se creó paulatinamente un nuevo ideal moral en las relaciones sexuales. La incipiente burguesía rechazó el ideal de “amor espiritual” y tomó bajo su defensa los derechos del amor carnal, tan menospreciado durante el feudalismo. La burguesía trae de nuevo al amor la fusión de lo físico con lo espiritual.

Entre el amor y el matrimonio no podía establecer ninguna diferencia la moral burguesa. Todo lo contrario, el matrimonio tenía

que estar determinado por la inclinación mutua entre los esposos. Aunque la burguesía violaba con gran frecuencia este principio moral, en la práctica, por razones de conveniencia, es evidente que reconocía el amor como fundamento del matrimonio. La burguesía tenía para ello sólidas razones de clase.

La familia estaba, en el régimen feudal, cimentada por tradiciones de nobleza. El matrimonio era de hecho indisoluble; sobre la pareja unida en matrimonio pesaban los mandamientos de la Iglesia, la autoridad ilimitada de los jefes de familia, el ascendiente de las tradiciones y la voluntad del señor feudal.

En otras condiciones se formaba la familia burguesa: no se basaba en la posesión de riquezas patrimoniales, sino en la acumulación del capital. La familia se convertía en la guardadora de las riquezas acumuladas. Pero para que esta acumulación se realizase lo más rápidamente posible, era muy importante para la clase burguesa que los bienes adquiridos por el marido o el padre fueran gastados con “economía”, de un modo inteligente, para no desperdiciarlos. Era, pues, necesario que la mujer fuera una amiga y auxiliar del marido, además de “una buena ama de casa”.

Cuando se establecieron las relaciones capitalistas, solo la familia, en la que existía una estrecha colaboración entre todos sus miembros interesados en la acumulación de riquezas, quedaba fundamentada sobre firmes bases. Esta colaboración era mucho más perfecta y daba mejores resultados si los esposos y los hijos estaban, con respecto a sus padres, unidos por verdaderos lazos espirituales y de cariño.

La nueva estructura económica de esta época contribuyó, a partir de fines del siglo XIV y principios del XV, al nacimiento de la nueva ideología. Paulatinamente cambiaron de aspecto las nociones de amor y matrimonio. Lutero, el reformador religioso, y con él todos los pensadores y hombres de acción del Renacimiento y la Reforma (siglos XV y XVI), comprendieron claramente la fuerza social que entrañaba el sentimiento de amor. Los ideólogos revolucionarios de la burguesía naciente se dieron cuenta de que

para que la familia quedase sólidamente cimentada (unidad económica en la base del régimen burgués) era ineludible una íntima unión entre todos sus miembros y proclamaron la fusión del amor carnal y el amor psíquico, como un nuevo ideal moral de amor.

Estos reformadores se burlaban sin piedad del “amor espiritual” de los caballeros enamorados, obligados a consumirse en sus ansias amorosas sin esperanzas de satisfacerlas. Los ideólogos burgueses, los hombres de la Reforma, reconocieron la legitimidad de las sanas exigencias de la carne. El mundo feudal dividía el amor y le obligaba a tomar dos formas completamente independientes una de otra: el simple acto sexual de un lado (relaciones sexuales del matrimonio o del concubinato) y un sentimiento de “elevado” amor platónico por otro ser (el amor que sentía el caballero por la dama de sus pensamientos).

El ideal moral de la clase burguesa comprendía, en la noción del amor, la sana atracción carnal entre los sexos y la afinidad psíquica. El ideal feudal establecía una diferenciación clara entre el amor y el matrimonio. La burguesía fusionaba estos dos conceptos. Para la burguesía el concepto del amor era equivalente al de matrimonio.

Naturalmente en la práctica la burguesía violaba su propio ideal. Mientras en la época feudal no se sublevó ante la cuestión de la inclinación mutua, la moral burguesa exigía, aun en el caso de que el matrimonio se hubiese hecho por cuestiones de conveniencia, que los esposos aparentasen que se amaban, aunque solo fuera exteriormente.

Los prejuicios del amor y del matrimonio de la época feudal eran tan fuertes que se han conservado hasta nuestros días por su adaptación al medio ambiente durante los siglos de moralidad burguesa. En nuestros tiempos, los miembros de las familias coronadas y de la alta aristocracia que la rodean todavía obedecen a aquellas tradiciones. En estos medios de la sociedad, el matrimonio de inclinación se califica de “ridículo” y siempre produce escándalo. Los jóvenes príncipes y princesas tienen que someterse

a la tiranía de las tradiciones de raza y a las conveniencias políticas de su país y unir su vida a una persona que no conocen ni aman.

La historia conserva gran número de dramas como el del desgraciado hijo de Luis XV, que fue empujado a realizar un matrimonio secreto a pesar de la profunda pena que experimentaba por el recuerdo de la muerte de su mujer, a la que había amado apasionadamente.

Existe igualmente entre los campesinos la subordinación del matrimonio a consideraciones de interés. La familia campesina se distingue precisamente en esto de la familia burguesa de la ciudad. La familia campesina es ante todo una unidad económica de trabajo. Los intereses económicos dominan de tal modo a la familia campesina, que todos los demás lazos de orden psíquico juegan siempre un lugar secundario.

Tampoco se tomaba nunca en consideración el amor en la familia de la Edad Media cuando se concertaba el matrimonio. En la época de las corporaciones de artesanos, la familia era también una unidad de producción que descansaba sobre el principio económico del trabajo. El ideal del amor en el matrimonio no comienza a aparecer hasta que la familia deja de ser una unidad de producción para convertirse en una unidad de consumo y en guardiana del capital acumulado.

Pero a pesar de que la moral de la burguesía proclamaba el derecho de “dos corazones amantes” a unirse aun en contra de las tradiciones familiares, a pesar de que se burlaba del “amor platónico” y del ascetismo y de que afirmaba que el amor era la base del matrimonio, tenía buen cuidado de poner estrechas limitaciones a todas sus concesiones. El amor no podía ser considerado como un sentimiento legítimo más que en el matrimonio: fuera del matrimonio, el amor era considerado inmoral. Este ideal respondía a consideraciones de orden económico: impedir que el capital acumulado se dispersase con los hijos nacidos de una unión matrimonial. Toda la moral de la burguesía tenía por función contribuir a la acumulación del capital. El ideal del amor quedaba, por tanto, constituido en la pareja unida en matrimonio, cuyo fin era el au-

mentar su bienestar material y las riquezas en el núcleo familiar aislado totalmente del resto de la sociedad. Cuando los intereses de la familia y de la sociedad tenían que ponerse frente a frente, la moral burguesa se inclinaba siempre a favor de los intereses familiares. (Por ejemplo, la condescendencia, no admitida por el derecho, pero que la moral burguesa concedía a los desertores; la justificación moral de un administrador de los intereses de varios accionistas que le habían confiado sus fondos, a los que arruinaba para aumentar los bienes de su familia, etcétera).

La burguesía, con el espíritu utilitario que la caracterizaba, pretendía sacar provecho del amor y convertir, por tanto, este sentimiento en un medio de consolidar los lazos de la familia.

Pero el amor estaba aprisionado con fuertes cadenas por los límites que le imponía la ideología burguesa. Así nacieron y se multiplicaron los “conflictos amorosos”. La novela, nuevo género literario que creó la clase burguesa, sirvió para expresar los conflictos amorosos originados por el encadenamiento del amor. El amor se salía constantemente de los límites matrimoniales que le habían sido impuestos y tomaba la forma de unión libre o adulterio, que la moral de la burguesía condenaba, pero que en realidad no hacía más que cultivar.

A las necesidades de la capa social más numerosa no corresponde este ideal burgués del amor, que no satisface los anhelos de la clase obrera. Tampoco llena las aspiraciones de la vida de los trabajadores intelectuales. A esto se debe precisamente el enorme interés que despiertan en los países de capitalismo desarrollado todos los problemas del sexo y del amor. De aquí se originan las investigaciones apasionadas para encontrar una solución a este problema angustioso que agobia a la humanidad desde hace varios siglos. ¿Cómo será posible establecer relaciones entre los sexos que contribuyan a hacer a los hombres más felices, pero que al mismo tiempo no destruyan los intereses de la colectividad?

A la juventud trabajadora de Rusia se le plantea actualmente este mismo problema. Un ligero análisis de la evolución de las relaciones

matrimoniales y de los sentimientos de amor nos ayudará, joven camarada, a comprender una verdad indiscutible: que el amor no es una cuestión privada, como parece entenderse a primera vista. El amor es un precioso factor social y psíquico que la humanidad maneja instintivamente según los intereses de la colectividad. La humanidad trabajadora, armada con el método científico del marxismo y con la experiencia del pasado, tiene que comprender el lugar que la nueva humanidad tiene que reservar al amor en las relaciones sociales. ¿Cuáles es, pues, el ideal de amor que corresponde a los intereses de la clase que lucha para extender su dominio por todo el mundo?

No debemos confundir esta dualidad con las relaciones sexuales de un hombre con varias mujeres, o de una mujer con varios hombres, cuando hablamos de la dualidad del sentimiento de amor, de las complejidades del “Eros de alas desplegadas”. La poligamia, en la que no se da el sentimiento de amor, puede ser causa de consecuencias nefastas (agotamiento precoz del organismo, mayor facilidad para contraer enfermedades venéreas, etcétera); pero estas uniones no crean “dramas morales”. Los conflictos, los “dramas” surgen cuando nos encontramos en presencia del amor con todas sus manifestaciones y matices diversos.

Puede una mujer amar a un hombre “por su espíritu” solamente si sus pensamientos, sus deseos y sus aspiraciones armonizan con los suyos y al mismo tiempo puede sentirse arrastrada por la poderosa atracción física a otro hombre. Lo mismo que la mujer puede el hombre experimentar un sentimiento de ternura lleno de consideraciones, de compasión llena de solicitud por una mujer, mientras en otra encuentra su apoyo y la comprensión de las más altas y mejores aspiraciones de su “yo”. ¿A cuál de estas dos mujeres deberá entregar la plenitud de “Eros”? ¿Tendrá necesariamente que mutilar su alma y arrancarse uno de estos sentimientos cuando solo puede adquirir la plenitud de su ser con el mantenimiento de estos dos lazos de amor?

El desdoblamiento del alma y del sentimiento lleva consigo inevitables sufrimientos bajo el régimen burgués. La ideología ba-

sada en el instinto de propiedad ha inculcado al hombre durante siglos y siglos que todo sentimiento de amor debe estar fundamentado en un principio de propiedad. Ha grabado la ideología burguesa en la cabeza de los hombres la idea de que el amor da derecho a poseer enteramente, y sin compartirlo con nadie, el corazón del ser amado. Este ideal, esta exclusividad en el sentimiento de amor era la consecuencia natural de la fórmula establecida del matrimonio indisoluble del ideal burgués de “amor absorbente” entre los esposos. Pero ¿puede un ideal de esta clase responder a los intereses de la clase obrera? Desde el punto de vista de la ideología proletaria es mucho más importante y deseable que las sensaciones de los hombres se enriquezcan cada vez con mayor contenido y sean más diversas. La multiplicidad del alma constituye un hecho precisamente que facilita la educación y el desarrollo de los lazos del espíritu y del corazón, mediante los cuales se consolidará la colectividad trabajadora. Cuanto más numerosos son los hilos tendidos entre las almas, entre las inteligencias y los corazones, más solidez adquiere el espíritu de solidaridad y con más facilidad puede realizarse el ideal de la clase obrera: camaradería y unión.

No pueden constituir “la absorción” y el exclusivismo en el sentimiento de amor el ideal del amor determinante de las relaciones entre los sexos, desde el punto de vista de la ideología proletaria. Todo lo contrario. Al darse cuenta de la multiplicidad del “Eros de las alas desplegadas”, el proletariado no se asusta en absoluto de este descubrimiento ni experimenta tampoco indignación moral como lo aparenta la hipocresía burguesa. En cambio, el proletariado trata de dar a este fenómeno (que es el resultado de complicadas causas sociales) una dirección que sirva a sus fines de clase en el momento de la lucha y de la edificación de la sociedad comunista. ¿La multiplicidad del amor en sí misma estará acaso en contradicción con los intereses del proletariado? Todo lo contrario: esta multiplicidad del sentimiento de amor en las relaciones entre los sexos facilita el triunfo del ideal de amor que se forma y cristaliza ya en el seno mismo de la clase obrera: el amor-camaradería.

La humanidad del patriarcado se presentó el amor como el cariño entre los miembros de una familia (amor entre hermanos y hermanas, entre los hijos y los padres). El mundo antiguo antepone el amor-amistad a todo otro sentimiento. El mundo feudal hacía su ideal de amor al amor “espiritual” del caballero, amor independiente del matrimonio y que no llevaba consigo la satisfacción de la carne. El ideal de amor de la sociedad burguesa era el amor de una pareja unida con un sentimiento legítimo.

El ideal de amor de la clase obrera está basado en la solidaridad de espíritu y de la voluntad de todos los miembros, hombres y mujeres, en la colaboración en el trabajo, y por lo tanto, se distingue de un modo absoluto de la noción que del amor tenían las otras épocas de civilización. ¿Qué es, pues, el “amor-camaradería”? ¿Querrá decir todo esto que la ideología severa de la clase obrera, forjada en una atmósfera de lucha para el triunfo de la dictadura del proletariado, se dispone a arrojar al delicado Eros alado de un modo despiadado? De ningún modo. La ideología de la clase obrera no puede desplazar al “Eros de las alas desplegadas”. Más bien todo lo contrario; es decir, como fuerza social y psíquica, prepara el reconocimiento del sentimiento de amor.

La hipócrita moral de la cultura burguesa, que obligaba al dios Eros a no visitar más que a la “pareja unida legalmente”, le arrancaba sin piedad las plumas más bellas de sus alas de brillantes colores. Para la ideología burguesa, fuera del matrimonio no podía existir más que el Eros sin alas, el Eros despojado de sus plumas de vivos colores; la atracción pasajera entre los sexos bajo la forma de caricias robadas (adulterio) o de caricias compradas (prostitución).

Por el contrario, la moral de la clase obrera rechaza francamente la forma exterior que establece las relaciones de amor entre los sexos.

Es completamente igual para el logro de las tareas del proletariado que el amor tome la forma de una unión estable o que no tenga más importancia que la de una unión pasajera. La ideología de la clase obrera no puede fijar límites formales al amor.

Esta ideología, por el contrario, empieza a sentir inquietud por el contenido del amor, por los lazos de emociones y sentimientos que unen a los dos sexos. Por eso en este sentido tiene la ideología proletaria que perseguir al “Eros sin alas” (lujuria, satisfacción única de los deseos carnales por sí mismo, lo que hace de él un “placer sexual” con un fin en sí mismo, lo que hace de él un “placer fácil”, etcétera) más implacablemente que lo hacía la moral burguesa. El “Eros sin alas” se contradice con los intereses de la clase obrera. Este amor supone, en primer lugar, inevitablemente los excesos y el agotamiento físico, lo que contribuye a que disminuya la reserva de energía de la humanidad. En segundo término, el “Eros sin alas” empobrece el alma, porque impide el desenvolvimiento de sensaciones de simpatía y de lazos psíquicos entre los seres humanos. En tercer lugar, tiene por base este amor la desigualdad de derechos entre los sexos en las relaciones sexuales; esto es, está fundado en la dependencia de la mujer con relación al hombre, en la insensibilidad o fatuidad del hombre; todo lo cual necesariamente ahoga toda posibilidad de experimentar un sentimiento de camaradería. Es completamente distinta, en cambio, la acción ejercida sobre los seres humanos por el “Eros de alas desplegadas”.

Lo mismo que en el “Eros sin alas”, es indudable que no se manifiestan solo en las relaciones con el objeto de amor físico entre los sexos. La diferencia consiste precisamente en que en el ser movido por sentimientos de amor que le empujan hacia otro ser se manifiestan y despiertan justamente aquellas cualidades del alma necesarias a los constructores de la nueva cultura: delicadeza, sensibilidad y deseo de ser útil a otro. En cambio, la ideología burguesa exige que el hombre o la mujer no hagan gala de estas cualidades más que en presencia del elegido o elegida; esto es, en sus relaciones con un solo hombre o con una sola mujer. Para la ideología proletaria, lo más importante es que estas cualidades se despierten, se eduquen y se desarrollen en todos los hombres, y, por tanto, que no se manifiesten solo en las relaciones con el objeto

amado, sino en las relaciones con todos los demás miembros de la colectividad.

No tienen importancia, en realidad, para el proletariado los matices y sentimientos predominantes en el “Eros de alas desplegadas”; se siente indiferente el proletariado ante los tonos delicados del complejo amoroso, ante los colores encendidos de la pasión o ante la armonía del espíritu. Lo que únicamente le interesa es que en todos los sentimientos y manifestaciones de amor existan los elementos psíquicos que desarrollen el sentimiento de camaradería.

El ideal de amor-camaradería forjado por la ideología proletaria para substituir al “exclusivo” y “absorbente” amor conyugal de la moral burguesa está fundado en el reconocimiento de derechos recíprocos, en el arte de saber respetar, incluso en el amor, la personalidad de otro, en un firme apoyo mutuo y en la comunidad de colectivas aspiraciones.

El amor-camaradería es el ideal necesario al proletariado en los períodos difíciles de grandes responsabilidades, en los que lucha para el establecimiento de su dictadura o para fortalecer su mantenimiento. No obstante, cuando el proletariado haya triunfado totalmente y sea ya un hecho la sociedad comunista, el amor, el “Eros de alas desplegadas” revestirá un aspecto diferente por completo del que tiene actualmente, se presentará en una forma totalmente distinta, adquirirá un aspecto completamente desconocido hasta ahora por los hombres. Entre los miembros de la nueva sociedad se habrán desarrollado y fortalecido los “lazos de simpatía”, “la capacidad para amar” será mucho mayor y se convertirá en “animador” el amor-camaradería, papel que en la sociedad burguesa estaba reservado al principio de concurrencia y al egoísmo. El colectivismo del espíritu y de la voluntad triunfará sobre el individualismo que se bastaba a sí mismo. Desaparecerá el “frío de la soledad moral”, de la que en el régimen burgués intentaban escapar los hombres refugiándose en el amor o en el matrimonio; los hombres quedarán unidos entre sí por innumerables lazos

psíquicos y sentimentales. Se modificarán los sentimientos de los hombres en el sentido de los intereses cada vez más grandes hacia la cosa pública. La desigualdad entre los sexos y todas las formas de dependencia de la mujer con relación al hombre desaparecerán en el olvido sin dejar el menor rastro.

Eros, el dios del amor, ocupará un puesto de honor como sentimiento capaz de enriquecer la felicidad humana en esta nueva sociedad, colectivista por su espíritu y sus emociones, caracterizada por la unión feliz y las relaciones fraternales entre los miembros de la colectividad trabajadora y creadora. ¿Cómo se transfigurará este Eros? Ni la más creadora fantasía puede imaginárselo. Lo únicamente indiscutible es que cuanto más unida esté la Humanidad por los lazos duraderos de la solidaridad, más unida íntimamente estará en todos los aspectos de la vida, de las relaciones mutuas o de la creación. Por consiguiente, tanto menos lugar quedará para el amor en el sentido contemporáneo de la palabra.

El amor peca siempre, en nuestros tiempos, por un exceso de absorción de todos los sentimientos, de todos los pensamientos entre dos “corazones que se aman”, y que, por lo mismo, aíslan y separan a la pareja amante del resto de la colectividad. Este aislamiento moral, este apartamiento de la “pareja amorosa” no solo será completamente inútil, sino que psicológicamente será imposible en una sociedad en que estén íntimamente unidos los intereses, las aspiraciones y las tareas de todos los miembros de la colectividad. En ese mundo nuevo la forma normal, reconocida y deseable de las relaciones entre los sexos estará basada puramente en la atracción sana, libre y natural “sin perversiones ni excesos” de los sexos; las relaciones sexuales de los hombres en la nueva sociedad estarán determinadas por el “Eros transfigurado”.

Pero actualmente nos encontramos en el recodo donde se cruzan dos civilizaciones: la civilización proletaria y la civilización burguesa. En este período de transición, en el que estos dos mundos luchan encarnizadamente en todos los frentes, incluso en el frente ideológico, el proletario está muy interesado en lograr por

todos los medios a su alcance la más rápida acumulación posible de “sensaciones o sentimientos de simpatía”. En este período de transición la idea moral que determina las relaciones entre los sexos no puede ser el brutal instinto sexual, sino las múltiples sensaciones del amor-camaradería experimentadas por hombres y mujeres. Es necesario, para que estas sensaciones correspondan a la nueva moral proletaria en formación, que estén basadas en los tres postulados siguientes:

1° Igualdad en las relaciones mutuas (es decir, desaparición de la suficiencia masculina y de la sumisión servil de la individualidad de la mujer al amor).

2° Mutuo y recíproco reconocimiento de sus derechos, sin pretender ninguno de los seres unidos por relaciones de amor la posesión absoluta del corazón y el alma del ser amado. (Desaparición del sentimiento de propiedad fomentado por la civilización burguesa.)

3° Sensibilidad fraternal: el arte de asimilarse y comprender el trabajo psíquico que en el alma del ser amado se efectúa. (La civilización burguesa solo exigía que la mujer poseyese en el amor esta sensibilidad.)

Pero aunque la ideología de la clase obrera proclame los derechos del “Eros de alas desplegadas” (del amor), subordina al mismo tiempo el amor que los miembros de la colectividad trabajadora sienten entre sí a otro sentimiento mucho más poderoso, un sentimiento de deber con la colectividad. Por muy grande que sea el amor que una a dos individuos de sexos diferentes, por muchos que sean los vínculos que unan sus corazones y sus almas, tienen que ser mucho más fuertes, más orgánicos y numerosos los lazos que los unan a la colectividad. “Todo para el hombre amado”, proclama la moral burguesa. “Todo para la colectividad”, determina la moral proletaria.

Ahora te oigo argumentar, mi joven camarada: Concedido, como afirmas, que las relaciones de amor basadas en el espíritu de fraternidad se conviertan en el ideal de la clase obrera. Pero,

¿no pesará demasiado este ideal, esta “medida moral” del amor sobre los sentimientos amorosos? ¿No pudiera ocurrir que este ideal destroce y mutile las delicadas alas del “suspicaiz-Eros”? Hemos liberado al amor de las cadenas de la moral burguesa; pero, ¿no le crearemos tal vez otras?

Mi joven camarada, tienes razón. Al rechazar la “moral” burguesa en el dominio de las relaciones matrimoniales, la ideología proletaria se forja inevitablemente su propia moral de clase, sus nuevas y reglamentadoras normas de las relaciones entre los sexos, que corresponden mejor a las tareas de la clase obrera, que sirven para educar los sentimientos de sus miembros y que, por lo tanto, constituyen hasta cierto punto cadenas que aprisionan el sentimiento de amor. Es indudable que el proletariado arrancará irremisiblemente muchas plumas de las alas del delicado Eros, si hablamos del amor patrocinado por la ideología burguesa, tal y como se lo representa aquella ideología. Pero lo que no se puede hacer, porque significa no darse cuenta del porvenir, es lamentarse de que la clase obrera imprima su sello en las relaciones sexuales con el fin de lograr que el sentimiento de amor corresponda con sus tareas de clase. Es evidente que en vez de las viejas plumas arrancadas a las alas de Eros, la clase ascendente de la humanidad hará que le crezcan otras de una belleza, brillo y fuerza desconocidos hasta ahora. No olvides, joven camarada, que el amor cambia de aspecto y se transforma de una manera inevitable a la vez que cambian las bases culturales y económicas de la sociedad.

Si conseguimos que de las relaciones de amor desaparezca el ciego, el absorbente y exigente sentimiento pasional; si desaparece también el sentimiento de propiedad, lo mismo que el deseo egoísta de “unirse para siempre al ser amado”; si logramos que desaparezca la fatalidad del hombre y que la mujer no renuncie criminalmente a su “yo”, no cabe duda que la desaparición de todos estos sentimientos hará que se desarrollen otros preciosos elementos para el amor. Así se desarrollará y aumentará el respeto hacia la personalidad de otro, lo mismo que se perfeccionará el arte de

contar con los derechos de los demás; se educará la sensibilidad recíproca y se desarrollará enormemente la tendencia de manifestar el amor no solamente con besos y abrazos, sino también con una unidad de acción y de voluntad en la creación común.

No es, pues, la tarea de la ideología proletaria separar al “Eros alado” de sus relaciones sociales. Consiste simplemente en llenar su carcaj con nuevas flechas; en hacer que se desarrolle el sentimiento de amor entre los sexos basado en la más poderosa fuerza psíquica nueva: la solidaridad fraternal.

Joven camarada, espero que ahora verás claramente que el hecho de que el problema del amor despierte un interés tan extraordinario entre la juventud trabajadora no es síntoma de “decadencia” en modo alguno. Creo que ahora podrás encontrar por ti mismo el lugar que debe corresponder al amor, tanto en la ideología del proletariado como en la vida diaria de la juventud trabajadora.

III. EL AMOR-CAMARADERÍA

La nueva sociedad comunista está edificada sobre un principio de camaradería y solidaridad. Pero ¿qué es la solidaridad? No solamente debemos entender por solidaridad la conciencia de la comunidad de intereses; la solidaridad la constituyen también los lazos sentimentales y espirituales establecidos entre los miembros de una misma colectividad trabajadora. El régimen social edificado sobre principios de solidaridad y colaboración exige, sin embargo, que la sociedad en cuestión posea, desarrollada en alto grado, “la capacidad de potencial de amor”, es decir, la capacidad de tener sensaciones de simpatía.

Si faltan estas sensaciones, el sentimiento de camaradería no puede consolidarse. Por esto intenta la ideología proletaria educar y reforzar en cada uno de los miembros de la clase obrera sentimientos de simpatía ante los sufrimientos y las necesidades de sus camaradas de clase. También tiende la ideología proletaria a comprender las aspiraciones de los demás y a desarrollar la conciencia

de su unión con los otros miembros de la colectividad. Pero todas estas “sensaciones de simpatía”, delicadeza, sensibilidad y simpatía se derivan de una fuente común: de la capacidad para amar, no de amar en un sentido puramente sexual, sino con un amor en el sentido más amplio de esta palabra.

El amor es un sentimiento que une a los individuos; podemos incluso decir que es un sentimiento de orden orgánico. La burguesía ha comprendido también toda la fuerza de unión entre los hombres que puede tener el amor, y, por lo tanto, procuraba sujetarlo bien a sus intereses. Por eso la ideología burguesa, al intentar consolidar la familia, recurre a la virtud moral del “amor entre esposos”; ser “un padre de familia” era a los ojos de la burguesía una de las más grandes y preciadas cualidades del hombre.

Por su parte, el proletariado debe considerar el papel social y psicológico del sentimiento de amor, tanto en el amplio sentido de la palabra como en lo referente a las relaciones entre los sexos, que puede y debe jugar para reforzar los lazos, no en el dominio de las relaciones matrimoniales y de la familia, sino los que contribuyen al desenvolvimiento de la solidaridad colectiva.

¿Cuál, pues, será el ideal de amor de la clase obrera? ¿En qué sentimientos tienen que basarse las relaciones sexuales en la ideología proletaria?

Hemos visto ya, mi joven camarada, cómo cada época de la historia posee su ideal de amor peculiar; hemos analizado cómo cada clase, en su propio interés, da a la noción moral del amor un determinado contenido. Cada grado de civilización trae a la humanidad sensaciones intelectuales y morales más ricas en matices, que recubren de un color determinado las delicadas alas de Eros. La evolución en el desenvolvimiento de la economía y las costumbres sociales ha ido acompañada de modificaciones nuevas en el concepto del amor. Algunos matices de este sentimiento se reforzaban, mientras otros disminuían o desaparecían totalmente.

El amor, en el transcurso de los siglos de existencia de la sociedad humana, evolucionaba desde ser un simple instinto biológico

(el instinto de reproducción, común a todos los seres vivientes superiores o inferiores, divididos en dos sexos) y se enriquecía sin cesar con nuevas sensaciones psíquicas hasta convertirse en un sentimiento muy complicado.

De ser un fenómeno biológico pasó el amor a convertirse en un factor social y psicológico.

El instinto biológico de reproducción, que en los primeros grados del desenvolvimiento de la humanidad determinó las relaciones entre los sexos, tomó bajo la presión de las fuerzas económicas y sociales dos sentidos diametralmente opuestos: de un lado, bajo la presión de relaciones económicas y sociales monstruosas, sobre todo bajo el yugo capitalista, el sano instinto sexual (la atracción de dos seres de sexo distinto basada en el instinto de reproducción) degeneró y se convirtió en malsana lujuria. El acto sexual se transformó en un fin en sí mismo, en un medio para lograr “mayor voluptuosidad”, en una depravación exacerbada por los excesos, las perversiones y los malsanos aguijonazos de la carne. Buscaba el hombre a la mujer, no impulsado por una sana corriente sexual que le empujase con todo su ímpetu hacia una mujer; el hombre “buscaba” a la mujer sin experimentar ninguna necesidad sexual, y la buscaba con el único fin de provocar esta necesidad mediante la intimidad del contacto con la mujer. De este modo el hombre se procura una voluptuosidad con el hecho mismo del acto sexual. Si la intimidad del trato con la mujer no provoca en el hombre la excitación esperada, los hombres estragados por los excesos sexuales recurren a toda clase de aberraciones.

Es esta una desviación del instinto biológico en una lujuria malsana que hace que se aleje de su fuente primitiva.

La atracción física entre los sexos se complica, por otro lado, en el transcurso de los siglos de vida social de la humanidad y de las diversas civilizaciones, y adquiere toda una gama de diversos matices y sentimientos. El amor es un estado psicológico muy complejo, en su forma actual, que desde hace mucho tiempo se desprendió por completo de su fuente originaria, el instinto bioló-

gico de reproducción, y que en muchos casos llega a contradecirse con él. Es el amor un conglomerado de sentimientos diversos: ternura espiritual, pasión, inclinación, lástima, costumbres, etcétera. Es difícil, pues, ante tan gran complejidad, establecer un lazo de unión directo entre el “Eros sin alas” (atracción física entre los sexos) y el “Eros de alas desplegadas” (atracción psíquica).

El amor-amistad, en el que no es posible encontrar ni un átomo de atracción física; el amor espiritual, sentido por la causa, por la idea; el impersonal hacia una colectividad, son sentimientos que demuestran claramente hasta qué punto se ha idealizado y se ha alejado de su base biológica el sentido de amor. Pero aún el problema se complica mucho más. Surge con gran frecuencia una flagrante contradicción entre las diversas manifestaciones del amor, y comienza la lucha. El amor sentido por la “causa amada” (no el amor sentido simplemente por la causa, sino por la causa amada) no concuerda con el amor sentido por el elegido o por la elegida del corazón, amor por la mujer, el marido o los hijos. El amor-amistad se encuentra en contradicción con el amor-pasión. En un caso, el amor está dominado por la armonía psíquica; en el otro tiene por base “la armonía del cuerpo”.

Se ha revestido el amor de múltiples aspectos. Desde el punto de vista de las emociones de amor, el hombre de nuestra época, en el cual han hecho los siglos de evolución cultural que se eduquen y desarrollen los diferentes matices de este sentimiento, se siente como a disgusto en el significado demasiado vago y general del sentido de la palabra amor.

La multiplicidad del sentimiento de amor, bajo el yugo de la ideología y costumbre capitalista, crea una serie de dolorosos e insolubles dramas morales. Desde fines del siglo XIX los psicólogos y escritores empezaron a tratar como tema favorito la multiplicidad del sentimiento de amor. Los representantes reflexivos de la cultura burguesa empezaron a sentir desconcierto e inquietud ante aquel “enigma” del “amor por dos y hasta por tres seres”. H. A. Herzen, nuestro gran pensador y publicista del pasado siglo, intentó

encontrar una solución a esta complejidad del alma humana, a este desdoblamiento de sentimientos, en su novela titulada *¿De quién es la culpa?* También Chernichevski intentó encontrar la solución a este problema en la novela social *¿Qué hacer?* El desdoblamiento del sentimiento de amor, su multiplicidad, ha preocupado a los más grandes escritores de Escandinavia, tales como Hansen, Ibsen, Bernsen y Heiderstam.

También se han ocupado de este tema los literatos franceses del pasado siglo. Romain Rolland, escritor que simpatiza con el comunismo, y Maeterlinck, que no puede encontrarse más alejado de nuestros ideales, han tratado igualmente de encontrar la solución a este problema. Los genios poéticos como Goethe, Byron y George Sand, este último uno de los pioneros más ardientes del dominio de las relaciones entre los sexos, han intentado resolver este problema complicado en la práctica, este “enigma del amor”. Herzen, el autor del libro antes citado, lo mismo que otros pensadores, poetas y hombres de Estado, se han dado cuenta a la luz de su propia experiencia del terrible problema. Pero bajo el peso del “enigma de la dualidad de sentimientos de amor” también se doblegan los hombres que no son “grandes” en modo alguno, pero que en vano buscan la clave de la solución del problema dentro de los límites impuestos por el pensamiento burgués. La solución del problema está en manos del proletariado precisamente. Pertenece a la ideología y al nuevo género de vida de la humanidad trabajadora la solución de este problema.

Valor y finalidad de mi vida¹

No puede haber nada más difícil que escribir una autobiografía. ¿Qué aspectos es preciso destacar? ¿Cuáles poseen interés general? Sobre todo es recomendable escribir sinceramente y no fingir ninguna modestia convencional. Cuando una ha sido invitada a relatar hechos de su propia vida para que lo ya logrado resulte útil a la colectividad, tal medida solo puede significar que ya se ha realizado algo positivo en la vida, *una labor que ha sido reconocida por los hombres.*² Es, pues, lícito olvidar que se está hablando de una misma y tratar de tomar distancia frente al propio Yo, a fin de informar, del modo más objetivo posible, sobre el propio proceso evolutivo y los logros alcanzados. Tal es la tarea que ahora intento llevar a cabo. Que lo logre o no, es otra cuestión. De todos modos debo confesar que, en cierto sentido, esta autobiografía representa un problema para mí y que, echando una mirada retrospectiva y escudriñando el futuro con cierta curiosidad, habré de representarme a mí misma los virajes más importantes de mi vida y de mi obra. Tal vez logre así *poner de relieve todo aquello que, en primer término, tenga importancia para la lucha de liberación de la mujer y otros problemas sociales de interés general.*³

Ya desde mi primera juventud era consciente de que bajo ningún aspecto podía organizar mi vida según el modelo estereotipado y que, a fin de poder determinar la verdadera orientación de mi

¹ Tomado de: Alejandra Kollontai. *Autobiografía de una mujer emancipada*. Barcelona: Editorial Fontamara, 1976. Traducción de Elena Herrero

² Corrección de la autora: “realizado algo que ha sido reconocido por la sociedad”.

³ Corrección de la autora: “poner de relieve aquello que tiene una importancia para la solución de los problemas sociales de nuestro tiempo, que comprende también el gran problema de la completa emancipación de la mujer”.

vida, tenía que elevarme por sobre mí misma. *Era asimismo consciente*⁴ de que obrando de esta manera ayudaría a mis compañeras a organizar su vida no de acuerdo a las tradiciones preestablecidas, sino según su propio y libre criterio electivo. Solo en la medida, claro está, en que lo permitan las circunstancias sociales y económicas. Aún creía que habría de venir un tiempo en que la mujer sería juzgada con las mismas medidas morales que el hombre. Pues no es su virtud específicamente femenina lo que le confiere un puesto de honor en la sociedad humana, sino el valor del trabajo útil que haya desempeñado, el valor de su personalidad como ser humano, *como ciudadana*,⁵ como pensadora, como luchadora. Subconscientemente, este motivo constituía la fuerza directriz de toda mi vida y obra. Seguir mi camino, trabajar, luchar, crear lado a lado con los hombres *y aspirar a un objetivo universal humano*⁶ (hace ya casi treinta años que me cuento en el número de los *comunistas*)⁷ construyendo al mismo tiempo mi vida personal e íntima como mujer, según mi propia voluntad *y las leyes innatas de mi naturaleza*:⁸ tales son los postulados que han condicionado mi ideario. Y lo he logrado: he organizado mi vida íntima de acuerdo con mis propios principios, sin disimular ya más⁹ *mis vivencias amorosas como lo hace el hombre*. Pero, sobre todo, no he dejado nunca que mis sentimientos, alegrías o penas amorosas, ocupen el primer puesto en *mi* vida, pues en el plano principal se hallaban siempre el trabajo, la actividad y la lucha. *Logré convertirme en miembro de un Gabinete gubernamental, del primer Gabinete bolchevique en los años 1917/1918, y soy la primera mujer que fue nombrada embajadora, desempeñó ese cargo durante tres años y se retiró del mismo*

⁴ Corrección de la autora: “yo presentía”.

⁵ Corrección de la autora: “como trabajador productivo”.

⁶ Corrección de la autora: “que luchaban para la consecución de nuestras ideas sociales”.

⁷ Corrección de la autora: “socialistas –ahora comunistas”.

⁸ Tachado por la autora.

⁹ Corrección de la autora: “Cuando el amor llegaba, no tenía inconveniente en mantener relaciones con el hombre”.

por voluntad propia.¹⁰ Bien puede servir esto como prueba de que la mujer es perfectamente capaz de elevarse por sobre las ataduras convencionales de la época. La Guerra Mundial, el espíritu agitado y revolucionario que actualmente domina el mundo a todos los niveles, han contribuido en gran medida a despojar de su posición privilegiada a la moral ambigua, doble moral, malsana y sobrecargada. Ya estamos acostumbrados a no plantearles demasiadas exigencias, en el campo de su vida conyugal por ejemplo, a las actrices y mujeres que ejercen profesiones liberales. Pero la diplomacia constituye una casta que, más que todas las otras, conserva sus antiguos usos, costumbres, tradiciones y, sobre todo, su estricto ceremonial. El que una mujer, una mujer “libre” e independiente fuera admitida entre sus miembros sin ninguna oposición, demuestra que ha llegado el tiempo en el que todos los seres humanos son uniformemente aquilatados según su capacidad de trabajo y su dignidad universal humana. Cuando fui nombrada embajadora rusa en Oslo, me di cuenta de que no solo había conseguido una victoria para mí sino para las mujeres en general, y una victoria sobre su peor enemigo, es decir la moral convencional y las concepciones conservadoras del matrimonio. Cuando en ocasiones me decían que era algo realmente extraordinario el que una mujer hubiera sido llamada a ocupar un puesto de tanta responsabilidad, pensaba yo siempre que,¹¹ en última instancia, la victoria principal para la liberación de la mujer no radica en este hecho específico sino que posee una importancia totalmente distinta el que una mujer como yo, que ha saldado cuentas con la moral ambigua y no lo disimuló nunca, hubiera sido introducida en los círculos de una casta que, aún hoy, postula con especial énfasis la

¹⁰ Corrección de la autora: “Como se ha demostrado después, mi vida privada, que no organicé según el modelo tradicional, no representó para mí ninguna traba, pues siempre se trataba de aprovechar mis fuerzas para la creación de un nuevo Estado (la República Soviética) y de trabajar, primero, como miembro del primer Gabinete Soviético, y después como representante diplomática”.

¹¹ Corrección de la autora: “en silencio”

*tradición y la moral hipócrita y falsa. Así pues, el ejemplo de mi vida puede servir para expulsar también el viejo fantasma de la doble moral de la vida de las otras mujeres, y es éste un punto importante de mi propio ser, que posee cierto valor de orden socio-fisiológico y colabora en algo a la lucha de liberación de las mujeres trabajadoras.*¹² Pero a fin de evitar cualquier malentendido, debo decir aquí que aún estoy lejos de aquel tipo de mujer totalmente nueva, que asume sus experiencias femeninas de manera relativamente ligera y, casi diríamos, dichosamente superficial, cuyos sentimientos y energía anímica están dirigidos a todas las otras cosas de la vida, y no solo a las sensaciones de tipo amoroso-sentimental. Todavía pertenezco a la generación de mujeres que crecieron en el viraje crítico de la historia. El amor con sus muchas desilusiones, con sus tragedias y eternas exigencias de dicha completa, aún desempeñó un papel muy importante en mi existencia. ¡Un papel muy, muy grande! Pues por él se consumieron, sin resultados y, en último término, sin valor alguno, mucho tiempo y energía preciosos. Nosotras, las mujeres de la generación pasada, aún no sabíamos ser libres. Era un derroche, realmente increíble, de nuestra energía espiritual y un menosprecio de nuestra fuerza de trabajo, que se diluía en vivencias sentimentales improductivas. Sin duda es verdad que nosotras, tanto yo como muchas otras camaradas activas, luchadoras y trabajadoras, supimos no concebir el amor como el objetivo principal de nuestras vidas y asignar al trabajo un pues-

¹² Observación de la autora para el pasaje, que fue completamente suprimido: la nueva explicación en lugar de lo suprimido es: “Pues no es el hecho de ser mujeres lo que nos otorga un puesto de honor en la sociedad humana, sino el valor del trabajo útil para la sociedad, el valor de la personalidad como ser humano, como trabajador productivo, como ciudadano, pensador o luchador. Inconscientemente, el motivo que constituyó la fuerza directora de toda mi vida y mi trabajo fue seguir mi camino, trabajar, organizar, luchar codo a codo con los hombres para la realización de nuestras ideas sociales (yo soy comunista desde hace casi treinta años) y además organizar mi vida personal, como mujer, según mi propia voluntad. Pero sobre todo, jamás permití que mis sentimientos, amor o dolor, ocuparan el primer puesto en mi vida, pues, ante todo, contaban con la organización, el trabajo y la lucha.

to central en ellas. Sin embargo, ¡cuánto más hubiéramos podido hacer y alcanzar si toda nuestra energía no se hubiese dispersado en la eterna lucha con el propio Yo y con los sentimientos frente a otra persona! En realidad, se trataba de una eterna lucha defensiva contra la intromisión del hombre en nuestro yo, una lucha que se resolvía en la disyuntiva: trabajo o matrimonio y amor. Nosotras, la generación antigua, aún no comprendíamos cómo hacen la mayoría de los hombres —y es algo que también aprenden hoy las mujeres jóvenes— para adaptar armoniosamente el trabajo y el deseo amoroso *de modo que el trabajo siga siendo el objetivo principal de la existencia*.¹³ Nuestro error consistía en que siempre creíamos haber hallado al único hombre en la persona del que amábamos, aquel con el que creemos poder fundir nuestra propia alma y que está dispuesto a reconocernos plenamente como energía espiritual corporal. Pero las cosas siempre salían de otra manera, pues el hombre intentaba siempre imponernos su propio Yo y adaptamos a él enteramente. Y es así como surgió en todas la constante e inevitable insurrección interior; el amor se convirtió en una cadena. Nos sentíamos esclavizadas y tratábamos de aflojar los lazos del amor. Y tras la lucha, eternamente repetida, con el hombre amado, nos separábamos y corríamos al encuentro de la libertad. Una vez más volvíamos a sentirnos solas, infelices, apartadas, pero libres... libres para el trabajo querido y elegido...

La juventud, la última generación no tendrá ya que emprender, felizmente, nuestra lucha estéril y totalmente innecesaria para la comunidad humana. Sus fuerzas y su energía laboral serán ahorradas con miras a su productividad. De este modo, los impedimentos se convertirán en acicates.

Es indispensable que cuente algo sobre mi propia vida privada. Mi niñez fue —juzgada desde una perspectiva exterior— muy

¹³ Corrección de la autora: “de modo que el amor ocupe únicamente una posición subordinada”.

dichosa. Mis padres pertenecían a la antigua nobleza rusa.¹⁴ Yo era la única hija del segundo matrimonio de mi madre (mi madre era divorciada y yo nací ya fuera del segundo matrimonio, siendo luego adoptada). La menor, la más mimada y acariciada. Quizá por ello surgió en mí, a una edad muy temprana, un sentimiento de protesta contra todo lo que me rodeaba. Hacían demasiadas cosas para verme feliz y yo no tenía libertad de movimiento ni en mis juegos infantiles ni en mis deseos. Pero al mismo tiempo quería ser libre, quería desear por mí misma, ir formando yo misma mi pequeña vida. Mis padres eran personas adineradas. En casa no había lujos, pero nunca supe lo que significaba renunciar. Y sin embargo, veía cómo otros niños tenían que renunciar; a este respecto, los que más pena me daban eran los pequeños campesinos, por entonces mis compañeros de juego (vivíamos casi siempre en el campo, en la finca de mi abuelo, que era finlandés). Yo criticaba¹⁵ ya de pequeña la injusticia de los adultos, pareciéndome una contradicción evidente¹⁶ el que a mí me ofrecieran todo y a los otros niños les fuesen negadas tantas cosas. Mi crítica se fue agudizando con los años, y creció el sentimiento de protesta contra las diversas maneras de vivir que veía en torno mío. Tempranamente adquirí clara conciencia de las injusticias sociales que imperaban en Rusia. Yo misma nunca fui enviada a la escuela, porque mis padres vivían constantemente preocupados por mi salud y no podían soportar la idea de que, como todos los demás niños, yo pasara algunas horas diarias alejada de casa. Tal vez mi madre sintiera también cierta aversión ante las influencias liberadoras con las que hubiera podido tomar contacto en el colegio. Pues le parecía que mi capacidad crítica se hallaba ya bastante desarrollada.¹⁷ Fue así como mi educación transcurrió en la casa paterna bajo la dirección de una profesora inteligente y experimentada, que estaba vinculada a las

¹⁴ Corrección de la autora: “a los antiguos latifundistas rusos”.

¹⁵ Corrección de la autora: “sentía”.

¹⁶ Corrección de la autora: “sufriendo”.

¹⁷ Corrección de la autora: “que ya era suficientemente rebelde”.

capas revolucionarias de Rusia. Con ella, la señora María Strachova, tengo una deuda de gratitud inmensa. Apenas cumplí dieciséis años (era el año 1888), pasé mi examen de bachillerato¹⁸ y, a partir de entonces, hube de llevar la vida de “una joven dama de sociedad”. Si bien mi educación se desarrolló de manera especial y generó en mí más de un defecto (durante años fui tímida y muy torpe en la vida práctica), es preciso decir también que mis padres no fueron en absoluto personas reaccionarias. Por el contrario. Para su época eran incluso progresistas.¹⁹ Pero frente al niño y a la joven conservaban sus rancias tradiciones. Mi primera lucha enconada contra estas tradiciones empezó en el campo del matrimonio. Estaba llamada a ser un “buen partido” y mi madre tenía intenciones de casarme a edad temprana. Mi hermana mayor había contraído matrimonio a los diecinueve años con un encopetado cabaillero de casi setenta²⁰ años. Yo me rebelé contra esta “unión por conveniencias” venal y racional, y solo quería casarme por amor, movida “por una gran pasión”. Contra la voluntad de mis padres, muy joven aún, elegí a mi primo, un ingeniero joven y sin medios cuyo apellido, Kollontai; todavía llevo hoy día. Mi apellido de soltera era Domontovitsch. La felicidad de mi matrimonio duró apenas tres años. Tuve un hijo. Pero aunque yo misma eduqué a mi hijo con gran empeño, la maternidad no fue nunca el punto central de mi existencia. Un hijo no logró hacer indisolubles los lazos de mi matrimonio. Yo seguía amando aún a mi esposo, pero la dichosa existencia de ama de casa y esposa se convirtió en una especie de “jaula”. Mis simpatías, mis intereses se dirigían cada vez más al movimiento obrero revolucionario de Rusia. Leía mucho, estudiaba asiduamente todos los problemas sociales, asistía a conferencias y trabajaba en sociedades semilegales para la enseñanza popular. Eran los años del florecimiento del marxismo en Rusia

¹⁸ Corrección de la autora: “en San Petersburgo”.

¹⁹ Corrección de la autora: “liberales”.

²⁰ Corrección de la autora: “sesenta”.

(1893/1896). Lenin no era por entonces más que un principiante en el campo literario y revolucionario. Yuri Plejanov era el espíritu dirigente de la época. La concepción materialista del mundo me resultaba familiar; desde mi primera juventud me sentí atraída por la escuela realista, era una entusiasta seguidora de Darwin y Boelsche. Una visita a la conocida fábrica textil de Krengolm, en la que trabajaban doce mil obreros y obreras, decidió mi destino. No podía llevar una vida feliz y pacífica si el pueblo obrero era esclavizado en forma tan inhumana. Tenía que ingresar en dicho movimiento. Entonces surgieron diferencias con mi marido, quien interpretó mis inclinaciones como terquedad personal, como algo dirigido contra él. Abandoné a mi esposo e hijo y viajé a Zurich, a fin de estudiar economía política con el profesor Heinrich Herkner. Así comenzó mi vida consciente para los objetivos revolucionarios del movimiento obrero. Y cuando el año 1899 regresé a San Petersburgo —hoy Leningrado—, me afilié al partido socialdemócrata de Rusia, por entonces en la ilegalidad. Trabajé como escritora y propagandista. Una atracción muy especial ejercía sobre mí el destino de Finlandia, cuya independencia y relativa libertad se veían amenazadas por la política reaccionaria del régimen zarista a fines de los años noventa. Tal vez fueran las impresiones que durante mi niñez recibí en la finca de mi abuelo, las que me atraían de manera tan especial hacia Finlandia. Pasé a tomar parte activa en el movimiento de liberación del país. De este modo, mi primer gran trabajo científico en el área de la economía política fue una amplia investigación sobre la vida y condiciones de trabajo del proletariado finlandés en relación con la industria. Este libro apareció el año 1903 en San Petersburgo. Por la misma época murieron mis padres, mi esposo y yo vivíamos separados hacía tiempo y solo mi hijo se quedó conmigo. Entonces tuve la posibilidad de consagrarme por entero a mi objetivo: el movimiento revolucionario de Rusia y el movimiento obrero de todo el mundo. Amor, matrimonio, familia: todos eran fenómenos subordinados y pasajeros. Estaban allí, y de hecho se han seguido infiltrando con-

tinuamente en mi vida; sin embargo, por grande que fuera el amor por mi esposo, en cuanto transgredía ciertas fronteras vinculadas con el espíritu de sacrificio femenino, el sentimiento de protesta volvía a estallar en mí. Tenía que irme, tenía que romper con el hombre de mi elección, de lo contrario (y era este un sentimiento inconsciente en mí) me hubiera expuesto al peligro de perder mi propio Yo. Asimismo es preciso decir que ninguno de los hombres que han estado a mi lado ha ejercido una influencia orientadora sobre mis inclinaciones, aspiraciones o concepción del mundo. Por el contrario, generalmente era yo la guía. Y mi concepción de la vida y mi línea política las formé a partir de la vida misma y de un trabajo ininterrumpido con los libros.

El año 1905, fecha en que estalló la llamada primera revolución en Rusia tras el célebre “Domingo sangriento”, ya me había hecho un nombre en el campo de la literatura económica y social. Y en aquellos tiempos turbulentos, en los que todas las fuerzas fueron consumidas en aras de la rebelión, se puso de manifiesto que había alcanzado gran popularidad como oradora. Sin embargo, en esa época tomé *por primera vez conciencia de lo poco que nuestro partido se interesaba por el destino de las mujeres de la clase trabajadora y por la liberación de la mujer. Cierto que ya había en Rusia un movimiento femenino burgués bastante fuerte; pero mi concepción marxista del mundo me indicaba con absoluta claridad que*²¹ la liberación de la mujer solo podía ocurrir como resultado del triunfo de un orden social nuevo y de un sistema económico distinto. Así pues, intervine abiertamente en la lucha entre las defensoras de los derechos de la mujer *rusa*,²² procurando con todas mis fuerzas que el movimiento obrero adoptara también el proble-

²¹ Corrección de la autora: “Tomé conciencia de que en Rusia se había hecho muy poco para atraer a la trabajadora a la lucha por la emancipación. Es cierto que ya había en Rusia por este tiempo un movimiento femenino burgués bastante fuerte, pero, como marxista, estaba claro para mí que el movimiento...”

²² Corrección de la autora: “contra las feministas burguesas”.

ma de la mujer como uno de los objetivos de lucha de su programa. Fue muy difícil ganar a mis *colegas del partido*²³ para esta idea. Me encontré totalmente aislada con mis ideas y pretensiones. No obstante, entre los años 1906 y 1908 logré convencer a un pequeño grupo de camaradas para mis planes. En 1906 escribí en la prensa ilegal un artículo en el que por primera vez planteaba la necesidad de organizar el movimiento obrero en Rusia mediante una labor partidista metódica. En el otoño de 1907 abrimos el primer club de trabajadoras. Muchas de las integrantes de este Club, obreras a la sazón muy jóvenes, ocupan hoy puestos de responsabilidad en la nueva Rusia y en el partido comunista ruso (K. Nikolaieva, Marie Burko etc.). Mi actividad *mancomunada con las trabajadoras*,²⁴ y en especial mis escritos políticos, uno de los cuales era un opúsculo sobre Finlandia y contenía una llamada a levantarse en armas contra *la Duma zarista*,²⁵ suscitaron un proceso contra mi persona que me hubiera significado varios años de prisión. Tuve que desaparecer inmediatamente y nunca más volví a ver mi casa. Mi hijo fue acogido por unos buenos amigos y mis pequeños enseres fueron liquidados. Quedé “al margen de la ley”. Fue una época de penosos trabajos y fatigas.

El primer Congreso de mujeres de toda Rusia, que había sido convocado por las defensoras burguesas de los derechos femeninos, debía tener lugar en diciembre de 1908. La reacción había cobrado nuevas fuerzas por entonces y el movimiento obrero volvió a ser aplastado, tras la primera victoria, en el año 1905. Muchos camaradas del partido fueron encarcelados, otros huyeron al extranjero. Una vez más estalló la lucha candente entre las dos facciones del partido obrero ruso: los bolcheviques y los mencheviques. *En el año 1908 pertenecía yo a los mencheviques, porque la postura de los bolcheviques frente a la Duma, un seudoparlamento convoca-*

²³ Corrección de la autora: “camaradas”.

²⁴ Corrección de la autora: “y mi trabajo propagandístico entre las masas trabajadoras”.

²⁵ Corrección de la autora: “contra el zarismo”.

do por el zar para calmar los espíritus insurrectos de la época, me obligaba a ello. Con los mencheviques defendí la tesis de que incluso un seudoparlamento debía ser utilizado como tribuna para nuestro partido y las elecciones de la Duma deberían emplearse como instrumento de unificación de la clase trabajadora. Sin embargo, difería de los mencheviques en lo tocante a la coordinación de las fuerzas trabajadoras con las liberales para acelerar el derrocamiento del absolutismo. En este punto pertenecía yo realmente a la izquierda radical y hasta fui calificada de “sindicalista” por mis camaradas de partido.²⁶ Mi posición frente a la Duma me llevó, como es lógico, a considerar inútil el aprovechamiento del primer congreso de mujeres burguesas para los fines de nuestro partido. No obstante, procuré que aquellas de *nuestras*²⁷ trabajadoras que debían participar en este Congreso, se presentasen como grupos separados e independientes. No sin resistencias logré llevar a cabo este proyecto. Mis camaradas de partido²⁸ nos inculparon, a mí y a mis correligionarias, de ser “feministas” y conceder excesiva importancia a nuestros asuntos de mujeres. En aquella época aún no sabían valorar *en absoluto*²⁹ el extraordinario papel que les correspondía a las trabajadoras, a las mujeres económicamente independientes, en la lucha política. Sea como fuere, acabamos por imponer nuestra voluntad. Un grupo de trabajadoras se presentó en el Congreso de San Petersburgo con un programa propio y trazó una clara línea divisoria entre las defensoras de los derechos de la mujer burguesa y el movimiento de liberación de las mujeres de la clase trabajadora en Rusia. Sin embargo, yo tuve que huir antes de la clausura del Congreso, pues la policía había dado con mi pista. Logré cruzar la frontera y llegar a Alemania, iniciándose así en diciembre de 1908 un nuevo período de mi vida: la emigración política.

²⁶ Nota de la autora: ser suprimido.

²⁷ Corrección de la autora: en lugar de “nuestras” trabajadoras, “las” trabajadoras.

²⁸ Corrección de la autora: “los mencheviques”.

²⁹ Corrección de la autora: “suficientemente”.